



"Los casos de Don Frutos Gómez"
Velmiro Ayala Gauna (Corrientes, 1955)

Intención

Diversos son los autores que, con acopio de argumentos, sostienen la imposibilidad del florecimiento de un género policial con ambiente y tipos netamente argentinos. Para ellos el detective sólo puede moverse a gusto en las proximidades de Scotland Yard, de la Sureté o del F.B.I., teniendo como campo de acción principal a Londres, París, Nueva York o Chicago. Sus héroes preferidos son aquellos que se deslizan por calles brumosas, contienden con delincuentes internacionales, cuentan con los inapreciables servicios de los archivos y laboratorios de los departamentos de investigaciones que, por una gota de sudor encontrada en un minúsculo trozo de lienzo, pueden dar al momento el color de la piel, talla y otras peculiaridades físicas y se evitan mayores razonamientos confiando los trabajos de acumular pruebas o buscar indicios a agencias o investigadores privados, que no se sabe cómo ni de dónde los consiguen.

En la búsqueda de los orígenes del género se han lanzado, también, las más arriesgadas teorías y así no falta el que ofrezca como el más antiguo precedente la descripción que figura en el Viejo Testamento de la muerte de Abel por manos de Caín, en el Paraíso, dónde Jehová actuó como investigador, a cuya pregunta de "Caín. . ¿qué has hecho de tu hermano? " se lesconcertó el culpable y puso al descubierto su alta; otros se conforman con señalar a Poe en razón de su cuento "El asesinato de la calle Morgue" y son muchos los que dan a Conan Doyle el mérito de haber sido, con Sherlock Holmes, sino el creador por lo menos quien más contribuyó a popularizarlo.

Con similar criterio debemos señalar que si tal literatura no ha florecido entre nosotros, no ha sido por falta de antecedentes ni de tipos que puedan protagonizar esos relatos, ya que nuestro rastreador y, aun el vulgar hombre de campo, tenían el mismo poder de observación y un conocimiento empírico que balanceaba el caudal científico de Conan Doyle y que los hacía capaces de tan hábiles razonamientos deductivos como al morador de Baker Street.

Sarmiento nos ha dejado una excelente pintura de los mismos, protagonizándolos en Calíbar, a quien describe así en su apariencia y sus métodos. "El rastreador es un personaje grave, circunspecto, cuyas aseveraciones hacen fe en los tribunales inferiores. Un robo se ha ejecutado durante la noche: no bien se nota, corren a buscar una pisada del ladrón, y encontrada, se cubre con algo para que el viento no la disipe. Se llama enseguida al rastreador, que ve el rastro, y lo sigue sin mirar, sino de tarde en tarde. Sigue el curso de las calles, atraviesa los huertos, entra en una casa, y señalando, un hombre que encuentra, dice fríamente: "Éste es." El delito está probado y raro es el delincuente que resiste esta acusación."

El viajero francés Ebelot se asombró por la habilidad de "un sujeto de pura sangre arribeña, lacio el pelo, salientes los pómulos, torvos los ojos a la par que penetrantes y, para más señas, soldado viejo y milico irreprochable" que fue capaz de decir, viendo un remolino de pisadas: —Han pasado seis caballos montados, quince sueltos y una yegua madrina con un potrillo de seis a ocho meses.

Expresó su admiración por tal hecho al coronel Villegas y éste le refirió que en un pueblecito de San Luis, en plena sierra, con calles cavadas en piedra viva vio salir a los chicos de la escuela y cambiar sus impresiones después de andar despacio, por un momento, escudriñando la superficie del duro granito: —"Allá va la mula del cura, decía uno. —Pasó hace una hora, agregó otro. —El receptor de rentas ha ido a pasear a caballo. —Y el almacenero de la esquina a pie. —Con botas. —Che, vete pronto a tu casa, tu mamá acaba de volver. —Calzaba alpargatas. —Sí, señor, esos pillos leían todo esto en la roca lisa tan fácilmente como leemos en los libros fruslerías que por lo general no son tan interesantes".

Estos cuentos tienen la pretensión de señalar un rumbo para nuestros escritores. Los cuentos de ficción policial son perfectamente posibles de desarrollar dentro de una atmósfera argentina y, entre los ya publicados, es grato indicar uno que posee originalidad y suspenso, pero es poco conocido por quienes están familiarizados con las aventuras de Ellery Queen, el padre de Brown, Hercule Poirot, J. G. Reeder, Max Carrados, etc., y sé trata de "El caso de Apolonio Menéndez" que figura en el libro Narraciones correntinas de Saturnino Muniagurria.

Don Frutos Gómez, el protagonista de estas aventuras, está tomado de la realidad y es un típico paisano correntino, más astuto que inteligente, gran observador y conocedor profundo de hombres y de cosas, indudablemente que no habrá, por fuerza de las circunstancias en que se desenvuelven los relatos, ocasión alguna para forzar a la mente con largos procesos deductivos ni se hará el despliegue de sabiduría de un Philo Vance que podía darnos al instante los fundamentos filosóficos de Kierkegaard con la misma facilidad que nos enumeraba a los monarcas de la dinastía de los Hicksos, en el antiguo Egipto, pero con su pachorra guaraní y su gracejo criollo seguirá tras el culpable con sin igual pertinacia y quizá repitiendo para sí las palabras de Calíbar: "¿Dónde te mi has d'ir? ".

Tal la intención. Los frutos no son materia de mi juicio.

EL AUTOR

EL ARRIBO

Durante muchos años Frutos Gómez fue el hombre de confianza de don Juan Román, en su estancia de San Luis del Palmar. Colorado por generaciones, sirvió a su caudillo con fidelidad ejemplar, ya como soldado en algunas de las patriadas que tiñeron de rojo el suelo de la provincia guaraní, o simplemente como capataz en ese establecimiento, donde la voluntad del cherubichá, don Juan, era la única ley.

Allí caían no pocos forajidos con largas cuentas pendientes con la justicia: cuatrerros, desertores o, simplemente, gente sin trabajo que estaba segura de encontrar en ella alimento y protección. Nadie les pedía papeles ni les indagaba sobre su pasado, pero, eso sí, se les exigía una obediencia ciega al régimen de la estancia.

Bandoleros curtidos en mil peleas, allí, por una mala contestación o por una chamonada en sus labores, se sometían mansamente a ser azotados o estaqueados, sin siquiera esbozar una protesta. Es que sabían que don Juan Román podía enterrarlos por vida en los presidios,

hacerlos degollar con un cuchillo mellado en cualquier picada de los montes o concederles la remisión de sus pecados.

Él era el cherubichá, suerte de señor feudal, amo de vidas y haciendas, y con esa resignación gregaria del ignorante hacia los jefes, por él vivían, sufrían y se hacían matar.

Don Juan Román tenía tropilla de todos los pelos, pero sus hombres eran de un solo color: el rojo, que lucían desafiantes en los pañuelos que rodeaban sus cuellos o en las vinchas que anudaban a su frente.

Frutos se crió a su lado. Fue para él asistente, guardaespalda y confidente. Muchas veces lo acompañó a la capital provinciana o a Buenos Aires, cuando don Juan Román desempeñaba alguna función pública, otras vigiló sus intereses en la estancia, cuando el dueño estaba ausente. Toda esa experiencia sirvió a su espíritu observador, a su inteligencia natural y a su instintiva sagacidad y, no pocas veces, el caudillo omnipotente basó sus resoluciones en el juicio de ese sentencioso paisano que le era, a la vez servidor y amigo.

Cuando andaba por el filo de los cincuenta años, Eduvigis, su mujer, enfermó de pasmo, según dijo la curandera y en menos de una semana murió.

La pérdida agobió a Frutos de tal manera que su cabellera, hasta entonces negra y brillante, pareció cubrirse de ceniza, su rostro se arrugó y perdió su anterior aire alegre y desenvuelto.

Don Juan Román, gran conocedor de hombres, comprendió la causa de su transformación y una tarde lo llamó a su despacho:

—Mira, Frutos —le dijo—, vos la querías mucho a la Eduvigis.

—Ansí es, don Juan, por qué lo vua negar.

—Bueno, si seguís rondando por acá donde todo tiene el perfume de su recuerdo, dentro de poco tiempo la vas a seguir al cementerio.

Frutos lo miró en silencio.

—Como yo te aprecio mucho —continuó el estanciero— y mañana o pasado me podes hacer falta, he resuelto que te vayas de aquí...

—¿Me echa, patrón? —preguntó el hombre, dolorido.

—No m'hijo. Es para tu bien y, también, para mi conveniencia, que te alejo de la estancia. Sólo quiero que vayas de comisario a Capibara-Cué.

—¿Y Pastor Amarilla?

—No sé quién le agujereó la cabeza de un balazo. La gente anda medio entonada por esos lugares y por eso te mando a vos para que pongas orden.

Y como las decisiones de don Juan Román no se discutían el paisano salió a preparar sus cosas, ensilló su caballo y puso rumbo a su nuevo destino.

Capibara-Cué era un modesto poblado de la costa correntina, enclavado en una áspera barranca del Paraná. En un principio fue apeadero de contrabandistas, pero, luego se fueron asentando pescadores, nutrieros, exiliados paraguayos, gente que iba de paso y concluía por afincarse, etcétera.

Un día el vapor, que hacía la carrera entre Corrientes y Posadas, se detuvo para bajar una carga para la estancia de unos ingleses que estaban en las cercanías, luego otros establecimientos solicitaron la misma franquicia y la escala se hizo periódica, lo que contribuyó a su progreso.

Cerca del almacén de don Pedro, se trazó el lineamiento de una plaza, a un costado se hizo un rancho para la comisaría y, más allá, otro para escuela.

Así fue creciendo con el correr del tiempo hasta que, una tarde, un jinete entró por las calles del pueblo, en un tordillo sudado y se dirigió al boliche.

Ya habían caído las primeras sombras de la noche y, en un rincón se encontraban varios parroquianos enzarzados en una partida de truco, mientras otros oficiaban de mirones. En la esquina opuesta un moreno motoso rasgueaba desacompasadamente en la guitarra mientras cantaba a la sordina:

Alfonso lomas... Alfono lomas...
y asíí... se llama
y aquel paraje... y aquel paraje...

El forastero ató su caballo al palenque y entró al negocio. Algunos levantaron la cabeza para observarlo, pero, al rato, siguieron entregados a sus ocupaciones. Arrimándose al mostrador, Gómez pidió:

—Sírvame una caña juerte . . .

Don Pedro así lo hizo y, curioso, inquirió:

—¿Va de paso o viene a quedarse?

—Vengo a quedarme —respondió el interrogado y, luego, en voz audible, pero sin alardes, informó:

—Soy el nuevo comesario.

Al oírlo hubo un cuchicheo en las mesas, el cantor dejó su instrumento sobre la silla y se acercó, mientras el comerciante decía:

—Mucho gusto, Pedro Ibáñez, a sus órdenes.

—Fruto Gómez, y lo mesmo digo.

El moreno, sarcástico, intervino:

—Sabe, don, que aquí la tierra es mala pa los comesarios. No dura uno ni pa rimedio...

En el fondo se oyeron algunas risas semicontenidas.

El nuevo funcionario miró de arriba abajo al impertinente y respondió despreciativo:

—Me parece que al señor no me lo han presentao...

Luego, con todo cálculo, escupió a los pies del otro.

— ¡Conque guapo, no! —rugió el moreno y, sacando su puñal, dijo agresivo: —Aura me vua a presentar, pero con esta tarjeta' e macho.

El comisario, sin inmutarse, lo acució:

—No jugues con esas cosas qu'en una d'esas te vas a pegar un tajo.

—A vos es a quien vua a tajar ¡añamem-bú! .. .

—Pudiendo... no te hago cargo.

Rápido como la luz el morocho avanzó el brazo para la puñalada, pero su antagonista, más veloz aún, empuñó la fusta que llevaba colgando de una cadenilla en la muñeca y le pegó un golpe seco en la mano que le hizo caer el arma. Enseguida la levantó para volver a castigar, pero el otro lo atajó humilde:

—Ta bien . . . No se altere, don . . . Era pa probarlo, nomá . . .

—¿Y ya está convencido?

—Sí, don, y cuente conmigo pa lo que guste mandar. Mi nombre es Pedro Ojeda, pero me dicen El cambá Ojeda.

Don Frutos sonrió y dijo:

—Alzá tu cuchillo y vení a tomar una copa.

Obedeció el otro y se pusieron a conversar y como el camorrero andaba sin ocupación, enseguida quedó incorporado como agente. —Pero mirá . . . —advirtió don Frutos— que tenés que sufrir largo por la paga . . .

—No importa, don . . . Yo me vua arreglar, pero siempre me ha gustao nicó ser utoridá. . .

—Ta bien, pero no pa que te abuses 'e loj otro ¡eh!

—No ha de, comesario.

—Güeno, aura vamoj pa ver el local . . .

Salieron del negocio, pero ya, adentro, quedó flotando en el ambiente la hombría de don Frutos.

Don Pablo, un viejo tropero, retiró de la boca el grueso cigarro paraguayo, escupió a un costado y sentenció:

—Macho'l hombre . . . ¿No?

— ¡Aja! —asintió el otro.

Los demás no dijeron nada, pero su silencio era la muda rúbrica para su coraje.

Pasaron cinco días y don Frutos se encontraba en el patio del boliche de don Pedro, viendo jugar una partida de bochas de la cual era juez. Sentado junto a una rústica mesita fumaba tranquilamente y daba sus fallos. De rato en rato su mirada se extendía sobre el río que corría próximo al pie de la barranca, se detenía sobre las islas cercanas o en la copa verdeante de los árboles que circuían el lugar.

De pronto vio atracar una canoa y descender a varias personas que se alistaron para empezar a subir por el tortuoso sendero. El agente Ojeda, que andaba por las cercanías, echó un vistazo a sus sencillos equipajes y les dio la venia para seguir. Eran una vieja paraguaya, su hija, en avanzado estado de gravidez, y un muchacho que había manejado los remos.

Terminó el partido, y los jugadores se disponían a concertar otro, cuando don Frutos los abandonó yendo al encuentro de los recién llegados.

Los paraguayos pasaron a su lado y siguieron por el camino de tierra. No se habían alejado más de cincuenta metros cuando el comisario se puso a correr hasta alcanzarlos.

—A ver vo —dijo dirigiéndose, de improviso, a la muchacha—. ¿De cuántos mese tas gruesa? sa? .

—Y, de siete, don . . .

—¿Pero quien pa es usté, para hacer esa pregunta? —se encrespó la vieja.

—Soy el comesario, doña, y sepa que no me gusta que se hagan las cosas'e contrabando.

—Que pa* va a ser'e contrabando, m'hija tiene su marido.

—No, me refiero al otro, al que lleva ahí adentro, pues . . . —explicó el comisario señalando el vientre de la muchacha—. ¿Queré pa* que la desnude aquí nomá pa ver qu'es lo que lleva encima?

Palideció la joven ante el aire resuelto, e imploró:

— ¡No! ... ¡No! ... Son unoj cigarro nomá.

— ¡Unoj cigarro! Con lo que teñe allí tendría pa fumar un año.

—Son pa nojotro nomá —exclamó la vieja—; perdóneme comesario.

—Güeno . Por esta ve les perdono, pero tienen que saber que esaj cosas tienen que terminar sino quieren que las meta n'el calaboso.

—Ta bien, gracias —dijeron las mujeres.

La que parecía ser la madre no pudo con el genio y preguntó:

—¿Cómo pa supiste usted que no era de verdá l'embaraso?

—Por la manera'e caminar, cheama... Cuando una mujer está ansina anda con la cabeza p'atrás y la panza tirando p'adelante y ésta iba derecha como si se hubiera tragao un palo'e escoba, endemá. . .

— ¿Endemá qué?

—Que con esas ancas salidas p'atrás y finitas como'e potranca no puede engañar a naides. Laj mujere, cuando llevan una criatura adentro se ponen anchas'e caderas, pues... y basta'e esplicacione que no soy partera. . . Pero arricuerdensén que no quiero maj contrabando. . .

—No ha de, comesario. ¡Adiós!

- ¡Adiós!

Don Frutos se dio vuelta e inició el regreso sonriendo picarescamente bajo sus ralos bigotes de puntas caídas.

El agente Ojeda apareció subiendo la barranca y, cuadrándose torpemente a su frente informó:

—Po allá abajo sin novedá, don Fruto... —Güeno, seguime . . . Vamoj a hacer la ronda por el pueblo.

EL PERMISO

Cuando Petronila Almada entraba, por casualidad, en el almacén de don Pedro o andaba por las calles desparejas de Capibara-Cué, los hombres la miraban con ojos relampagueantes de lascivia o dejaban caer, en su honor, las flores de los requiebros.

Pero la madre, la viuda doña Micaela, no le perdía pisada y la tenía atada a las faldas, al decir de varios pretendientes que habían ido, inútilmente, a rondar la casa donde vivía, allí donde el pueblo terminaba para dar comienzo al campo.

—Pa mí —decía Pancho López— que va a quedar pa vestir santos . . .

— ¡Y está linda la guaina! —aseveraba Aniceto, el peón del carnicero-; tiene la boca mesmo que la flor 'e ceibo . . .

—Lo demás, pa que vamoj a haular. . . —suspiraba el morocho Contreras— parece que la blusa le juera a reventar . . .

—No sigas, chamigo, qu' laj gana me se hace agua la boca —suspiraba Pancho.

Con todo no tenía novio ni simpatía conocidas porque la madre cuidaba de mantenerlos a raya, ya que decía que "entuavía estaba muy tierna". A dos o tres que cayeron al rancho, como

de visita, los sacó con cajas destempladas o los atendió de tal manera que enfrió sus entusiasmos.

Y los días que pasaban parecían poner más encantos en Petronila tornando más de seda sus largos cabellos negros, volcando más sombras en sus ojazos y llenando de turgencias a su cuerpo joven.

Hasta que un día sucedió lo inesperado.

La muchacha salió, como todos los atardeceres, a buscar la vaca lechera para tenerla en el corral cerca de "las casas".

No la encontró en los lugares habituales y supuso que se habría refugiado en una isleta de espinillos que estaba en el fondo del potrero, ya que la tarde había sido tórrida y aún las chicharras hacían oír su áspero vibrar en medio del silencio.

En una de esas bruscas transiciones del trópico la luz pareció naufragar en el ocaso y las sombras se desparramaron por el campo, pero ella, conocedora del terreno, se internó entre los árboles por un sendero tortuoso que reptaba entre los matorrales.

De pronto una mano cayó sobre su boca y le apagó el grito de sorpresa. Luchó, pero fue vencida y arrojada sobre la hierba muelle. Una boca ardiente reemplazó a la mano que se echó a volar hecha caricias sobre su cuerpo. De la tierra se elevaba un tibio hálito y las sombras cómplices los aislaron del mundo.

Después ni un adiós, ni una palabra tuvo del bulto que se enterró en la noche.

Lentamente se alzó y volvió aturdida. Anduvo por costumbre hacia el rumbo del hábito.

Poco después oyó el llamado de Ña Micaela martillando su nombre.

— ¡Petroniila! ... ¡Petronii...la!

La angustia se desangraba sobre la aguda punta de las íes.

— ¡Petroniii...la!

Al verla llegar se encrespó la vieja vociferando:

—¿Onde pa* te juiste a meter? ... La vaca vino sola p'al corral. . .

La joven siguió muda, combatida por extrañas sensaciones, sin saber si alegrarse por la revelación o llorar por la inocencia asesinada.

Súbitamente el instinto maternal de doña Micaela pareció intuir el drama.

— ¡M'hija! . . . ¿Qué te ha pasao, m'hija? Petronila se lanzó a abrazarla y lloró por única respuesta.

—¿Quién jue? . . . ¿Decime pa quien jue el sinvergüenzo? —clamaba la vieja.

—No sé, mama. . . no sé. . . M'agarró 'n lo oscuro.

Las dos entraron al rancho moliendo su amargura.

Temprano estuvo la madre en la comisaría con su indignación y su vergonzosa queja.

—Y lo qu'es pior, don Frutos —rezongaba— es que ni la color 'e la piel sabe. Mesmo que si fuera un fantasma. ¿No habrá sido una aparición?

—Perdé cuidao, Micaela, que loj fantama asustan a l'aj vieja, pero estoj que si agarran'elaj muchacha son 'e carne y güeso, pero andá nomá y no hagas bulla pa no espantar al pescao.

Cuando la vieja se hubo retirado, el cabo Leiva, que había asistido a la entrevista, le alargó un mate e insinuó:

—Pa mí qu'esta 's una diablura 'e loj muchacho. Se le salía loj ojo cada ve que la guaina caiba '1 boliche.

—Sí, ¿pero cuál? Ahí van mucho y nú cuestión 'e meterloj apreso porque sí.

—¡Aja!

—Pero no te aflijas, qu'el que hizo la fechoría no se me va a dir. . .

Siguió tomando mates en silencio y mesándose la corta y puntiaguda barba hasta que, de pronto, una lucecita maliciosa le brilló en la mirada.

— ¡Ya está! —dijo—. Ya sé cuala es la trampa que vua poner pa que caiga '1 zorro.

— ¿Cuala, don Frutos?

El comisario explicóle, entonces, su plan y, después de escucharle, Leiva también se echó a reír exclamando:

— ¡Ja! ... ¡Ja! ... Se va a tragar la carnada y el anzuelo mesmo que dorao angurriento.

—Vaj a ver como viene sólito a denuncarse.

¡Y de no! Yo también lo haría si fuera

Ese mismo día, que era domingo, a la hora de la siesta, comenzó a bullir de parroquianos el boliche de don Pedro. Los paisanos venían a divertirse jugando a los naipes, a las bochas o, simplemente, a conversar y a beber.

El cabo Leiva pasaba por entre las mesas arrastrando su sable y gustando, de tiempo en tiempo, alguna copa que el patrón o los clientes le ofertaban. Un muchachón, de los tantos ociosos, que estaba en la puerta, advirtió, de pronto:

— ¡Peina! * Se me hace que viene '1 carro 'e la Micaela. . .

Aniceto se acercó a su lado y confirmó:

—El mesmo, lo conozco en la manera 'e bracear al tostao.

Y, en seguida, agregó anheloso:

—¿Traerá a la hija?

Varios se le agregaron curiosos y quedaron a la expectativa.

Grande fue su asombro cuando vieron bajar del pescante al doctor Lévisky, de Ramada Paso, y a don Frutos, el comisario, quien, al entregar las riendas a doña Micaela advirtió con voz que no ocultaba su severidad:

—Aura seguí y obedecé lo que dijo el doutor.—

—Sí don Frutos —asintió la mujer.

En la parte de atrás estaba el bulto de la hija cubierto con un manto oscuro. Sus manos se aferraban a la baranda y apenas se veía el brillo de sus ojos, pero un golpe de viento hizo caer el velo que la cubría y los espectadores que esperaban gozarse con su belleza, quedaron horrorizados.

Petronila los miraba con ojos llorosos, el rostro hinchado y rojizo y los desnudos brazos con enormes ronchas.

— ¡No se acerquen! —dijo entonces el doctor— en voz baja.

—Seguí, Micaela —ordenó don Frutos, y la vieja obedeció mientras la joven alzaba el manto y volvía a cubrirse.

Apenas el carro se hubo alejado por la calle polvorosa, espantando a las gallinas y a los perros, el doctor y el comisario entraron al negocio.

—¿Tiene alcohol puro, don Pedro? —solicitó el primero.

—Sí, doctor —contestó el comerciante, y le alargó una botella.

Entonces el galeno la tomó y se volcó un generoso chorro en las manos, diciendo:

—Usted también, don Frutos, no hay que descuidarse.

El comisario repitió la operación, pero llevó su celo al extremo de pasarse el antiséptico por el cuello y la cara.

La curiosidad pudo, entonces, más que la prudencia y uno interrogó:

—¿Qué le pasa a la Petronila? Taba hinchada pior que un escuerzo. . .

—Francamente no sé, pero no me gusta nada su aspecto y como puede ser algo peligroso la hice dejar el pueblo.

El temido fantasma de la lepra abrió las puertas del miedo.

—¿No habrá peligro 'e contagio, doutor? —dijo alguien.

—No, únicamente para el que la haya tocado, por eso también envié a la madre.

—Menos mal —dijo don Pedro.

—Sí, pero quien la haya aunque sea rozado la piel de la cara y de los brazos, ése, está listo a no ser. . .

Esperó un momento y luego dijo:

—A no ser que antes que se cumplan las 24 horas de haberla tocado se ponga una inyección de este remedio.

Sacó del bolsillo una ampolla de líquido incoloro y la enseñó.

—¿Por qué pa* no me la pone a mí, doutor? —pidió Aniceto.

—¿Por qué? . . . ¿Acaso vo la anduviste manoseando? —sugirió don Frutos.

—No, don Frutos, pero estuve ahí cerca, pues. . .

—Entonces no hay peligro por más cerca que haya estado—explicó el médico— y concluyó: lo que importa es el roce. . .

—Felizmente vivían lejos y naidas se habrá infestado —finalizó don Frutos— porque sería una pena tener que mandar algún otro p'al lazareto.

Los recién llegados bebieron una copa de caña, junto al mostrador, y luego fueron para la comisaría.

Se habían acomodado ya para la vuelta del mate cuando el agente entró diciendo:

—Ahí ajuera está Pancho López que quiere ver al doutor. . .

—Que pase.

Enseguida entró un mozo de unos 25 años, delgado y recio pero que, en esos momentos, daba claras señales de gran nerviosidad. Saludó y dijo:

—Vengo pa que me ponga la indicción.

—¿Y por qué pa* vos, m'hijo? —preguntó don Frutos melosamente.

Vaciló el otro y quiso explicar.

—Por . . . porque tengo miedo, pues.

—¡No se diga un mozo tan juerte! . . . Anda tranquilo que no te va a pasar nada. La indicción es pa quien la haiga tocao a la Petronila.

—Güeno, don Frutos, la cuestión es que yo anoche me la escuendí al paso y l'agarré 'n l'escuro.

— ¡Salí de'ahí! Estás mintiendo pa que te ponga '1 rimedio. Vo sabe que una jechurfa ansina contra una menor se paga con años 'e cárcel. ¡Ándate, m'hijo!

Vaciló Pancho y, luego, refirmó: —No, don Frutos. . . Pregúntele a ella si anoche alguno . . .

—Es cierto. La madre denunció '1 caso, pero no creo que haigas sido vos.

—Jui yo, don Frutos, jui yo... —casi sollozaba el mozo.

—¿Tas dispuesto a diclarar en serio y a firmar, m'hijo?

—Sí, don Frutos, pero rápido pa que me ponga l'indicción, prefiero dir a la cárcel y no al lazareto.

El oficial levantó el sumario que el muchacho firmó, con el doctor como testigo. Luego este último le aplicó la inyección, que era de agua destilada y la que Pancho aguantó estoicamente.

—Bueno —dijo el médico—, ahora vaya a dormir y mañana, a las diez, vuelva, pero bien vestido por si tenemos que ir a la ciudad.

— ¡Cómo! ¿Y no me pone preso? —se extrañó.

—No ti apures, m'hijo, ya habrá tiempo pa todo —contestó don Frutos.

Puntualmente, a la hora fijada, llegó Pancho al otro día luciendo sus galas domingueras. El comisario lo recibió amablemente y lo invitó a sentarse diciendo:

—Perate un momento que vua atender unaj visita.

Y con voz más alta, añadió:

— ¡Pasen!

Al llamado entraron dos mujeres en quienes el asombrado Pancho reconoció a doña Micaela y a su hija, que lucía su fresca carita de antaño y la morbidez sin manchas de sus brazos.

—Pe . . . pero . . . —exclamó señalándola con un dedo tembloroso— ¿No tenía la le . . .?

—No, m'hijo —interrumpió don Frutos—, no tenía ni tiene nada.

—Pero yo le vi la cara hinchada y loj brazos enllenito de ronchas. . .

—Lo mesmo ti hubiera pasao a vos si te los hubieras frotao con ortiga macho . . .

—¿Entonces, tuito jue preparao?

— ¡Claro! Pa hacer cair a un zorro que si había escapao 'n l'escuro. Y aura decidí: o te mando a la cárcel por varioj año por lo que has hecho o te casas con ella.

Pancho López comprendió que estaba perdido sin remedio, pero miró el rostro bello de la muchacha y su cuerpo incitante y se resignó:

—Me vua casar siempre que Ña Micaela me dea su permiso. . .

La vieja, que estaba silenciosa y aguantando la cólera, al oírlo, estalló:

— ¡Permiso! . . . ¡Permiso! ¡A güeña hora ti acordás e' pedir permiso, sinvergüenzo!

CRIMEN EN LA MADRUGADA

—¿Órdenes para el día de hoy, señor comisario?

La mirada de don Frutos, entretenida en observar la espuma del mate que se disponía a sorber, se levantó, como con pereza, desde la boca del recipiente para clavarse en la figura tiesa del oficial sumariante, detenido respetuosamente a un paso de distancia: los talones

pegados, las puntas de los pies separadas, las manos adheridas al costado, el pecho saliente, la barbilla alzada, en impecable posición militar. Luis Arzásola se había incorporado, el día anterior, al personal, excelentemente recomendado por el jefe de policía de la capital correntina, pero sus actitudes y procedimientos, desacostumbrados en Capibara-Cué, desconcertaban a cada momento al comisario.

— ¿Qué clase 'e ordene, oficial?

—Las rutinarias, señor; horario de instrucción y academia para la tropa, lectura y despacho de correspondencia, actualización de prontuarios, investigación de los casos pendientes, etc.

—Primero vua terminar este amargo —dijo don Frutos y, tras reflexionar un poco, agregó:—y descanse, nomá, m'hijo porque de no va a quedar envarao n'esa postura.

Arzásola aflojó algo la tiesura de su posición y aguardó hasta que su superior, entregando el mate vacío al agente Ojeda, prosiguió: —Vea, mi amigo. . . Yo no sé cómo se manejan loj policía 'n la capital, pero aquí n'el campo no tenemos denguno d'esos lío y noj arreglamo como Dios noj da a entender. Desde aquí vichamos a loj forastero que caen al pueblo, mandamo unoj agente cuando hay baile, carrera, riña 'e gallo o tabeada y estamos listo p'acudir siempre que haiga bochinche...

—¿Y en caso de robo, asesinato o delitos similares?

—Tonses vamo p'al lugar del hecho, investigamo y metemo n'el calabozo al culpable, pues.

—Está bien, señor, seguiré sus métodos, ya que debo acatarlos por disciplina, pero permítame que me atreva a decirle que soy escéptico.

—No tenga vergüenza d'eso, ufisial —intervino el cabo Leiva—, aquí también tenemo a don Nicodemo qu'es diabético . . .

El asombro dejó mudo a Arzásola, y el cabo prosiguió:

—Pero doña Belén, la curandera, lo está mejorando grande, nicó con tecitos 'e hojas 'e mora negra. ¿Por qué pa no la va a ver ansí lo cura?

—¿Curar de qué? —tronó el otro.

—Y d'ese mal que usted sufre, pues... ¿No dijo qu'era esético?

—Escéptico no quiere decir que esté enfermo de nada, sino que dudo de los resultados del sistema policíaco aquí imperante, señor cabo.

—Y güeno, perdone... el que tiene boca s'enquivoca —concluyó Leiva.

Don Frutos, al parecer indiferente, seguía con su rosario de mates, pero en los ojos le brillaba una lucecita de malicia.

Pocos minutos después llegó a todo galope un peón de la estancia Las Palomitas para denunciar que, en horas de la madrugada, alguien había muerto de un tiro a don Lucas Britos, el dueño del establecimiento.

Dejando a Leiva a cargo de la comisaría, montaron a caballo y partieron don Frutos, Arzásola y el agente Gutiérrez hacia el lugar del suceso que se encontraba a unas tres leguas del pueblo, sobre el camino real, y arribaron en algo menos de una hora.

Era una mañana de setiembre y los campos, estaban verdeantes y floridos. Cuando llegaron, el peón que iba con ellos bajó a abrir la tranquera y la comisión entró por un bien cuidado camino de tierra bordeado por frondosos paraísos. A un lado se veía un monte de naranjos y limones y, al otro, las vastas praderas cubiertas con mugidora hacienda.

—¿Era hombre rico el señor Britos? —interrogó el oficial.

—Lo que se dice forrao 'n plata —le respondió don Frutos.

Pronto llegaron al casco de la estancia constituido por las habitaciones para los dueños y los galpones donde almacenaban los productos de la misma. A un centenar de metros se alzaba una enorme construcción donde vivían los peones y, en sus cercanías, se desparramaban corrales, establos, depósitos y bebederos.

Apenas se hubieron apeado, dos hombres jóvenes se adelantaron a recibirlos: uno tendría unos veintidós años, era moreno y agraciado, no obstante las huellas de dolor que exhibía su rostro; el otro, que andaría rondando los treinta, era rubio, delgado y ágil, revelando un gran dominio de sí mismo.

Don Frutos, que los conocía, los presentó a su acompañante como Julián Enciso, sobrino de los dueños, y Arístides Tortorelli, médico, que atendía al extinto ya que, explicó, sufría del corazón.

—¿Qué ha pasao, Julián? —preguntó luego.

—Algo terrible, don Frutos. . . Esta madrugada me despertó un ruido terrible como si fuese un tiro. Medio dormido, esperé un momento por si se repetía y, después, me levanté asomándome a la puerta del patio interior. Allí vi a mi tía que ya se había levantado y me dijo: "—Julián, fíjate en la pieza de Lucas a ver si está bien". Me dirigí a ella y, cuando iba a abrir, llegó el doctor y entramos juntos.

—Yo también fui sorprendido por el disparo —intervino el galeno— salté de la cama, miré por la ventana, pero no vi nada; luego oí voces en el patio interno y salí cuando Julián iba hacia la pieza de mi cliente. . . Entramos, encendimos la luz y lo hallamos agonizante, con una terrible herida en el pecho y en medio de un charco de sangre. Rápidamente traté de hacerlo reaccionar y detener la hemorragia, pero, a pesar de que hice cuanto estuvo en mis manos por salvarle la vida, murió a los pocos minutos sin recobrar el conocimiento. . .

—¿Tenía algún enemigo? —aventuró el oficial.

—Que yo sepa, no. . . —contestó Julián.

—Bueno, aclaremos —dijo el médico,— enemigo puede ser que no, pero resentido sí, ya que Pancho Mena no quedó muy satisfecho cuando lo volvieron al campo. . .

— ¡Bah! Ése es un infeliz. . . —replicó el joven despectivamente, pero Arzáola insistió:

—¿Cómo fue eso?

—En la casa teníamos un muchachón que ayudaba en la cocina y servía para los mandados, pero era un poco mano larga con las mujeres y, hace unos días, al querer abrazar a una de las mucamas que limpiaba el comedor, hizo caer un jarrón al que tío tenía en gran estima, por lo que, encolerizado, lo mandó al galpón de los peones, pero no creo que haya sido capaz de nada malo. . .

—¿Cuál es su nombre?

—Francisco Mena, pero todos le decimos Pancho.

—¿Y doña Esperanza? —dijo entonces don Frutos.

—Está desesperada, lógicamente. Eran tan compañeros. . .

—Le di un calmante y ahora está dormida —indicó el médico—; conviene no molestarla.

—Ta bien, vamoj a ver al pobre don Lucas.

—Todo está igual —explicó el doctor Tortorelli—, tuve cuidado que no se moviera sino lo indispensable.

Las habitaciones estaban dispuestas en forma de herradura, con puertas que daban a un patio interior, mientras, hacia el exterior, tenían grandes ventanas. En el ala izquierda estaban el comedor, la habitación de Julián, después venía la de la dueña de casa y, en la esquina, el dormitorio del señor Britos. Seguían, luego, dos piezas destinadas a oficinas que la unían en el ala derecha donde se encontraba el cuarto de huéspedes que lo ocupaba el médico, la despensa, cocina y otras dependencias y, finalmente, tres piecitas más largas que anchas, para el personal de servicio.

Fuera de las ropas del lecho, empapadas en sangre, no había nada anormal en la habitación del difunto.

Con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados, el anciano parecía dormir y, al verlo, Julián no pudo reprimir un sollozo.

—El disparo lo sorprendió en el lecho y allí no más quedó —explicó el médico.

—¿No podría ser un suicidio? —Sugirió Arzásola.

—En ese caso habría rastros de la deflagración de la pólvora. . .

—Dispué, si tenía ganas 'e morir no hubiera contratao un médico pa que lo cuidara —deslizó don Frutos.

—El tiro parece haber venido desde allí. . . —dijo el sobrino y señaló la ventana. Ésta era de las llamadas de guillotina y se abría a un metro y medio del suelo, por lo que un hombre, desde afuera, no hubiera tenido ningún inconveniente en hacer blanco en el durmiente.

—Aja —aceptó el comisario—. ¿Y aquí adentro no encontraron el arma?

—Por lo menos a la vista no está.

Buscaron entre los muebles y tampoco la hallaron, por lo que el funcionario ordenó:

—Ta güeno, prepárenlo pa'l entierro nomá, aquí parece que nú hay nada más que ver. Mañana, una ve que lo haigan llevao pa'l Cimiterio u vua venir pa seguir con l'investigación.

—Si usted me permite, señor comisario, voy a quedarme a hacer algunas averiguaciones por mi cuenta —solicitó Arzásola, y volvió a cuadrarse militarmente.

—Hágase'l gusto —concedió don Frutos—, pero trate de no molestar a la gente, que ya tiene bastante trajín con su pena. Ahí le dejo a Gutierre pa que lo ayude.

Después de lo cual se despidió, montó a caballo y volvió al pueblo.

Pasado el mediodía regresó Arzásola con el agente y un preso. Era éste un mozo de pequeña talla, cabellos hirsutos, labios abultados y gruesas manos cortas, que venía con la cabeza gacha en gesto de cerrada obstinación.

El oficial volvía exultante, y apenas descabalgó dijo:

—Señor comisario, tengo importantes novedades.

Don Frutos, que cuidaba una tira de asado que se doraba sobre las brasas, en un costado del patio, solamente respondió:

— ¡Aja! —y roció la carne con salmuera.

—En primer lugar, encontré entre los pastos el arma homicida.

Al decir esto enseñaba una bolsa de papel que traía en la mano, donde se notaba el bulto

del arma.

—Después supe que Pancho Mena volvió muy agitado al galpón pocos minutos después de haberse escuchado la detonación y no ha querido decir donde estaba.

El comisario dio vueltas a la carne y, dirigiéndose al detenido que se hallaba junto al agente, hosco y calado, le dijo en guaraní: —¿Mamó pa rejo, Pancho? (¿Dónde te fuiste, Pancho?).

Sin alzar los ojos del suelo, el paisanito permaneció en la misma actitud sin articular palabra

~Güeno, Gutierre, mételo n'el calabozo pa que haga memoria —sentenció el comisario.

—Ahora —continuó el oficial— la solución será fácil. Enviaré el revólver a la capital para que en el Gabinete de Dactiloscopia busquen las impresiones digitales, y una vez conseguidas éstas sacaremos las de los sospechosos y las cotejaremos. El crimen no puede vencer a la ciencia.

—Bien, oficial. Esta tarde saldrá pa la capital l' hño 'e don Quinca en su forcito, y él puede hacerte la diligencia.

— ¡Espléndido! Yo mismo iré a darle todas las instrucciones y así, a su vuelta, sabremos quién es el culpable.

—Perfeuto, oficial, pero aura vamoj a meterle el diente al asao antes que se se noj pase.

Como no habían comido nada desde la mañana, ninguno se hizo de rogar y en pocos minutos dieron cuenta del mismo. Luego, mientras don Frutos se retiraba a dormir su siesta habitual en un sillón, a la sombra del Jacarandá del patio, Arzásola salió a enviar el arma a la capital, y, a la vuelta, acomodándose en el escritorio se puso a organizar su plan de campaña, y cuando, horas más tarde, el comisario entró al local desperezándose y listo para tomar su ronda de mates, le dijo:

—¿A qué hora será el interrogatorio de los moradores de la estancia?

—A las cuatro 'e la tarde. L'entierro será a la mañana, pero quiero darles tiempo pa que se serenen.

—Muy bien, entonces creo que para las cuatro y media podré anunciar el nombre del culpable.

—Más vale ansí, oficial...

El informe que a la mañana siguiente se recibió desde la capital provinciana enfrió algo el optimismo de Arzásola. Lo leyó, primero para sí, y luego en alta voz, para su superior.

"Comunico a usted que en el revólver, calibre 38, N° 328.128, enviado ayer, no se han podido hallar impresiones dactilares, aunque por estar recientemente envaselinado, se notan huellas de dedos por lo que debe presumirse que quien lo usó, utilizó guantes. El examen microscópico señala la presencia de algunos granos de talco adheridos."

—¿Nada más?

—Nada más, don Frutos. Ahora se va a hacer más difícil la investigación, aunque considerando la oportunidad y los móviles, gracias a un proceso eliminatorio, pienso arribar, igualmente, a la verdad.

El comisario no agregó palabra, y esa tarde, a la hora dispuesta, partieron para la estancia llevando con ellos al empecinado Pancho Mena que seguía negándose a responder a las preguntas.

Cuando llegaron ya los esperaban en el comedor la viuda, el sobrino y el médico. El preso, esposado, fue colocado en una silla, a un costado.

—Lamento tener que molestarlos cuando su dolor está aún fresco —se disculpó don Frutos—, pero ha habido un crimen y es nuestro deber buscar a su autor.

—Estamos dispuestos, comisario —dijo la viuda—; puede empezar. . .

—Güeno, l'oficial aquí presente es quien va a interrogarlos.

Arzásola, sacando unos papeles, dio comienzo:

—Pido que no se vea en mis palabras nada ofensivo, sino solamente el deseo de esclarecer este misterio.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Hasta tanto se descubra la verdad, todos ustedes pueden ser tenidos como culpables...

— ¡Es absurdo! Tía no. . . —interrumpió Julián.

—Déjalo —dijo la señora, y agregó—: prosiga.

—Bien —siguió Arzásola—, ésta es el arma homicida. ¿La reconocen?

—Sí —exclamó Julián—, estaba en el cajón del escritorio de tío.

—¿Quiénes sabían donde estaba guardada?

—Todos —dijo pausadamente doña Esperanza—. Para nadie era un secreto que el revólver estaba allí y cualquiera de los habitantes de la casa pudo llegar hasta él.

—¿También Pancho Mena?

—También —respondió el médico—; no hay que olvidar que había vivido aquí hasta hace unos días y conocía, como todos, su ubicación.

—Bien. Como ustedes ven, los cuatro pudieron haber retirado el arma y los cuatro pudieron, también, haber efectuado esa noche el disparo fatal. Analicemos, ahora, los móviles.

Hubo un minuto de tensa expectación y Arzásola, mirando sus apuntes, leyó:

"Señora Esperanza D. de Britos.

Oportunidad: Su pieza está cerca de la entrada y pudo haber regresado rápidamente a ella. No debe olvidarse que, al salir los demás, al oír la detonación, ya estaba afuera.

Móvil: Quedar en posesión de la herencia."

-Este...

—Sí, señora. . .

—Creo que usted debe saber que fui yo quien aportó los bienes a la sociedad conyugal y siempre pude disponer de ellos a mi antojo. . .

—Pasemos, entonces al segundo de los presentes:

"Julián Enciso, sobrino del extinto.

Oportunidad: Como pocas, pudo haber hecho el disparo, arrojado el arma y volver a su pieza entrando por la ventana.

Móvil: La parte de la herencia que le corresponde."

—En cuanto a la oportunidad es como usted la pinta, pero en lo que respecta al móvil, sepa usted que mis padres me dejaron mucho más de lo que puedo gastar y que mis tíos, que me criaron como a un hijo, jamás me hubieran negado lo que les hubiese pedido...

—Hasta el último centavo si fuera preciso, Julián. . . —dijo la viuda.

Consideremos, ahora, —al doctor Arístides Tortorelli. . .

—Voy a ayudarlo, oficial —dijo el facultativo—, diciendo que, por razón de mi profesión, tuve siempre la mejor de las oportunidades ya que me hubiera bastado equivocarme en la dosis de

digital o haber inyectado unos centigramos más de sulfato de esparteína . . . , ¿A qué, entonces, andar a los tiros? Por otra parte, la muerte del señor Britos me perjudica porque pierdo un buen cliente, así que tampoco tengo un móvil. . .

—Lucas no se olvidó de usted en su testamento —interpuso doña Esperanza—, y tengo entendido que se lo había dicho. . .

—Sí, pero pensé que era una broma.

—Mi marido no era amigo de esa clase de chistes, bien lo sabía usted...

—De todas maneras, creo acertado su descargo -continuó Arzásola—, ya que tuvo oportunidad de hacerlo en forma silenciosa y aparentemente natural sin correr los riesgos de andar a los tiros.

—¿Entonces? —dijo don Frutos, rompiendo su mutismo ¿Sólo queda Pancho?

—Exacto: Francisco Mena, alias Pancho.

"Oportunidad: Conocía la casa con todos sus pormenores y volvió al galpón, después de haberse oído la detonación, sin querer dar razón de su ausencia.

Móvil: La venganza, porque días antes fue reñido ásperamente por don Lucas y desalojado de la casa."

—¿Qué tienes que decir a todo esto, Pancho? —dijo la señora con dulzura—. ¿Fuiste tú?

— ¡No, señora! ... ¡Se lo juro!

—¿Dónde estuviste?

—Vine a ver... a la Juana. Pero no estábamos haciendo nada malo, sino conversábamos nomá, doña Esperanza. . . Cuando oí el tiro creí que me habían confundido con un ladrón que quería dentrar por la ventana y salí corriendo. . .

—¿Y no vio a nadie? —requirió el oficial.

—Que pa iba a ver, oficial, si ni siquiera me di güeltas en la disparada.

—Ta güeno —dijo don Frutos—, -aura esperemén un momento que vua buscar unoj testigo.

Salió de la habitación y volvió, como a los diez minutos, con una cajita alargada.

—Pero. . . ¿Y Juana? —¿Juana? —preguntó Julián—. Tenía entendido que iba a buscar unos testigos. . .

—Y aquí están —respondió y sacó un par de guantes de goma.

—Esos guantes son míos —saltó Tortorelli.

—Sí y son la prueba que usted mató a don Luca. . .

—Es ridículo... ¿Por qué había de hacerlo así y no con una droga?

—Porque tuvo miedo que al morir de otro modo llamáramos a otro doutor y con l'utusia se descubriera su falta, pues.

No son sino antojadizas suposiciones tuyas.

—Ta enquivocao. Usted con loj guante no dejó marca n'el rególver, pero el rególver, le dejó la marca n'el guante.

Señaló unas manchitas oscuras en el dedo índice de uno de ellos y agregó:

—Al apretar el gatillo se manchó 'e vaselina y endemá dejó unas motitas 'e talco n'el arma.

—Un examen microscópico de ambas cosas nos permitirá comprobar su similitud —terció Arzásola.

—No hace falta —concedió el médico—. Al fin y al cabo se va a descubrir.

—¿Por qué? . . . ¿Por qué lo hizo? —sollozó la señora.

—Porque estaba cansado de la vida del campo y me apremiaban las deudas. Al saber lo del legado me cegó la ambición y nunca creí que estos policías de campaña pudieran descubrirme.

—Yo tampoco lo hubiera sospechado. ¿Cómo hizo para llegar a la verdad, don Frutos? —preguntó Julián.

—Cuando supe que el creminal había usao guantes descarté al pobre Pancho, que tiene manoj 'e sapo y jamás los ha usao. Luego al saber que habían hallao unoj granito 'e talco pensé: "El talco se usa pa las cosas e'goma y los médicos usan guantes d'esa clase". Y má se me hizo sospechoso cuando el doutor quiso hacerme crer que no tenía motivo siendo que sabía que a la muerte 'e don Luca iba a recibir una ponchada de pesos . Como tuito jue tan rápido esa noche, calculé que tendría entuavía loj guante y salí pa buscarlos en su pieza y ver si tenía la mancha 'e vaselina. Revisé un poco y loj encuentre... Y aura vamo, doutor.

—Vamos —accedió Tortorelli sombríamente.

Y el culpable, escoltado por los policías, salió con la cabeza gacha de la habitación donde seguían sonando tristemente los sollozos de la pobre mujer.

LA PESQUISA DE DON FRUTOS

78

Don Frutos Gómez, el comisario de Capibara-Cué, entró a su dismantelada oficina haciendo sonar las espuelas, saludó cordialmente a sus subalternos y se acomodó en una vieja silla de paja, cerca de la puerta a esperar el mate que uno de los agentes empezó a cebar con pachorrienta solicitud.

Cuando tuvo el recipiente en sus manos, aspiró con fruición por la bombilla y gustó el áspero sabor del brebaje en silenciosa delectación.

—Ta güenazo1 . . . dijo dirigiéndose al agente ; vo no servirás pa mélico porque so más lerdo que tatú-carreta, pero pa cebar los verdes sos de mi flor...

—No me halaguée, comesario, que no soy denguna china. . . —respondió el soldado íntimamente complacido.

Al recibir el segundo mate lo tendió cordial hacia el oficial sumariante que leía, con toda atención, junto a la única y desvencijada mesa del recinto.

—¿Gusta un amargo?

—Gracias. . . —respondió el otro—. Sólo tomo dulce.

—Aquí sólo toman dulces las mujeres. . . —terció el cabo Leiva con completo olvido de la disciplina.

—Cuando quiera su opinión se la solicitaré—respondió fríamente el sumariante.

—Ta bien, mi ufisial —respondió el cabo y continuó perezosamente apoyado contra el marco de la puerta.

Luis Arzásola, que hacía cinco días apenas que había llegado de la capital correntina a hacerse cargo de su puesto, en ese abandonado pueblecito, se revolvió molesto en su asiento, conteniendo a duras penas sus deseos de sacar carpiendo al insolente, pero don Frutos regía

a sus subordinados con paternal condescendencia sin reparar en graduaciones y no quería saber de más reglamentos que su omnímoda voluntad.

Cuando él ya, en ese breve tiempo, le hubo expuesto en repetidas ocasiones sus quejas por lo que consideraba excesiva confianza o indisciplina del personal, sólo obtuvo como única respuesta:

—No se haga mala sangre m'hijo. . . No lo hacen con mala intención sino de bruto que son nomá. . . Ya se irá acostumbrando con el tiempo.

Para olvidar su disgusto siguió leyendo en su preciado libro de Psicología y efectuando apuntes en un cuaderno que tenía a su lado, pero la mesa, que tenía una pata más corta que la otra, se inclinaba hacia un costado y hacía peligrar la estabilidad del tintero, que se iba corriendo lentamente y amenazaba terminar en el suelo. Para evitarlo tomó un diario, lo dobló repetidas veces y lo colocó para nivelar el mueble, debajo del sostén defectuoso. Luego siguió con la lectura interrumpida.

—¿Qué pa está aprendiendo, che oficial?

—preguntó el agente mientras esperaba el mate de manos del comisario.

—Psicología.

—¿Y eso pa qué sirve?

—Para conocer a la gente. Es la ciencia del conocimiento del alma humana.

El milico recibió el mate, meditó unos segundos y concluyó sentenciosamente:

—Pa mi ver eso no se estudea en lo libro. Pa conocer a la gente hay. . .

Vaciló un momento y afirmó:

—. . . hay que estudear a la gente.

Después se acercó al brasero que ardía en un rincón y empezó a llenar la calabaza cuidando que el agua no se derramara y que formara una espuma consistente.

En eso estaban cuando Aniceto, el mozo de la carnicería, entró espantado.

— ¡Don Frutos! . . . ¡Don Frutos! . . . —¿Qué te ocurre, hombre? —contestó el aludido y empezó a levantarse.

—Al tuerto Méndez. . .

—¿Sí?

—Lo han achurao sin asco. . . Ricién cuando le jui a llevar un matambre que había encargado ayer, entré a su rancho y ¡ánima bendita santa! lo encontré tendido n'el suelo, boca abajo y lleno 'e sangre. . .

—¿Seguro pa que estaba muerto, chamigo?

—Seguro nicó, don Frutos. Duro, frío y hasta medio jediendo con la calor que hace. . .

—Güeno, gracias, Aniceto. Ándate nomá.

— ¡Hasta luego, don Frutos!

— ¡Hasta luego, Aniceto! —respondió el funcionario y volvió a sentarse cómodamente.

El oficial, que había dejado el libro, se plantó frente a su superior.

—¿Qué pa le pasa, m'hijo?

—¿No vamos al lugar del hecho, comisario?

—Sí, enseguida.

—Pero. . . ¡es que hay un muerto, señor!

—¿Y qué. . .? —contestó el viejo ya con absoluta familiaridad—. ¿Acaso tené miedo que se dispare? . . . Déjame que tome cuatro o cinco matecitos más, o de no, me se van a desteñir las tripas.

Cuando, después de una buena media hora, arribaron al rancho de las afueras donde había ocurrido el suceso, ya el oficial había redactado in mente el informe que elevaría a las autoridades sobre la inoperancia del comisario, sus arbitrarios procedimientos y su inhabilidad para el cargo. Creía que era llegada la ocasión propicia para su particular lucimiento y para apabullar con sus mayores conocimientos los métodos simples y arcaicos del funcionario campesino. Lo único que lamentaba era haber olvidado en la ciudad una poderosa lupa, que le hubiera servido de maravilloso auxiliar para la búsqueda de huellas.

Apenas a unos pasos de la puerta estaba el extinto de bruces contra el suelo.

— ¡Anda!—ordenó el comisario al cabo Leiva—. Abrí bien la ventana pa que dentre la luz.

Éste lo hizo así y el resplandeciente sol tropical entró a raudales en la reducida habitación.

Don Frutos se inclinó sobre el cadáver y observó en la espalda las marcas sangrientas de tres puñaladas que teñían de rojo la negra blusa del caído.

—Forastero. . . —gruñó.

Luego buscó un palito y lo introdujo en las heridas. Finalmente lo dejó en una de ellas y aseveró:

—Gringo.

Se irguió buscando algo con la mirada y, al no encontrarlo, dijo al cabo:

—Anda, sácale laj rienda al rosillo qu'es mansito y traemelas. . .

Cuando al cabo de un momento las tuvo en sus manos, midió con una la distancia de los pies del difunto hasta la herida y luego, transportándola sobre el cuerpo de Leiva, alzó, un brazo y lo bajó. No quedó satisfecho, al parecer, y, poniéndose en puntas de pie, repitió la operación.

— ¡Aja! —dijo—. Es más alto que yo, debe medir un metro y ochenta má o meno.

Inmediatamente se volvió al cabo y lo interrogó:

—¿Estuvo ayer el Tuerto en las carreras? —Sí, pero él pasó la tarde jugando a la taba.

— ¿Y le jue bien?

— ¡Y de no! ¡Si era como nu hay otra pa clavarla 'e güelta y media! ¡Dios lo tenga en su santa gloria! . . . Ganó una ponchada de pesos. Al capatá 'e la estancia, a ése que le dicen Mister, lo dejó sin nada y hasta le ganó tres esterlinas que tenía 'e recuerdo; el Ñato Cáceres perdió ochenta pesos y el anillo 'e compromiso. . .

—Güeno, revisalo a ver si le encontrás la plata. . .

El cabo obedeció. Dio vueltas al cadáver y le metió las manos en los bolsillos, hurgó en su amplio cinturón y le tanteó las ropas.

—Ni un vainte9, comesario.

—A ver. . . Vamoj a buscar en la pieza, puede que lo haiga escuendido.

—Pero, comisario —saltó impaciente el oficial—. Así van a borrar todas las huellas del culpable.

—¿Qué güellas, m'hijo?

—Las impresiones dactilares...

—Acá no usamo d'eso, m'hijo... Tuito lo hacemos a lo que te criaste nomá. . .

Y ayudado por el cabo y el agente, empezó a buscar en cajones, debajo del colchón y en cuanto posible escondite imaginaron.

Arzósola, entretanto, seguía acumulando elementos con criterio científico, pero se encontraba un poco desconcertado. En la ciudad, sobre un piso encerado, un cabello puede ser un indicio valioso, pero en el sucio piso de tierra de un rancho hay miles de cosas mezcladas con el polvo: cabellos, recortes de uña, llaves de lata de sardina, botones, semillas, huesecillos, etcétera. Desorientado y después de haber llenado sus bolsillos con los objetos más heterogéneos que encontró a su paso, dirigió en otro sentido sus investigaciones. Junto a la puerta y cerca de la ventana encontró una serie de pisadas y, entre ellas, la huella casi perfecta de un pie.

— ¡Comisario! —gritó—. Hay que buscar un poco de yeso...

—¿Pa qué, m'hijo?

—Para sacarle el molde a esta pisada. El asesino estuvo parado aquí y dejó su marca.

—¿Y pa qué va a servir el molde?

—Porque gracias a una ciencia que se llama Antropometría —respondió despectivamente y como dando una lección—, de esa huella se puede deducir la talla de su dueño y otros datos. .

—No te aflijas por eso. El creminal es un gringo, má o meno una cuarta más alto que yo y dejuero que ha d'estar entre la peonada 'e la estancia 'e los ingleses. . .

— ¡Pero! . . . —se asombró el oficial.

—Ya te explicaré más tarde, m'hijo. Toy seguro qu'el tipo estuvo en la cancha 'e taba y vido como el Tuerto se llenaba 'e plata, dispué se adelantó y lo estuvo esperando n'el rancho. Quedó un rato vichando el camino desde la ventana y dispué se puso detrás 'e la puerta. Cuando el pobre dentró l'encajó una puñalada y enseguida nomá cuando lo vido caído.

—Ansí es, don Fruto... —asintió el cabo—. Se ve clarito por las pisadas.

—Al verlo muerto le revisó loj bolsillo, le sacó tuitas las ganancias y se jue. . . Pero, ya loj vamoj a agarrar sin la Jometría esa que decís.

Enseguida, dirigiéndose al agente que lo acompañaba, ordenó:

—Ándate a lo del carnicero y decile que te dea un cuero 'e vaca y te emprieste'l carro. Lo traes al Aniceto pa que te ayude, lo envuelven al finao, lo cargan y lo llevan a enterrar. . . El pobre no tiene a naides que lo llore. Cuando venga el Paí Marcelo pa la Navidá le haremos decir una misa. . .

—Ta bien, comesario.

Inmediatamente se volvió al oficial y al cabo Leiva y les dijo:

—Aura vamoj pa l'estância. . . Si me hace qu'el infiel que ha hecho esta fechuría debe d'estar allí. . .

La estancia de los ingleses se encontraba más o menos a media legua del pueblo. Además del habitual personal de servicio y peones, había en ella unas dos docenas de obreros trabajando en la ampliación de unas alas del edificio.

Interiorizado el administrador del propósito que los llevaba hizo reunir, frente a una de las galerías, a todo el personal. Hombres de todas clases y con los más diversos atavíos se encontraban allí. Algunos con el torso desnudo brillante de sudor porque el sol ya empezaba a

hacerse sentir, otros en camiseta, blusas, camisas de colores chillones, un inglés con *breeches*, un español con boina, un italiano con saco de pana, etcétera.

—Pone a un lado a los gringos y a loj otros déjalos dir —dijo don Frutos al oficial, después de pasar su mirada por el grupo, y se sentó con el dueño de casa a saborear un vaso de whisky.

Arzásola, a su vez, transmitió la orden:

—Los extranjeros que avancen dos pasos al frente.

Una decena de hombres se destacó de la masa.

El oficial, entonces, dirigiéndose a los otros, exclamó:

—Ustedes pueden retirarse.

Correntines, misioneros, formoseños y de algunas otras provincias del norte se alejaron murmurando entre dientes o contentos de verse libres de la curiosidad policial.

De pronto el cabo Leiva se adelantó hacia un mocetón de pelo hirsuto y tez cobriza que había quedado con los demás.

—¿Y vo, Gorgonio, qué haces aquí?

—L'ofisial dijo nicó* que se quedasemo lo extranjero, pué.

— ¡Qué pa a ser extranjero vo! Usté so paraguallo como yo, chamigo. Extranjero son lo gringo, lo de las Uropas. . . , ¡Anda de acá y no quedrás darte corte!

Y así diciendo lo sacó a empellones de la fila.

Don Frutos, entonces, se acercó a los restantes y después de observarlos, dijo:

—Lo do petiso 'e la esquina y ese otro 'e boina. . . vayanse nomá. . .

Frente a él quedaron el inglés, un par de italianos, algunos españoles y un polaco.

—A ver. . . —continuó—. Muestren la cartera o plata que tengan. . .

En las callosas manos aparecieron carteras grasientas o pesos arrugados.

El inglés sin inmutarse, advirtió:

—Mi no tener una moneda.

Al oírlo, Arzásola se acercó a don Frutos y le dijo suavemente: —Está mintiendo, me parece. Debe ser él y seguro ha escondido lo robado. Lo habrá hecho para recobrar sus esterlinas.

—No —le respondió el superior—. Ése no puede ser. . . . Mírale los pieses. . .

El inglés permanecía firme y estático, mientras los otros, inquietos, se asentaban, ora sobre un pie, ora sobre el otro.

—¿Ves, m'hijo? ... El míster puede estar mucho tiempo sin moverse mientras el que estuvo allá dejó el suelo como pisadero p'hacer lagrillos.

Se acercó a los hombres silenciosos y les revisó el dinero sin decir palabra.

Se retiró unos pasos atrás y dijo al oficial:

—El polaco, el italiano pelo 'choclo y los doj gallego no han estado en la tabeada.

—¿Cómo lo puede asegurar?

—¿No viste que la plata d'esos estaba limpita y lisa? La de esoj otro estaba arrugada y sucia 'e tierra. Cuando podás observar una partidita vaj a ver como los tabeadores estrujan los billetes, loj hacen bollitos, los dueblan y loj sostienen entre lo dedo, loj tiran al suelo, loj pisan, loj arrugan, etc. Uno de eso do debe ser. Se acercó de nuevo a la fila y pasándose el pañuelo por la cara, dijo:

—¿Ta apretando la calor, no?

Miró al italiano de saco de pana y le aconsejó paternal:

—Pónete cómodo. . . Sacate el saco.

—Estoy bien, gracias.

—Sacate el saco te he dicho —ordenó, y luego siguió con tono protector—: Te va a embromar la calor si no lo haces. . .

A regañadientes obedeció el otro.

Apenas lo hubo hecho, cuando don Frutos ordenó al cabo:

— ¡Mételo preso! Éste es el criminal. . .

Dando un rugido de rabia, el indicado llevó la mano a la cintura y la sacó empuñando un pequeño y agudo cuchillo, pero el cabo, con rapidez felina, se lanzó sobre él y lo encerró entre sus fuertes brazos, mientras el oficial, prendiéndosele de la mano, se la retorció hasta hacerle caer el arma. Enseguida, ayudado por los otros peones, le ataron las manos a la espalda y lo arrojaron sobre un carro que le facilitó el administrador para llevarlo al pueblo. Don Frutos recogió el saco, lo estrujó poco a poco como buscando algo y, luego, con el mismo cuchillo del detenido lo descosió a la altura del hombro y allí, entre el relleno, encontró escondidas las monedas de oro y el anillo. Después volvió a la mesa a terminar el whisky y agradecer al dueño de casa su colaboración, terminado lo cual la comisión montó a caballo y emprendió el regreso. Una vez que el preso quedó bien seguro en el calabozo, el comisario y el oficial se acomodaron en la oficina.

Arzásola, impaciente, preguntó:

—Perdón, comisario, ¿pero cómo hizo para descubrir al asesino?

—Muy fácil m'hijo. . . Apenas vi la herida del muerto supe qu'el culpable era forastero.

—¿Por qué?

—Porque las heridas eran pequeñas y aquí naides usa cuchillo que no tenga, por lo menos, unos treinta centímetros 'e hoja. Aquí el cuchillo es un instrumento 'e trabajo y sirve pa carnear, pa cortar yuyos, pa abrir picadas n'el monte y ande clava deja un aujero como pa mirar al otro lao y no unoj ojalito como loj que tenía el Tuerto. Dispué cuando le metí el palito adentro supe, por la posición, qu'el golpe había venido de arriba p'abajo y me dije: Gringo. . .

—Cierto, yo lo oí. . . ¿pero cómo pudo saberlo?

— ¡Pero m'hijo! porque el criollo agarra '1 cuchillo 'e otra manera y ensarta de abajo p'arriba como pa levantarlo n'el aire, pues.

—¡Ah!

—Dispué medí la distancia de los pieses a l'herida y la marqué 'n l'espalda, alcé el brazo y lo bajé, pero daba más abajo. Entonces me puse en punta 'e pie y me dio maj omeno. Por eso supe qu'el asesino era como cuatro dedos más alto que yo y como mi medida, asigún la papeleta es uno y setenta, le calculé uno y ochenta.

—Sí, pero, ¿cómo adivinó que había escondido las monedas y el anillo en el saco?

—Porque con la calor que hacía no se lo sacaba d'encima. Pensé que debía 'e tener algo 'e valor pa cuidarlo tanto y má me convencí cuando empezó a sacárselo y le vi la camiseta pegada '1 cuerpo por el sudor. . .

El agente entró con el mate y don Frutos se lo alargó al oficial.

Servite m'hijo. Aquí vaj a tener que aprenderlo a tomarlo cimarrón. Arzásola lo aceptó y dijo:

—Creo que voy a tener que aprender eso y otras cosas más.

Lo vació de tres o cuatro enérgicos sorbos y lo devolvió al milico, luego como la mesa empezaba a tambalearse nuevamente, tomó el libro de psicología y lo puso debajo de la pata renga.

ROBO EN CAPIBARA-CUÉ

—¿Cuánto falta, don Serra?

—Por lo que yo sé, la pérdida mayor es de los \$ 20.000 que habíamos recibido el sábado para el pago de sueldos, jornales y unas cuentas pendientes.

Don Frutos miró la abierta caja de hierro, luego paseó su mirada por la ordenada oficina y prosiguió:

—¿Al parecer no hubo violencia?

—No, don Frutos, quienquiera que haya sido usó las llaves tanto para la puerta como para la caja.

Del grupo de los tres empleados que estaban de pie, respetuosamente a un costado, se adelantó un mozalbete de negros cabellos rizados y pobladas cejas de árabe, para decir:

—Cuando llegué esta mañana, me sorprendió encontrar libre la entrada, pero no le di mayor importancia pensando que el contador se me hubiera adelantado, pero, luego, al no verlo por ninguna parte y hallar la caja de caudales en ese estado, me asusté. . .

—¿Y qué hiciste, muchacho? —interrumpió el comisario.

—Volví a la puerta y quedé un rato indeciso hasta que llegaron estos dos. . .

—Entonces —explicó un viejo de nariz prominente y avanzada calva llamado Pardilla— pensamos que lo mejor era avisar a don Serra.

—Apenas llegó Béjar con la noticia —continuó el dueño refiriéndose al mozo de tipo arábico— vine y me encontré con esto. . .

—¿Y el contador?

—No vino y eso es lo que me extraña, porque éstas son sus llaves. Sin embargo, no pudimos encontrarlo en ningún lugar de la casa y en su pieza, adonde lo mandé buscar, tampoco había nadie. . .

—Güeno, con tuito eso la cosa parece clara. ¿No es verdad, don Serra?

—Será, comisario, pero no puedo creerlo. El contador, Santiago Tejada, tenía toda mi confianza. . .

—Pero los hechos cantan, pues. . . Estas son sus llaves y la plata y el mozo se han hecho humo...

—No se lo niego, pero le repito que me resisto a creerlo. Si ha tenido ocasiones en que pudo haberse ido con mucho más dinero. . .

— ¡Y de ahí. . .! Esta ve la tentación habrá sido más fuerte. Loj hombres semo, a vece, como esas guainas que en tuito '1 año no levantan loj ojo del suelo y, cuando van a uní baile, dispué 'e la tercera pieza nomá, ya hay que ponerles freno pa que no se desboquen. . .

—Tampoco yo puedo creerlo —se aventuró Pardilla.— Si tejada era la honradez en persona.

Don Frutos los saludó sin agregar palabra y volvió a la comisaría.

De inmediato despachó agentes a los pueblos cercanos de Ramada-Paso, Itá Ibaté, Itatí y algunos lugares de la costa en busca de noticias del prófugo.

Pero, como decía el cabo Leiva, "ni que se lo hubiera llevao Mandinga" porque en ninguna parte se encontraron rastros del fugitivo.

El robo conmovió a Capibara-Cué y, aunque era lunes, el almacén de don Pedro contó, después de la hora del almuerzo, con una crecida concurrencia que había ido, más que a lugar a las cartas o a beber una copita, a procurar informaciones sobre el suceso.

El Turco Béjar hablaba hasta por los codos, interrumpiéndose solamente, de tiempo en tiempo, para sorber con fruición, un vaso de caña.

—Para mí —decía—, Santiaguito, como le llamábamos a Tejada, nunca me fue simpático. Era demasiado amigo de estar mandando y se volvía puro "Hace esto". . . "Copiá aquello". . . "Averigua esos datos", etc.

—No digas tal cosa —le interrumpió Pardilla mientras se secaba las gotitas de leche que le habían quedado en el bigote ya que era abstemio—. Tejada era un buen chico, habrá tenido su tentación o ¡quién sabe!

—Después de todo —prosiguió Béjar imperturbable— hizo bien, mientras nosotros debemos seguir sudando él se dará la buena vida.

Osvaldo Villa, un viajante de ferretería, que ocupaba otro de los lados de la mesa, esperó que el Turco ahogara en caña su torrente oratorio para decir:

—Quizá yo sea un poco culpable de lo que pasó. . .

Los demás, al oírlo, hicieron silencio y él, hundiendo los pulgares en los bolsillos del chaleco, continuó: —Sí, cuando conversábamos, yo le hablaba de la vida en las ciudades, de las diversiones, y le reprochaba el que, siendo tan joven y capaz, se hubiera venido a enterrar en este pueblo. A veces se entusiasmaba y me decía que cuando juntara unos pesos se iría. . .

— ¡Y claro que los juntó y se fue! —rió sarcástico Béjar.

—No sabemos. . .no sabemos, todavía —Volvió a decir Pardilla y pidió un nuevo vaso de leche.

— ¡Bah! . . . ¡bah! Lo que es Tejada ya no vuelve —insistió el primero—; habrá cruzado el Paraguay para ir desde allí al Brasil y ¡feliz viaje. . .!

Don Frutos, apoyado contra el mostrador oía y callaba. Después de un rato, cuando ya la gente empezó a dispersarse para retornar a sus ocupaciones, regresó a la comisaría.

El oficial Arzásola había aprovechado la ausencia para ordenar una limpieza a fondo del local y para que sacaran la tierra acumulada debajo del escritorio, hizo correr el pesado y voluminoso mueble hasta cerca de la puerta.

El comisario, que venía desde la intensa luz de afuera, siguiendo su camino de costumbre, entró de golpe y lo llevó por delante con gran violencia, cayendo junto a él.

— ¡Pero, don Frutos! —dijo el cabo Leiva mientras acudía a socorrerlo—. ¿Adonde pa tiene loj ojo?

— ¡Pucha, digo! No pude verlo —replicó el comisario.

—Si estuviera oscuro me esplico —siguió Leiva, ayudándolo a incorporarse y en tanto le sacudía la ropa— pero hay nicó bastante luz y l'escritorio es ma grande qu'una vaca.

—Es que la luz externa es más intensa y se cegó —dijo Arzásola y añadió filosófico: —veces hay que un pequeño resplandor no nos deja ver las montañas.

—Risplandor o no risplandor, el golpe duele lo mismo —finalizó don Frutos.

Sacó un sillón al patio que colocó a la sombra de un frondoso Jacaranda y empezó a balancearse hasta que quedó dormido.

Cuando despertó y mientras tomaba mate, miraba el hermoso cielo correntino con el desfile incesante de las nubes. De pronto, una bandada de patos siriríes trazó sobre el fondo blanco de un cúmulo su formación en V y se perdió ruidosa y veloz hasta la otra costa.

—Via hacer algunas diligencias — dijo después e invitó al oficial: —¿querés venir conmigo?

—A sus órdenes, don Frutos —le respondió Arzásola y fueron por las calles del pueblo hasta la habitación del desaparecido.

El agente que estaba a la puerta, los saludó y los dejó pasar. La pieza estaba discretamente amueblada y bien ordenada.

Hicieron llamar a una mujer que vivía a unas cuadras del lugar y que era quien se encargaba de la limpieza.

—Vea, doña Juana —le dijo don Frutos— mire a ver si falta alguna cosa pero no regüelva demasiao. . .

—Ni falta que mi hace si ya van pa tres año que li hago la piesa al niño Santiago y la conosco como la palma e mi mano. . .

Se colocó los brazos en jarra y, plantándose desafiante en medio del cuarto, dijo airada:

—Y digan lo que digan las malas lenguas que se jue con la plata 'e don Serra, pa mí son tuitas macanas. Ahí tiene. . .

—Ta bien, doña Juana, pero aura pa ayudarlo al moso ni anque sea, mire y diga si falta algo.

La mujer paseó su mirada escrutadora por el recinto, abrió un pequeño ropero y contestó:

—Pa mi ver no falta más que lo que tenía puesto, el traje azul nuevo, los zapatos negros y...

Se inclinó sobre el fondo del mueble, después fue hasta el lecho para revisar los cobertores y exclamó extrañada:

—Tamién no encuentro una colcha azul que estaba allí. . .

—¿Segura pa, doña Juana?

—Segura ité, don Frutos.

Al otro día el comisario desarrolló una intensa actividad. Visitó al señor Serra y mantuvo con él una extensa conversación, luego interrogó a los empleados nuevamente y, volviendo a la comisaría, ordenó ensillar su caballo y fuese al vecino pueblo de Ramada-Paso desde donde retornó cerca de las once.

Sacó, a la puerta, una silla de junco y se puso a mirar distraídamente el horizonte.

—¿Supo algo de Tejada? — le preguntó Arzásola.

—Nada m'hijo.

—¿Quién sabe pa onde se habrá ido? — terció Leiva mientras le alcanzaba un mate.

—Decí ma bien onde estará. . . — le corrigió don Frutos.

— ¡Peina! onde se habrá ido u estará es la mesma cosa demientras no se sepa la rispuesta

—replicó el cabo.

—Eso es porque vo no miras al cielo de onde saben venir las mejores rispuestas. . . —dijo el comisario sentenciosamente.

Leiva recibió el mate vacío, entró al local y entregándolo a un agente ordenó furioso:

—Toma Gutierre, llévale vo loj mate al comesario que aura se está golviendo pueta tamién como l'ufisial. A lo mejor se habrá acontagiao. . .

Y, enseguida, remedó:

—Del cielo vienen las mejores rispuestas. . .

Escupió despreciativo en un rincón y salió al patio a dar de comer a los caballos.

El resto del día pasó sin mayores novedades, pero don Frutos siguió siempre cerca de la puerta, ora tomando mate, ora fumando largos cigarros con los ojos clavados en el firmamento. En la mañana siguiente, bien temprano, retomó su ubicación, hasta que, de pronto, llamó:

— ¡Leiva! . . .

El cabo vino arrastrando su largo sable. —¿Qué se le ofrece, comesario? —Mira allá pa'l lao 'l cañadón. . .

— ¡Aja! Andan rivoiotiando unos chimangos.

—Güeno, atendé.

Habló con él en voz baja y el cabo, después de asentir, salió acompañado por un agente.

Luego don Frutos dijo a Arzásola:

—M'hijo, anda 'e don Serra y me lo traes al moso ese que le dicen el Turco.

—¿A Béjar?

—Sí, y lo metes en el calaboso encomunicaao.

Luego fue al almacén de don Pedro para gastar el tiempo mientras esperaba la llegada del barco que, al volver desde el norte, hacia su escala semanal.

Cerca de una hora después el Iguazú llegó por el medio del río y se detuvo frente a Capibara-Cué, pero sin atracar. De su costado bajó una canoa en la que trajeron la correspondencia y carga y en la cual llevarían de retorno el correo y los pasajeros del pueblo. Osvaldo Villa se despidió de los amigos que estaban entre un grupo de curiosos, que habían ido a ver el arribo del vapor, tomó sus valijas e iba a descender por el senderito que llevaba al pie de la barranca, cuando don Frutos le puso la mano sobre el hombro.

—Venga conmigo, mozo.

— ¡Pero, don Frutos! si tengo que irme en el Iguazú...

—Por hoy no será posible. . .

—¿Por qué?

—Tengo mis razones.

—Usted me perjudica y lo haré responsable.

—Pacencia, pero vamos a la comisaría.

—¿Qué delito he cometido?

—Ya te explicaré, vamos. . .

Sin dejar de protestar cargó su equipaje y fue con el funcionario. Una vez llegados a destino don Frutos, ordenó:

— ¡Traiganlón al Turco ese! Apareció Béjar hecho, también, una furia. ¿Se puede saber comesario, la razón de este atropello?

—Los dos están presos por complicidad.... —¿Complicidad en qué? — preguntó Villa. —En el robo de don Serra.

— ¡Vamos, don Frutos! —dijo Béjar—. ¿Acaso no fue Tejada el ladrón?

—Sí pero lo hemos detenido y ha riclarao. que ustedes do jueron cúmplices.

— ¡Es mentira! —tronó Villa—. Eso no es cierto.

—¿Por qué m'hijo?

Vaciló repentinamente el interrogado y se atropello enseguida:

—Pues. . . porque. . . es ridículo que pueda acusarnos.

—Es absurdo —agregó el otro detenido, con vehemencia.

—Güeno, no se aflijan porque aura nomá lo van a traer, y tuíto se aclarará...

—Mejor, sí, es mejor —exclamó Béjar—. Vamos a ver cómo lo prueba.

—Pero si es una burda mentira —protestó Villa—, no sé qué está persiguiendo con esta comedia.

En ese momento entró don Serra y don Frutos-dijo:

—Dentro 'e un rato van a traer a Tejada. ¿Tiene allí el papelito '1 otro día?

—Sí, don Frutos.

Villa, tratando de aparentar serenidad, pero sin poder ocultar su turbación, preguntó:

—¿Quizá usted me pueda explicar, don Serra, a qué se debe todo esto? ¿Por qué se me hace perder el vapor y se me perjudica en mis intereses...?

—No te aflijas porque aura nomá lo traen

—interrumpió el comisario. Entonces Béjar, exclamó:

—Me alegro, para que pueda ver don Serra que nada tengo que ver en este asunto.

Pocos minutos después se oyó el áspero chirriar de los ejes de un carro que se detuvo frente a una puerta. Enseguida Leiva y un agente hicieron entrar, tendido sobre un poncho, un bulto que esparcía un horrendo olor.

—Taba n'el pozo '1 rancho viejo que jue 'e loj Silva.

—¿Vieron lo que les dije? Aquí vino Tejada — expresó don Frutos y levantando una punta de la colcha que lo cubría puso al descubierto el cadáver de un hombre joven trajeado de azul.

— ¡Tejada! — gimió Béjar.

— ¡Pobre Santiaguito! — exclamó don Serra mientras las lágrimas cubrían su rostro.

Osvaldo Villa, pálido, se aferraba a la mesa. El comisario, enseguida, ordenó:

— ¡Llevenlón al galpón y vayan a buscar un cajón pa este cristiano! Después, indicando con el dedo a Villa, le dijo:

— ¡Vo lo mataste!

— ¡No! . . . ¡No! . . . ¡Yo no fui! . . . —se defendió el otro—. Usted no puede probar lo que dice.

— ¡Qué no! A ver tu cartera...

Sacó el acusado la misma, tembloroso, pero desafiante.

Don Frutos la sopesó por un momento y dijo:

—Es mucha plata pa un viajante. . .

—Tonteras. Yo siempre cargo muchos pesos por mi ocupación. Una parte es dinero de cuentas cobradas.

Don Serra recibió la cartera de manos del comisario y empezó a hacer pasar los billetes uno por uno mientras iba mirando en un papelito, para finalizar:

—Estos de acá coinciden.

Arzásola, mientras tanto revisaba las valijas y, en el fondo de una de ellas, entre las hojas de un libro encontró otros más que también dio al comerciante el que, después de mirarlos, agregó:

—Éstos también.

Villa bajó la cabeza y no añadió palabra. Don Frutos, entonces, mandó que lo encerraran en el calabozo acusado de asesinato y robo.

Don Serra salió para encargarse del entierro de su difunto empleado y, cuando quedaron solos, Arzásola le preguntó al viejo que daba suaves palmadas en la espalda de Béjar para consolarlo:

-¿Cómo hizo para descubrir este enredo, comisario?

—Vo me diste la idea.

-¿Yo?

—Sí, vo, cuando me dijiste: Vese hay que un pequeño risplendor no noj deja ver la montaña.

-¿Y qué?

—Esa siesta pensé: ¿No será que con tuito este barullo '1 robo no estoy pudiendo ver algo maj grave? Dispué, cuando juimo a la pieza '1 pobre me dije: ¿Pa qué le iba a hacer falta una colcha? Ma vale hubiera llevao pápele, ritrato, ropas... Endemá que para disparar no se hubiera empilchao como pa dir a un baile. . .

—Es cierto, don Frutos.

—Cuando visité a don Serra, éste me dijo: "¿No le parece raro que si tenía intención de robar el sábado me haiga dejao la lista 'e loj billete recibido con la numeración? ". A mí me pareció lo mismo y dentre a pensar que al pobre podían haberlo matao pa sacarle las llaves y robar la plata.

—Pero, ¿cómo sospechó de Villa?

— ¡Porque los do eran amigo y ese mozo jue esa noche al baile 'e Ramada-Paso. Calculé que Tejada al vestirse 'e fiesta sería pa hacer lo mismo y al no haber rastro 'e lucha 'n la pieza era porque siguro dejó dentrar a alguien 'e confianza que lo agarró desprevenido. Me imagino que lo habrá estrangulao con alguna corbata o una cuerda porque tampoco hubo rastro 'e sangre, dispué lo envolvió en la colcha, lo colocó cruzao sobre '1 caballo, siguió por el camino y se desvió por el lao '1 cañadón pa dir a tirarlo en un aljibe abandonao que hay en esos rachos en ruina, pensando que habría 'e pasar mucho tiempo antes que lo descubrieran. Mientras tanto creerían que se había escapao con el dinero y le daban tiempo pa juir tranquilo.

—¿Después volvió a robar?

—No, con gran sangre fría jue a la fiesta de Ramada-Paso, estuvo allí unaj hora, luego golvió, efectuó '1 robo y jue a la fonda a esconder la plata y esperó, contando con qu'el pobre infeli cargaría con la culpa, pero se olvidó que lo forastero son muy observao 'n lo pueblo chicos y así supe que salió de su pieza a las 10 de la noche y solo llegó '1 bañe a laj 12 cuando nú hay ma que una hora 'e viaje. ¿Qué hizo durante la otra?

—¿Por qué no lo arrestó, entonces?

—¿Con qué pruebas? Pudo haberme dicho que esa hora la empleó pa mirar la luna y a la fija tendría bien escuendido loj billete. Me hacía falta darle confianza pa que se descuidase un poco y, endemá, no tenía '1 cadáver 'e Tejada.

—No me explico cómo supo dónde había de hallarlo. En ese pozo abandonado pudo haber estado meses y meses. . .

—Si no hubiera chimangos, sí, pero estos animalitos 'e Dios tienen una vista o un olfato extraordinario y cuando hay una usamenta ya están dando güeltas, como perro antes 'e acostarse.

—¿Por eso usted miraba tanto el cielo?

—Siguro, pue, pa tener una idea '1 lugar. Luego cuando los vide lo mandé a Leíva que es baquiano y jue fácil dar con el finao. Dispués me aseguré má cuando lo acusé 'e cumplise, porque éste qu'es inocente, protestó un poco, pero, enseguida, se puso tranquilo a esperarlo, mientras él alegaba que no pedería ser, que eran mentira porque sabía que estaba muerto.

—Bien —dijo Béjar—, ahora quisiera saber: ¿por qué me eligió a mí para darme este mal rato?

—Pa, castigarte, porque vo estuviste haulando mal del finao n'el almacén. ¿No te arricordás?

El Turco bajó la cabeza, se levantó de su asiento y salió rumbo a su casa, pero parece que, a mitad de camino, se arrepintió porque torció de dirección y fue al almacén a entonarse con una cañita.

EL PSICOANÁLISIS

En el amplio rancho donde funcionaba la comisaría de Capibara-Cué se encontraban, en la mañana de un cálido verano, los más distinguidos representantes de la autoridad policial lugareña, vale decir, don Frutos Gómez, el comisario; Luis Arzásola, el oficial sumariante y el cabo Leiva, amén de un agente que cebaba mate para los tres primeros. La conversación, aburrida por falta de temas, se arrastraba de silencio en silencio, cuando Arzásola, de pronto, interrogó:

—¿Conoce usted el psicoanálisis, don Frutos?

—No m'hijo. . . Ese circo nunca vino pu acá.

El cabo Leiva interrumpió diciendo:

—Circo lindo era el Olivood, Joligú que el decían algunos que se daban de leídos. . . Traiban una mocita alambreira con unos pantaloncito muy ajustaos que sabía hacer unas pruebas de equilirbio muy difíciles . . .

— ¡Pero, no! . . . No hablaba de eso, yo dije psicoanálisis . . .

—Ya te dije nicó*que el Circo Análisi no vino pu acá, al meno dende que soy comesario. ¿Gringos los dueños, pa?

—¿Qué dueños?

—Los del circo . . . los Análisi esos, pues . . .

— ¡Oh, señor! ... Parece que lo hiciera a propósito. . . yo dije psicoanálisis, de psico, que quiere decir: alma y análisis, investigación o sea la investigación del alma.

—¿Y por qué pa no haula en crestiano, m'hijo? Yo a esos idiomas extranjeros no lo entiendo.

—Yo sí... —dijo el cabo vanidosamente— ¡Y hay que oír cómo haulamos con el míster 'e la estancia!

— ¡Pero si apenas sabes la castilla qué vas a haular en gringo! —se rió el comisario.

—Y de no, don Frutos . . . Fasilidá que tiene uno.

—Pero eso es imposible —exclamó el oficial—. ¿Cómo va a hablar un idioma sin conocerlo?

—Yo no sé, pero cuando él me ve, me dice: Tuyuyú hú (Cigüeña negra) y yo le contesto: Juera güey pirú (Fuera buey flaco). Dispués me dice Uruguay y yo le respondo Paraguay . . .

— ¡Ja ... ja! . . . —se lanzó a reír Arzásola—. ¡Qué fantástico! ¿Sabe lo que pasa, comisario?

—No ... Y si vo sabe esplieate pue.

—Muy bien. El inglés le dice "How do you do? " que quiere decir: "¿Cómo le va? " y cree que Leiva le contesta: "Very well, thank you" o sea: "Muy bien, gracias". Entonces se despide diciéndole: "Good bye" que significa "Adiós" y se va convencido que el cabo le ha contestado lo mismo. Lo que pasa es que en inglés esas palabras se pronuncian de manera muy parecida a lo que él entiende.

— ¡Vea si serán atravesados los gringos pa la conversa! —dijo el aludido—. Si alguna ve me nuembran comesario del mundo yo les vua a obligar a todos a que haulen bien, así como haulamos nosotros u seáse en castilla o guaraní, lo idioma 'el crestiano y no ese enteviere 'e palabras.

—Bien —continuó el oficial—; volviendo al psicoanálisis, es una ciencia muy útil para la policía.

— ¡No digas! —expresó don Frutos, interesado.

—Sí comisario. Mediante preguntas bien calculadas se consigue que el delincuente sea delatado en sus respuestas por el subconsciente.

— ¡Qué lástima que aquí no haiga subconsciente! Supo haber un subcomisario y una ve vino un subteniente pa las lesiones, pero subconsciente no conocí ... ¿Y qué grado es? ¿Encima 'e sargento pa*?

—El subconsciente . . . —siguió el oficial sumariante con inagotable paciencia— es aquella parte de ...

—Párate m'hijo —interrumpió don Frutos— que aquí viene doña Moncha muy apurada . . . Vamo a ver qué le pasa.

La noticia que trajo la buena mujer fue que, cerca del boliche, detrás de un corral, habían encontrado, malamente herido, a don Casiano, el resero, por lo que lo habían llevado, sin pérdida de tiempo, a casa de doña Belén, la curandera.

Rápidamente fueron hacia el rancho de la "médica" y allí hallaron al hombre, tendido sobre el lecho, con la cabeza y el hombro derecho vendados, en estado de semiinconsciencia.

—¿Qué tal, pa, doña Belén? ¿Hay peligro que se corte?

—No, don Frutos ... Ya dentro a bajarle la fiebre, pero va a tener pa rato . . .

—¿No dijo nada?

—Nada, se quejaba nomás.

Él comisario lo observó detenidamente y volvió a preguntar:

-¿Algún hachazo o qué?

—Pa mí. . . —respondió la vieja— un garrotazo que le agarró 'e refilón la cabeza y le rompió l'islilla. . .

-¡Ah!

—Endemá tenía los bolsillos 'e la blusa daos güelta y sin un peso.

—Pa robarlo entonse jue . . .

—Sí, pero no le encontraron una bolsita llena 'e plata que tenía colgada del pecho . . . Aquí está.

—Güeno —dijo don Frutos—, vua llevarla a la comesaría pa que allí la reclame cuando sane. De mientras cuídelo, doña . . .

—Pierda cuidao, don Frutos, como si juera 'e la familia lo voy a tener.

Los policías se despidieron y fueron al lugar donde se había encontrado al herido.

Numerosos árboles rodeaban un corral de palo a pique. Muy cerca del mismo pasaba un tortuoso sendero que, no lejos de allí, empalmaba con el camino real.

—Don Casiano habrá dejao el boliche medio en tranca y agarrao pu aquí como de costumbre, porque es más cerca —explicó el comisario.

—El malhechor, sin duda —intervino el oficial— lo habrá esperado escondido detrás de esos troncos.

—Ansí parece —confirmó el superior.

Observaron el lugar donde el hombre había caído. El fino polvo estaba aplastado y conservaba malamente la forma del cuerpo. Unas manchas oscuras, eran los rastros que quedaban de la sangre vertida. A su alrededor había confusas pisadas de hombres y animales. Revisaron concienzudamente el lugar y hallaron entre la hierba algunas monedas y una gruesa rama con rojizas señales.

—Con esto le pegaron —exclamó el oficial— Si pudiéramos sacarles las impresiones digitales...

—Nú hace falta. Déjame estudear el asunto. Pa mí el creminal lo esperó escuendído atra 'e ¿se paraíso y cuando el viejo Casiano pasó le abajó el garrotazo. Felismente di apurao o por ía escuridá le erró el viscachazo y por eso le agarró el costao 'e la cabeza y le rompió el güesito ese del hombro.

—La clavícula, señor.

—Será, pa nojotro es l'islilla. Dispué le revisó y le sacó la plata que encuentro en la blusa.

—Si le acierta bien lo dijuntea —afirmó el cabo Leiva.

—Meno mal, ansí sólo tendremos que meterlo preso por robo y heridas y no por muerte qu'es cosa más seria.

—Pero antes hay que saber quién es, señor.

— ¡Claro, pué! Pero ya lo agarraremos... Por más que quiera esconderse al zorrino lo traiciona l'olor.

El comisario fue y habló con don Pedro, el bolichero, luego consultó con los parroquianos que habían estado esa noche en el negocio. De un rancho se trasladó a otro, conversó, tomó mate, siguió conversando y tomando mates y, cuando hubo efectuado todas sus averiguaciones, quedó con dos sospechosos alojados en la comisaría.

Eran dos peones que habían conducido una tropa de hacienda para el carnicero y luego habían permanecido en el pueblo a la espera de otra changa.

Los dos habían estado en el negocio jugando al monte la noche anterior y salido con intervalos de minutos, un rato antes que don Casiano, y sus explicaciones no eran muy satisfactorias.

Uno decía que, como había perdido todo lo que llevaba encima había ido hasta donde se alojaba a buscar más dinero y que, al volver, encontró el negocio cerrado por lo cual volvió a dormir.

El otro dijo que, después que perdió los veinte pesos que se había propuesto arriesgar esa noche y, para no volver a caer en la tentación, salió a caminar y se estuvo un largo rato sentado sobre una piedra a orillas del río.

Ninguno, sin embargo, pudo citar testigos o presentar pruebas en favor de su aserto.

—Pa mí —decía el comisario— es uno de estos dos. L'otra gente qu'estuvo esa noche son gente vieja 'el pueblo y no son capaces 'e una jechuría mesejante con don Casiano. ¿Y a vo qué te parece oficial?

—Yo comparto su opinión, señor.

—Güeno, ¿pero cómo hasemo pa saber quién es?

—Si usté me deja, don Fruto —dijo el cabo Leiva— a lo mejor yo li hago hablar con una güeña estaquiada. . .

— ¡No sea bárbaro, cabo! —saltó Arzásola—, hay que proceder con métodos humanos.

—Güeno —accedió don Frutos—, te los dejo a vo hasta mañana. L'único que te pido es que los tengas sin comer y sin darles agua. ¡Total! 'un día de ayuno no hace mal a ninguno.

Un poco a regañadientes el oficial consintió a esta última petición y procedió a interrogarlos. Toda la noche estuvo valiéndose de las preguntas más sutiles sin ningún resultado. Finalmente, perdida su paciencia, gritó y amenazó con gran contento del cabo Leiva y del agente de turno pero tampoco obtuvo fruto alguno. Cuando, cansado, renunció a su tarea para ir a dormir no había sacado nada en limpio.

Él también tenía el convencimiento que uno de los dos era culpable, pero no acertaba a determinar cuál de ellos con precisión. Desesperado acudió a sus libros y, a la mañana siguiente, después de saludar a don Frutos, dijo:

—Vea, comisario, ayer no conseguí nada, pero hoy espero tener éxito porque voy a aplicar el psicoanálisis.

—Métele nomá, muchacho . . . L'único que te repito es que los tengas sin comer y sin agua mesmo que si fueran a comulgar. Eso ayuda.

El oficial hizo traer a uno de los detenidos y le dijo:

—Le voy a decir una serie de palabras y usted me va a contestar lo primero que le venga a la cabeza. ¿Entendió?

-No.

Una y otra vez repitió Arzásola su explicación y, al final logró hacerse entender.

Empezó:

—Blanco.

—Blanco.

—Rancho.

—Rancho.

— ¡Oh! dígame otra cosa, lo primero que se le ocurra.

—Y no se me ocurre nada, pue, sino lo que usted me dice.

Después de luchar media mañana decidió probar con el otro de modo diferente.

—Vea, —le dijo— aquí tiene una serie de palabras. Léalas y abajo de cada una de ellas escriba lo que le venga en gana, ¿sabe?

—Sí oficial, pero el caso es que no sé escribir.

Viéndolo sudoroso y fatigado don Frutos le invitó:

—Mira, mándalo adentro otra vez y descansa un poco.

—Gracias, don Frutos.

Cuando hubo cumplido el mandato y vino a sentarse junto al viejo, éste le preguntó, después de alcanzarle un mate:

— ¿Y cómo pa trabaja el sircoanálisi ese que decí vo?

—En lo substancial no es sino el estudio de las palabras o de los actos que dicen o realizan las personas, en forma inconsciente, para relacionarlas con un hecho determinado . . .

— ... ¡Cha que sos difísil, m'hijo! ¿Y qué pa 'e inconsciente?

—Lo que se hace sin pensar, en forma habitual y automática. . . casi por costumbre, como usted por ejemplo, cuando está preocupado, se tira de la barba . . .

—¡Aja!

—Con esos actos el individuo, sin querer se traiciona y suelta cosas ocultas . . .

Don Frutos pensó un rato y dijo:

—¿Sabes que teñe razón, m'hijo? Mirá, no te preocupes más y déjame a mí que yo le vua aplicar el sircoanálisi. A mí también me gusta '1 progreso.

Arzáola suspiró, resignado, y mansamente aceptó:

—Como usted quiera, don Frutos.

La siesta fue calurosa en extremo y los dos detenidos se desesperaban pidiendo agua al inmutable cabo Leiva o a los inmovibles agentes.

Cuando, después de una larga siesta, apareció don Frutos en el local, ya lo estaba esperando el oficial.

—Mira —dijo el viejo al cabo—, anda a traerme unas naranjas, un plato y un cuchillo.

Cuando tuvo las cosas pedidas en su poder, el comisario acomodó sobre la mesa una naranja en un plato y, a su lado, colocó el cuchillo.

—Hace pasar al más flaco —ordenó después.

El detenido vino y se quedó esperando, pensando en la clase de suplicio a que sería sometido.

—Sentate ahí —ordenó don Frutos— y tomate esa naranja. Dispué vamoj a hualar.

Brillaron los ojos del sediento al oírlo y después de sentarse, empezó a pelar la dorada esfera con todo cuidado, luego la succionó golosamente hasta la última gota, colocando las semillas en el plato.

—Pónete en ese rincón y espera —le dijo don Frutos enseguida.

Mandó al cabo que limpiara el plato y colocara sobre él otra naranja y el cuchillo como antes.

Cuando el segundo sospechoso oyó la invitación, se arrojó sobre la fruta, le arrancó un pedazo de cascara de un mordisco y empezó a chuparla a los estrujones.

—Este es ... —sentenció don Frutos— Mételo otra vez n'el calaboso.

Después dirigiéndose al del rincón se disculpó:

—Perdona m'hijo l'encerrona, . pero tenía qu'encontrar al culpable y vo no tenías naides que te hubiera visto junto al río, como dijiste. Ándate nomá.

Arzásola que no salía de su asombro, interrogó atónito:

—Pero, don Frutos. ¿Cómo puede resolverlo con tanta seguridad? ¿Y si se equivoca?

— ¡Qué me vua equivocar m'hijo! El sircoanálisi no engaña . . .

—No entiendo, comisario.

—Sos lerdo, muchacho. ¿No les viste tomar naranjas a esos dos?

-Sí.

—Y güeno, al primero, a pesar de haber pasao desde ayer a la tarde sin tomar agua no se impacientó, peló la fruta con calma y puso las semillas n'el plato; el otro, en cambio, anduvo a los empujones, se atropello todo y tiró las cascara y semillas donde cayeran . . .

—¿Y eso qué tiene que ver con don Casiano?

—Que el que lo golpió jue un atropellao que de puro nervioso le erró el garrotazo a la cabeza y le pegó solamente de refilón, dispué, di apurao, apena si lo revisó por arribita y se jue. . . Perdé cuidao que si hubiera sido el primero no le fallaba ni un negro 'e uña y luego li hubiera sacao hasta laj media pa ver si no tenía escuendido algo. Estos tipo sin yel, tranquilos como agua 'e tanque son una cosa seria cuando les da por hacerse los malandras.

—Tiene razón, don Frutos.

—Güeno y aura vamoj al boliche a tomar una cañita . . .

Salieron y a la media cuadra oyeron un alarido de angustia que erizó los pelos del oficial.

—¿Y eso? . . . ¿Oyó, don Frutos?

—Sí pero no te apures, muchacho. Es el cabo Leiva que le está aplicando el sircoanálisi a su modo al malevo, pa hacerle firmar la confesión y averiguar ande ha escuendido la plata que le sacó al viejo.

LA PICADURA

En los alrededores de Capibara-Cué había una hermosa construcción de estilo californiano, situada en medio de bien cuidados jardines, que pertenecía a un rico hacendado de la capital con estancias en la zona, quien acostumbraba pasar en ella cortas temporadas de verano consagradas, en su mayor parte, a la caza y a la pesca. En ocasiones también solía proporcionársela a sus amigos los que la utilizaban con iguales fines o para breves períodos de reposo. Habitaban en ella, en forma permanente, un viejo con su mujer y dos hijas que, además de cuidadores, oficiaban de jardinero, cocinera y doncellas de servicio, respectivamente.

La gente del Chalé como se le conocía en el contorno, vivía ajena por completo a las preocupaciones y afanes de los capibarenses, pero para éstos, siempre ansiosos de novedades, cualquier hecho referente al mismo excitaba profundamente su curiosidad.

Por eso, cuando pocas horas después que el Osiris hubo abandonado el rústico puerto de la pequeña población y tras haber cumplido con sus recorridas y diligencias, se reunieron los miembros del personal policial en el patio de la comisaría, no es de extrañar que ése fuera el tema de sus conversaciones.

—¿Vido, don Fruto —dijo el cabo Leiva mientras le ofrecía un mate— que han venido güespede pa'l chalé?

—Crés que no tengo ojos en la cara —le contestó el comisario entre chupeteo y chupeteo de la bombilla—. Eran un viejo, una joven y un cusifai con un saquito rabón . . .

— ¡Pobre mozo, no! A lo mejor no li alcanzó el género . . .

Arzásola, el oficial sumariante, intervino aclarando:

—Es la moda, ahora la ropa masculina se usa así.

—Será la moda, pero es redícula y endemá ese tajito atrá. . . Salí d'ahí si eso nú es pa hombre

—afirmó don Frutos.

—¿Haberán venido a pescar? —volvió a preguntar Leiva que era un curioso impenitente.

—No —le respondió el oficial—, han venido a pasar una larga temporada con fines de estudio. Tuve ocasión de hablar con ellos porque me trajeron una carta de don Eleazar Gandía, el estanciero, recomendándolos.

—Ta güeno ... ¿Y quiénes son?

—El más viejo es el profesor don Asdrúbal Dovino, el joven su ayudante, don Justo Tejada y la muchacha es la señora del profesor.

— ¡Mira lo que son laj cosa! Yo creiba qu'era su hija nicó porque hay mucha diferencia 'e edá . . .

—Tonses me parece que . . . —soltó Leiva y ya iba agregar un comentario malicioso cuando Arzásola lo interrumpió:

—Reserve sus opiniones cabo. No hay que ser suspicaz.

El subordinado quedó callado, meditando en el significado de esa palabra, para él desconocida, cuando el oficial prosiguió:

—El profesor Dovino es un reputado ornitólogo y por eso ha venido acá. Cree que tiene mucho que hacer en esta zona . . .

— ¡Ja! . . . ¡Ja! . . . —rió groseramente el cabo—. ¡Qué chasco se va a llevar!

—No veo el por qué.

—¿Qué pa* dijo qu'era el hombre?

—Ornitólogo.

— ¡Pero qué pa va a haser hornitos púa acá! ... Si el que más o el que menos sabe haser el suyo. ¿No los vido detrá 'e laj casas?

— ¡Pero, cabo! . . . ornitólogo es el que estudia la vida y costumbres de los pájaros . . .

—Cha que son arrevesaos pa haular ... ¿Y cómo pa le llaman, entonses al que hace hornos pu allá?

—Y ... le llamarán Alonsito —exclamó don Frutos dando el nombre común en la región al pájaro que, en otras partes, se conoce por hornero.

Pero la llegada de un paisano de pañuelo negro que entró haciendo girar el sombrero entre las manos los interrumpió.

—¿Qué pa te pasa, Dámaso? —le dijo don Frutos.

—Güeñas, comesario, me he venido a denuncéar que me se murió mi tío Alfonso, nicó.

— ¡Aja! ¿Y cómo pa jue la cosa?

~Y ... no sé, pa mí que se jue a pescar medio en trinqui y se augó porque lo sacamos cerca '1 remanso Grande ya tuito hinchao . . .

—Sierito, el pobre era emperrao demá por la caña paraguaya. Ta güeno.

Enseguida, dirigiéndose a Arzásola, ordenó:

—A ver ofisial, dale '1 sartificao 'e defunción nomá.

El sumariante así lo hizo pero, cuando el deudo se fue, no se resistió a preguntar:

—¿No convendría investigar un poco, don Frutos?

—¿Qué pa vas a investigar m'hijo? Naidés iba a tener interés en hacerle daño al viejo Alfonso y endemá, ¿qué iban a salir ganando con dijuntearlo?

Ése era su procedimiento habitual en todos los casos. Lo único que preguntaba era:

—¿De qué pa murió?

Y las respuestas eran: garrotillo, pasmo, picadura de víboras, un aire en l'espalda, la paletilla caída, pata 'e cabra, etc.

Después de escuchar la causa, sin otras averiguaciones, ordenaba:

-Ta bien. Dale el sartificao nomá . . .

Arzásola, cuya superior cultura no tenía motivo de lucimiento en el estrecho medio de la comisaría de campaña, se hizo muy amigo de los recién llegados y, en especial, de Justo Tejada, el ayudante. Este solía venir a buscarlo en la comisaría y, a veces, hasta le acompañaba en sus guardias. A pesar de ser una figura habitual, tanto don Frutos como Leiva no hicieron buenas migas con él y, pretextando diversos quehaceres, los dejaban solos con harta frecuencia.

—¿Yo no sé por qué no les cae en gracia Tejada? —decía cierta vez el oficial—. Es un muchacho muy culto y trabajador.

—Será, pero pa mí es como l'aseite 'e bacalao, es güeno pero no lo trago —replicó don Frutos— y agregó despreciativo: ¡Y ese saquito! ... pero, ¿no se habrá mirao n'el espejo?

—La manera de vestir no tiene nada que ver con sus dotes personales. Lo que hay que tener en cuenta es como lo ayuda al profesor.

— ¡Je! —saltó Leiva—. Ya me dijo la hija 'e doña Petrona, la cocinera, ¡qu'hay que ver cómo lo ayuda! Especialmente con . . .

—Le repito cabo —se encrespó Arzásola— que no se deje llevar por los chismes y no sea suspicaz.

—Pa mí, Arzásola —dijo pausadamente don Frutos—, el cabo nú anda muy errao. Vo sabe bien '1 refrán que nú hay que dejar juntos l'estopa y el juego . . .

—¿Así que usted también se me ha vuelto suspicaz, don Frutos? —exclamó Arzásola con desaliento.

—Y dale con la palabrita ésa . . . Güeno, yo no sé si seré supicá como vos decís, pero me parece que si tira l'anzuelo vo también podes picar.

— ¡Y qué lindo surubi' bien blanquito 'n la panza que sacaría! —rió Leiva.

—Lo que hay es que son unos mal pensados —se enojó el oficial y, levantándose de su asiento se marchó de la habitación.

Medio arrepentido de sus bromas don Frutos quedó mateando y, al cabo de un momento, siguió comentando con Leiva:

—Vo que anda medio entreverao con l'hija 'e Ña Petrona, ¿qué más te contó?

— ¡Viera don Frutos lo raro que son! . . . Son casaos, pero cada uno tiene su cama y su piesa aparte.

— ¡No digas!

—Verdá. Se lo juro ... Y a vese '1 viejo suele estar doj o tre día n'el monte con unos piones que lo ayudan pa casar bichos y juntar nidos. Tonses el moso queda con ella pa acompañarla. . .

—Mira ¡eh!

—Dispué dise qu'el viejo se pasa laj horas ditándoles cosas y si será desagradesío el moso, ¿sabe lo que hace?

—Si vo no me lo desís no lo vua endivinar . . .

—Se enllena '1 papel 'e rayas y garabatos.

—Tendrá la letra fiero como los doutores.

—No, don Frutos, la muchacha que anda conmigo me muestro un'hoja y yo la miré pa tuitos laos y nú había una letra ni pa rimedio. Una ve qu'el viejo salió un momento ella le preguntó por qué no ponía laj cosas que le desía el profesor y él le contestó que lo tenía tuito escrebido en "está aquí García" . . .

— ¡Pero no sias bruto, Leiva! No debe ser está aquí García, sino la telegrafía que le disen qu'es tuito con raya y punto.

— ¡Y vaya a saber, don Frutos las cosas raras 'e loj puebleros!

Después de dos meses de la llegada de los forasteros se encontraban una mañana don Frutos y el oficial en el boliche de don Pedro, en un descanso de sus recorridas, cuando llegó Leiva apurado:

—Premiso, mi comesario.

—¿Qué ocurre m'hijo?

—Si ha venío '1 moso 'el chalé a denunciar que sia muerto '1 viejo.

—¿Murió el profesor Bovino?

—Ansí parece . . .

—¿Y de qué jue?

—Porque dise endayé que le dio cinco pesos a Ciríaco.

— ¡No puede ser! ... ¡Cómo va a morir por eso! Habrá oído mal . . . —exclamó Arzásola.

—A lo mejor no son cinco peso sino cuatro y medio —dijo burlonamente don Frutos—, pero lo mesmo está muerto. Vamoj pa allá.

En el local policial encontraron al ayudante todo apesadumbrado, quien le hizo la siguiente narración:

—Esta mañana cuando la mucama llamó a la pieza del profesor, para entrar con el desayuno, no recibió respuesta. Entonces, después de un rato, avisó a la señora y cuando ella abrió la puerta lo encontró muerto en la cama, al parecer de un síncope cardíaco.

—¿Vido qu'era sierto lo de sinco que le dije? —interrumpió Leiva.

—¿Qué pa eso del síncope, oficial? —preguntó el comisario.

—Un ataque al corazón . . . ¿Le extendo el certificado?

—No, m'hijo. Lo vamoj a hacer avisar primero al doutor Levinsky, en Ramada Paso.

—Pero, don Frutos . . . —quiso protestar Arzásola.

—Nú hay pero que valga. Yo solo no quiero echarme esa responsabilidad. Anda Leiva y venite con el médico mientras nojotro vamo pa'l chalé.

Partió el cabo en su comisión y ellos fueron al lugar del deceso.

En la casa se encontraron con la joven esposa que los recibió muy nerviosa y con los ojos llorosos. Arzásola le dio el pésame y luego pasaron a la habitación del extinto.

El profesor Bovino se hallaba en el lecho cubierto con una sábana. Don Frutos la retiró y bajo ella encontró el cadáver vestido con un pijama blanco y ya con la rigidez cadavérica.

—Vea moso —dijo entonces el comisario—, usté llévesela a la señora a que descanse y pa ahorrarle '1 dolor 'e verlo '1 finao, demientra nojotro cumplimo con nuestro deber. Yo me vua quedar con l'ofisial. Obedecieron los dueños de casa y don Frutos empezó a observar detenidamente el dormitorio que tenía puertas y ventanas protegidas con telas metálicas para impedir la entrada de insectos. El piso estaba encerado y todos los muebles relucían sin una pizca de polvo. Don Frutos lo curioseaba todo con sus ojillos pequeños y escrutadores. Luego, inclinándose sobre el muerto lo levantó de un lado y después del otro.

—¿Qué? —se burló el oficial—. ¿Le está buscando alguna puñalada?

—No m'hijo, pero me gusta mirar. Se apriende . . .

—Si es así . . .

—Por ejemplo, ¿te parece qu'en esta cama haiga chinchas o pulgas?

— ¡Qué esperanza!

—Sin embargo aquí n'el saco, debajo '1 sobaco tiene una manchita 'e sangre. Apenitas se la ve. Dejuero es la marca 'e alguno 'e esos bichos . . .

Desprendió los botones del pijama del difunto y señaló en el costado y casi bajo la axila, en el lugar que correspondía a la mancha una pequeña señal rojiza.

—¿Viste? Ahí parece que le ha picao algo ...

—Es verdad. Sería algún insecto.

—Chincha ni vinchuca no pueden ser porque no le han dejao roncha. Endemá la chincha deja una argolita colorada alderredor . . .

—Una aureola.

—Será, endemá pa marca 'e araña es muy chica . . .

—¿Pudiera haber sido un granito que se rascó?

—Teñe razón. Vamoj a esperar al médico.

El doctor Levinsky que llegó después de casi media hora levantó los párpados del extinto y le observó las pupilas, reparó en otros detalles e hizo venir a los parientes para preguntarles:

—¿Tomaba algún somnífero?

—Sí, doctor —contestó la señora—, como sufría de insomnio acostumbraba a tomar algunas pastillas que le habían recetado en Buenos Aires.

—Entonces —repuso el facultativo— ésa es la causa de la dilatación de las pupilas. Luego agregó:

—Bien. Los síntomas son todos de síncope cardíaco, quizás se haya excedido en la dosis y tendría el corazón muy debilitado . . .

—¿Ansí que no está seguro? —preguntó don Frutos.

—Seguro que fue un síncope estoy, pero las causas pueden ser varias.

—Tonse, ¿por qué pa no le hase la utosia pa salir 'e dudas?

— ¡Oh! No hay necesidad —dijo Justo Tejada.

—Evite esa profanación inútil, doctor —pidió la señora.

—En estas cuestiones es el comisario quien decide —manifestó el galeno.

—Güeno, entonce vamoj a dejarlo solo al doutor pa que trabaje. Siempre conviene no quedarse con la curiosidá —concluyó don Frutos.

Tejada salió protestando contra lo que consideraba casi un atropello y la mujer rompió a llorar nerviosamente, pero don Frutos se mantuvo inflexible y desoyó los pedidos que también le hiciera Arzásola.

Al cabo de un rato el doctor Levinsky se asomó y llamó al comisario.

Enseguida volvieron a salir y don Frutos dijo, señalando a Tejada y a la mujer:

—Quedan detenidos ustede do, por la sospecha 'e asesinato '1 profesor.

Arzásola vino hacia él y le dijo:

— ¡Pero es una acusación absurda! —Desgraciadamente es bien fundada, oficial

—intervino Levinsky—. Ese hombre fue, al parecer narcotizado y, luego, cuando estaba dormido se le introdujo una larga aguja o un pincho de sombrero, debajo del espacio axilar y a la altura del quinto espacio intercostal izquierdo llegando al corazón. La pequeñez de la herida evitó la hemorragia externa . . .

—¿Viste, Justo, que se iba a descubrir? . . Yo te lo dije . . . —prorrumpió la mujer y se echó a llorar casi histéricamente.

— ¡Cállate, imbécil! —tronó el hombre que estaba a su lado. Pero ya era tarde.

Tratándose de dos delincuentes novicios fue tarea fácil arrancarles una completa confesión de los hechos. El profesor Bovino había entrado, últimamente, en sospechas con respecto a la conducta de los jóvenes y decidió enviar a Tejada de regreso a Buenos Aires. Al hacer un reajuste de cuentas descubrió que el ayudante había utilizado en su beneficio una importante suma de dinero, valido de la confianza que se le dispensaba. Le dio una semana de tiempo para que escribiera a sus familiares y le retornara dicha cantidad o de lo contrario lo enviaría a la cárcel. Tejada, que sabía que no podría conseguir la suma y conocía la simplicidad de los métodos policiales de don Frutos, decidió eliminar al viejo, con la complicidad de la esposa que se aburría soberanamente en el lugar y sería beneficiada por la herencia. Además así tendrían libertad para seguir con sus amores. El joven pintó las cosas como fáciles de realizar y hasta se burló de la rusticidad del comisario. Aprovechando el intenso sueño del anciano provocado por el somnífero, el ayudante, le introdujo un largo pincho de sombrero debajo del brazo ocasionándole la muerte. Luego limpiaron la poca sangre que había salido y le colocaron un

pijama limpio esperando que, a la mañana siguiente, nadie se daría cuenta del hecho y todos aceptarían el síncope cardíaco como causa.

—También usted, don Frutos —decía después Arzásola— si siempre daba los certificados de defunción sin ninguna investigación, ¿cómo se le ocurrió hacerla en este caso?

—Es que aquí la gente muere d'empacho, aires, puñaladas o tiros que son muertes naturales y no d'esas cosas raras . . .

—No obstante eso -replicó el doctor Le-vinsky—, ¿qué le hizo pensar en la existencia de un crimen?

—Y esa manchita 'e sangre, pues. ¿De ande iba a salir si allí nú había bichos que le picaran? Y dispué . . .

—¿Y dispué, qué? —preguntó ansioso el oficial.

—El Tejada ese nunca me pareció un buen tipo.

—¿Por qué? Si jamás dio motivo.

—Salí d'ahí, qué cosa güeña va a ser un tipo con un saquito como ése que pa chaleco es largo y pa saco se quedó rabón. . . Tenía que haser alguna macana y la hiso nomá. . .

EL TORO

Agapito Etchebere era hijo de vasco y de correntina. Del uno heredó la tozudez y, de la otra, el pelo negro e hirsuto, un temperamento irritable y un corazón generoso y, de ambos, una educación más o menos sólida y una pequeña estancia en las cercanías de Capibara-Cué, bien poblada de hacienda que, periódicamente, enviaba a los mercados de la capital.

Pero sus vacas semimontaraces con guampas agudas, mirar salvaje y patas largas conseguían precios muy bajos en las subastas, por lo que decidió mejorar su plantel con un toro de buena sangre. Para ello hizo drenar los pantanos y lagunas de sus campos, instaló molinos con bebederos para evitar el peligro de las lombrices, hizo sembrar con alfalfa varias parcelas y colocó bañaderos para combatir la garrapata.

Los vecinos se reían y comentaban:

— ¡Ta loco el Agapito! . . .

—Se va a gastar toda la plata que le dejó el padre con esas fantasías.

—L'hasienda hay que dejarla así como se ha criau ... a campo —decían los criollos viejos.

Indiferente a todas las críticas e impermeable a los sarcasmos, Agapito siguió sus innovaciones y, a poco, sus vaquillonas fueron más llenas de carne, sus vacas más pródigas en leche y sus novillitos más cotizados en los mercados.

Entonces fue cuando el joven debió luchar para defender el toro de la ambición de sus vecinos que pretendían mejorar su hacienda sin más preocupación que hacer saltar a sus vacas el alambrado del campo. Pero Agapito, que había gastado sus buenos pesos no se acomodó a ese pretendido contrabando de sangre vacuna y reforzó bien las cercas. Además él mismo se cuidaba de efectuar las recorridas porque, en el bochorno de la siesta, un peón se

duerme en cualquier sombra y más si algún comedido le ofrece unos pesos para que mire hacia otro lado.

—Y yo no estoy dispuesto —se quejaba Agapito a don Frutos, el comisario— que unos cuantos vivos refinen sus haciendas a costa mía.

—Pero m'hijo. . . ¿Acaso tenes prueba que ellos haigan hecho trabajar al toro por su cuenta?

—No, pruebas no tengo. . . Yo no los he visto y no he podido sorprenderlos, pero. . .

—Continua m'hijo.

—Que esos picaros tienen terneros con el mismo pelaje que mi toro, que el Crisanto Vallejo, con todas sus vacas yaguanés tiene ahora vaquillonas y novillitos de pelo colorado. . .

— ¡Bah! ¿Y eso qué?

—Que según las leyes de la eugenesia, de vacas y toros pampas tienen que salir terneros pampas y no mestizos como ellos tienen. . .

—Mira, Agapito, vo decile a la Ugenia ésa que se deje de chismes y no te lleves de cuentos de mujeres. . . ¿Guala pa es la Ugenia que decís? ¿La hijastra 'e Verón o la mujer '1 Tuerto Andino?

— ¡Qué Eugenia ni ocho cuartos! Yo me refiero a la eugenesia, la ciencia que trata del mejoramiento de la raza.

— ¡Tamién vo con las macanas que salís! . . . Pero golviendo a lo tuyo, si no tenes prueba no puedo proceder y no vayas a denunciar al santo cuete que algunos d'esos son cosquillosos pa'l jierro.

—No se la van a llevar de arriba porque yo tampoco me he criado a galpón, don Frutos.

—Sí, ya lo sé, Agapito, pero pa que te vas a haser mala sangre sin motivo. Vo sabes qu'en esas cosas la naturaleza es caprichosa. . . A lo mejor algo que queda entre los yuyos y qu'el viento lleva o Tagua arrastra. Yo una ve supe tener una planta 'e lima cerca 'e un naranjo y las naranjas me salían con gusto a lima. . .

—Sí... sí ... pero sepa, don Frutos, que vaca ajena que yo vea en mi campo la voy a curtir a balazos —dijo el joven enojado y se dispuso a retirarse.

—Teñe cuidao, m'hijo —le respondió don Frutos—, no ocurra que sea tu toro el que se meta en chacras ajenas. Vece suele pasar. . .

Se pasó la mano por la cara y terminó acariciándose la barba para concluir filosófico:

—Sí, Agapito, veces suele pasar. . .

Como no podía resignarse a tener su toro constantemente a galpón y tampoco quería favorecer la pillería de sus vecinos, Agapito redobló la vigilancia, especialmente en las horas de la siesta, horas en que tenía fundadas sospechas se producían las violaciones a sus dominios. Volvía una tarde, sudoroso y cansado, de unas de esas recorridas cuando, a mitad del camino, acertó a pasar frente al rancho de Paolo Sacco, quien no hacía mucho tiempo había empezado a poblar esa parte en compañía de Ana, su mujer.

— ¡Eh! . . . Don Agapito . . . —dijo el vecino apareciendo bajo el alero—. ¿Qué anda haciendo a estas horas? Abájese a tomar algo fresco o se va a insolar. . .

Un poco por no desairar la invitación y otro poco porque la rubia Anita era algo digno de contemplarse, el mozo aceptó y descendió.

Le hicieron pasar a la habitación que hacía de comedor, le alcanzaron un vaso de vino con rodajas de limón mediado con fresca agua del pozo que aplacó su sed.

Conversaron un largo rato y, al despedirse, el hombre invitó:

—Venga cuando quiera, don Agapito. Para nosotros es una alegría y especialmente para ésta que no tiene con quien hablar porque los demás vecinos son todos criollos y como Anita gusta de hablar de libros y de viajes no la entienden. . .

— ¡Ah, sí! pues yo tengo en casa varias novelas si quiere. . .

Brillaron los ojos de la mujer.

—Sí, por favor, tráigalas. .. Las que yo tengo las he leído ya dos o tres veces. . .

Fiel a su palabra Agapito volvió al otro día con unos libros, una sed que le secaba la garganta y otra mala sed que le quemaba el alma.

Así pasaron varios días hasta que una tarde Paolo dijo sonriente:

—Todo está muy bien, pero yo debo trabajar o sino la tierra no produce.

Agapito se alzó inmediatamente para retirarse, pero el hombre apoyándole la mano en los hombros, lo obligó suavemente a sentarse de nuevo.

—No, usted quédese amigo, que desde que ha empezado a visitarnos, Anita se ha puesto más contenta. Además, solo saldré por un rato para ver el regadío y enseguida volveré.

Él iba a protestar, pero miró los ojos claros de la mujer, sus cabellos levemente dorados, la piel blanca donde se transparentaban las venas azules y se quedó.

La invitación formaba parte de un plan que el ambicioso Paolo se había trazado después de ver cómo Vallejos y algunos otros habían vendido a buen precio sus haciendas mestizadas..

—Nosotros somos los únicos zonzos —le había dicho a su mujer—, todos los demás han mejorado su ganado mientras nosotros seguimos con los animales guam'pudos y silvestres.

—Pero corres el riesgo que si se da cuenta se enoje con nosotros y es tan bueno. . .

—Yo también sé que es bueno, pero ya descubrí el medio de hacerlo sin peligro.

—De todos modos estaría mal hecho.

—Anda con tus escrúpulos. . . Así nunca vamos a salir de pobres. . . Mira, cuando él venga por la tarde entreténelo de cualquier manera hasta que yo vuelva. ¡Total! , no será más de una hora. .

— ¡No! —protestó ella—. Está mal, muy mal. . .

Pero él no hizo caso de sus protestas y terminó por convencerla.

Cuando los dos quedaron solos se estableció entre ellos una especie como de complicidad, pero, simulando indiferencia, siguieron hablando de una novela que el mozo le había traído hacía unos días.

De pronto se sintió en la lejanía el vibrante mugido del toro,

Agapito se levantó, pero ella, temerosa que pudiera sorprender al marido, le tomó de la mano y le dijo:

—No se vaya, todavía. . . explíqueme este párrafo que no alcanzo a comprender.

El contacto de la piel suave enardecía al hombre que pudo, sin embargo, contenerse y empezó a leer con voz temblorosa:

—". . . la castellana de Andelís, miró al hombre que había entrado subrepticamente. . ."

Nuevamente el toro, volvió a mugir y Agapito tornó a callar, pero ella que se había puesto a su lado aproximó al suyo su cuerpo joven. El sintió apoyarse contra un brazo los senos erectos, miró los ojos celestes, brillantes con el resplandor del sol, la boca de labios pulposos y vaciló.

—Siga. . . —le dijo ella;

— ¡No! —protestó él— tengo que irme.

Pero Ana recordó las palabras del marido:

—"Entretenelo de cualquier manera. . . de cualquier manera. . ."

Y, venciendo todos sus pudores, le tomó de los brazos.

—No se vaya. . . —repitió.

Entonces, Agapito se olvidó de la amistad, de su código de honor y hasta del toro y, arrojándose sobre la boca entreabierta, sació en ella el hambre de besos que lo consumía.

Para las fiestas de Navidad venía un cura desde la capital a celebrar oficios religiosos y a poner en gracia de Dios a los matrimonios, pecadores, difuntos o criaturas que necesitasen de su bendición.

En esa oportunidad eran muchos los bautismos que se celebraban y, don Frutos, que había sido designado padrino de uno de los hijos del Tuerto Andino se encontró en la sacristía con Agapito que venía de desempeñar igual papel con el primogénito de Paolo Sacco.

Después de haber cumplido con sus obligaciones y arrojado puñados de monedas a los chillones muchachitos que esperaban en la puerta a los gritos de "¡Que viva el padrino! ... ¡Que viva el padrino! ", los dos amigos fueron a la comisaría a tomar unos amargos.

Don Frutos lo hizo sentar y se acomodó él también en una silla. Recibió el primer mate, lo saboreó golosamente y después de haberlo concluido dijo como al descuido:

—¿Te diste cuenta, muchacho, 'e una cosa?

—¿De qué, don Frutos? —contestó Agapito, mientras recibía su mate.

—Que el gringo Sacco es rubio, tirando a colorao, la mujer es rubia, tamién y, sin embargo, el hijo le ha salido con el pelo y los ojos negros. . .

El joven no contestó empeñado en seguir chupando un mate que ya hacía un rato había vaciado nerviosamente.

—Sí, es como te decía —prosiguió el viejo—, en esas cosas 'e la naturaleza uno nunca sabe. . . Será Tagua, el viento o ¡qué sé yo! , pero a veces suelen pasar esas cosas. . . Los padres rubios y el hijo con el pelo negro, ansina casi como el tuyo. ¿Caso curioso, no? ¡Y entrega de una ve ese mate que por más que quieras ordeñarlo chupando ya no da más leche!

LA PESCA

Al viudo don Pedro Almirón le conocían en Tapibara-Cué dos debilidades: la pesca y su avaricia. Antes había tenido una tercera: la hija, pero un viajante, deslumbrado por sus encantos, y quizá por la fama de rico que gozaba el viejo, se la llevó.

Al tiempo volvieron, ya santificada su unión por el matrimonio, en busca del perdón paterno y de ayuda económica para instalar un hogar. El padre le concedió lo primero a regañadientes, y le dio lo segundo con cuentagotas.

—Pa vivir tienen mi casa. . . —les dijo— y pa comer mi mesa; ¡total! ande han comido dos, pueden comer tres. . .

Sin embargo no añadió a la olla familiar ni una pizca más de sal de lo acostumbrado, ni sacrificó una sola de las aves de corral a la gula del yerno, conformándose con brindarle su habitual potaje de porotos, charqui y, de vez en vez, los productos de la selva y del río desde que si era un diestro cazador no era menos hábil pescador.

Al poco tiempo de estar con la pareja un día le dijo al hombre:

—Ahí tenés l'arado y el tobiano. Desde mañana podes empesar a preparar la tierra pa'l maíz. .

El viajante que ya se aburría en ese ambiente pueblerino y padecía por la falta de dinero, ante la perspectiva de arruinar sus manos en las rudas tareas campesinas, lió sus petates y, decepcionado, regresó con la mujer a la ciudad.

Eso había pasado hacía ya unos cuatro años pero, de cuando en cuando, solía aparecer en el pueblo, ya solo, ya con la esposa y después de días de renegar con el viejo se alejaban llevando unos pesos arrancados a su afán avaricioso.

La soledad parecía haber vuelto al anciano más duro y codicioso. No solamente no se le conocía vicios sino que se limitaba a vivir de lo que la tierra, el monte o el Paraná le ofrecían. Sin embargo, en sus campos engordaba la hacienda que él vendía, de tiempo en tiempo a buenos precios, ignorándose el destino del dinero.

—Pa mí —decía el cabo Leiva mientras le cebaba mates al comisario— que debe tener enterrada una botija enllena 'e monedas. . .

—No, m'hijo —le contestó don Frutos—, plata que cái en sus manos la entrega a su tocayo, don Pedro, el bolichero, pa que la ponga n'el banco...

—Pa qué quedrá tenerla si no la va a gastar —reflexionó el cabo—. Yo si la tenera lo primero me compraba una acordeón, dispué el moro 'e don Zenón y póngale farras y carreras hasta que se acabara.

—Hay mucha gente así —terció el oficial Arzásola— a quienes les gusta juntar cosas solo por el placer de tenerlas. . . Es casi como una enfermedad que los lleva a coleccionar los objetos que son de su agrado.

—Yo pa coleusionar mi ufisial, coleusionaba mujeres —interrumpió el subalterno con una estrepitosa carcajada.

—Seguí, m'hijo —intervino don Frutos—, y vos Leiva ceba mejor ese mate qu'está más lavao que cara 'e gato.

—Es así, comisario. . . —continuó el oficial— hay coleccionistas de las cosas más extrañas. Unos juntan cuadros, otros cajas de fósforos, algunos botones, hay muchos que se arruinan por juntar estampillas y a otros les da por juntar dinero para que sus herederos después lo gasten. . .

—Lo mismo le va a pasar a don Pedro —dijo el comisario— tanto privarse '1 viejo pa que al final tuito se lo farreen el yerno qu'es un liendre y la pavota 'e la hija.

—¿Ansina que hay muchos que juntan estampillas, ufisial? —preguntó pensativo el cabo Leiva.

—Sí, cabo, hay quienes tienen miles y miles. . .

— ¡Gente loca! —exclamó el aludido—. La de cartas que habrán de tener qu' escrebir los hijos pa gastarse tuita esa herencia y cómo se les va a secar la lengua 'e tanto pegarlas en lo sobre. . .

— ¡Uf! —dijo Arzásola con fastidio y renunció a darle ninguna otra explicación.

La presencia de Rodolfo Ardevaca, el marido de Lindora, la hija de don Pedro, no pasó inadvertida para nadie en el poblado.

Era un tipo taimado, que hablaba con voz engolada y tenía opiniones terminantes sobre todos los asuntos. A cada momento destacaba que era "un hombre derecho" y que "era capaz de morir por sus ideas".

Los contertulios del boliche lo llamaban, a sus espaldas, El fantasmón, y fingían creer la sarta de mentiras que continuamente deslizaba en su conversación.

—Pa mí que debe ser más falluto que picana 'e sauce, apenitas uno la clava se rompe -decía Leiva.

—Es de esa clase de personas que ocultan tras la cortina de su charla insubstantial la profundidad de su vaciedad mental —aseguró Arzásola.

—Será como decís, m'hijo —aceptó el comisario—, pero por aquí nojotros decimos que son como la caña tacuara güeca por dentro y que se quiebra 'e nada.

—Parece qu'esta ves no vino a sacarle plata '1 viejo —intervino el cabo.

—Ande ha d'ir el güey que no are . . . —prorrumpió sentencioso don Frutos.

—Pero ¡cómo no! pa casar siempre tiene munición patera y de laj otras —interrumpió el cabo Leiva.

—Pero no, comesario, si nú hace más que comprarle chiches pa llevarle. Dise que aura tiene un güen empleo y que sólo vino a hacerle una visita. . .

—¡Aja!

—Parece que usted desconfía, don Frutos. ¿Tiene por azar alguna premonición? —interrogó el oficial.

—No, cabo, no.. . —explicó el oficial— dije premonición y no munición. . .

—¿Eso pa qué es?

—La intuición de lo que va a ocurrir, un palpito. . .

— ¡Ah! sí. . . sí ... vos queras decir la corazonada que decimos loj criollos —aclaró don Frutos.

—Exactamente. . . Eso se llama científicamente premonición. . .

—Pa decir verdá y no quiero ser mal pensao, la venida d'ese mozo no me gusta nada. Eso es todo...

—En cambio yo sí que tengo una premunición fulera —volvió a intervenir Leiva mientras le ofrecía un mate a su superior.

—¿Guala, m'hijo? Desembucha. . .

—Tengo la permunición de que va a llover porque me están doliendo los callos 'e los pieses. . .

— ¡Señor! . . . ¡Señor! . . . —suspiró Arzásola y salió al patio a mirar las estrellas, pero sólo vio en la negrura del firmamento el marchito y amarillo rostro de la luna.

Pasaron tres o cuatro días sin que suceso alguno empañara el cristal rutinario de la vida pueblerina, cuando, una madrugada en que bostezaban los hombres adormilados en las sillas, y el mate inactivo también abría su negra boca junto al fogón, entró casi corriendo el forastero.

— ¡Comisario! . . . ¡Comisario! . . .—exclamó. —Aquí estoy, señor, no grite —le dijo don Frutos pachorrientamente. Arzásola y Leiva se incorporaron de los asientos donde dormitaban y se acercaron inquisitivos. —¿Qué ocurre?

— ¡Un accidente! ... ¡Un terrible accidente! ...

—¿Dónde?

—En la orilla del río, señor. Fuimos a pescar con mi suegro y él subió a una piedra para arrojar la línea y perdió pie. . . Sufrió un vahído o. . . ¡qué sé yo! ... la cuestión es que cayó al agua y no volvió a aparecer. . .

—Pero si don Pedro era de ahí pa nadar. . . —exclamó el cabo— y enseguida hubiera salido. . .

—Vamo p'allá —ordenó don Frutos—, a lo mejor se pegó una zambullida pa embromarlo y lo encontramos por allí.

Rápidamente fueron al lugar indicado, que se encontraba en las cercanías, al pie de las altas barrancas.

Ya las primeras luces de la aurora despintaban de sombras la fachada del día y a su lechosa claridad se podían distinguir los accidentes del terreno.

El río corría rumoroso y pequeñas olas venían a romperse contra la estrecha playa terrosa flanqueada por los altos murallones de la escarpada orilla cubierta por la espesa vegetación tropical. De trecho en trecho, enormes piedras como monstruos antediluvianos asomaban en las aguas sus moles oscuras y brillantes.

Sobre una de ellas, de unos cuatro metros de altura, encontraron la línea del desaparecido pescador. Todavía un pedazo de carne estaba clavado en el poderoso anzuelo, mientras otros pedacitos estaban en un tarrito caído en el suelo.

—Mira, Rodolfo, me dijo —explicó el hombre a sus acompañantes— voy a sacar un lindo sábalo para que lo comamos en el almuerzo. Cebó el anzuelo, subió a la piedra y, cuando estuvo arriba, cayó. . . ¡y no volvió a aparecer! . . . Aquí todavía están sus cosas. . .

—¿Y usted no iba a pescar, don? —preguntó don Frutos.

—No, yo no sirvo ni para sacar mojarras. . .

—¿Pero si acuerda 'e tuito lo que le dijo su suegro?

—Palabra por palabra. Anoche le comenté que me gustaría comer un sábalo asado porque lo habían ponderado muchísimo en el negocio de don Pedro y el pobre, por hacerme el gusto, me invitó a que lo acompañara a pescar esta mañana. . .

—¿Y qué más le dijo?

—"Vamos a ir a un lugar de la costa que yo conozco. Estos días andan picando mucho y me parece que voy a sacar dos o tres. . ."

—¿Y entonces vinieron acá a sacar doraos? —le dijo.

—No, comisario, dorados no, sábalos. . . Todavía cuando ponía la carne en el anzuelo, agregó: "Vas a ver mi hijo que con esto me saco uno de dos o tres kilos. . ."

- ¡Aja!

Poco a poco el sol ascendía por el horizonte y ya su luz bañaba de oro los seres y las cosas. En medio del río se veían algunas canoas de pescadores. Don Frutos sacó el silbato y lo hizo sonar en el silencio matinal. Luego agitó sus brazos en un llamado y los hombres de las embarcaciones enfilaron hacia el lugar. Apenas hubo atracado uno de ellos, preguntó:

—¿Qué pa sucede, don Frutos?

—¿Tene pateja?

—Tengo.

—Güeno, m'hijo, vamoj a rastrear por esta parte pa ver si encontramos el cadáver 'e don Pedro...

—¿Don Pedro Almirón, el viudo pa?

—El mismo.

Se persignó el pescador e inquirió:

—¿Cómo pa jue que vino a ahugarse?

—Se cayó 'e esa piegra y no se le vio más. . .

—Se habrá golpeao contra algo que lo azonzó.. .

—Dejuro —asintió el comisario.

Los otros hombres, enterados del suceso, también prestaron su colaboración y los policías se instalaron en las canoas para dirigir la búsqueda.

Se distribuyeron por la zona y metódicamente tiraban al agua la pateja con sus potentes garfios que arrastraban por el fondo y retiraban con pedazos de ramas, latas viejas y otros objetos. Después de una media hora consiguieron enganchar el cuerpo y a costa de grandes esfuerzos lo alzaron al bote. Inmediatamente se dirigieron a la cercana orilla y allí lo extendieron sobre la playa.

Don Frutos, separó de un brazo al yerno que se había arrojado sobre los restos y lloraba a grandes gritos y le dijo:

—Déjeme verlo.. .

El viejo Almirón, vestido con sus ropas habituales estaba lejos de haber adquirido majestad con la muerte. Tenía el abdomen levemente hinchado, los ralos cabellos pegados al rostro y una gran palidez.

El comisario, ayudado por el cabo, puso de espaldas al difunto y en la parte posterior del cráneo vio las señales de un fuerte golpe.

—Pegó con la cabeza en alguna piegra y se habrá dismayao, por eso no salió —explicó Leiva.

Pero don Frutos, incorporándose con gesto fiero, exclamó:

—¡Cabo! . . . Póngale las esposas a ese hombre. . . Es un criminal. . .

Ardevaca protestó en todos los tonos y amenazó con tremendos castigos pero el cabo le colocó las manillas y agregó:

—Y no te quedarás haserte '1 loco y disparar porque te vua a curtir a sablazos. . .

El oficial, asombrado, pero sin querer entrometerse, aleccionado por experiencias anteriores, se limitó a decir:

—Pero, don Frutos, ¿está seguro?

—Seguro, m'hijo. Vamoj pa la casa 'el dijunto y vas a ver. . .

Dejando a unos oficiosos vecinos que se encargaran de transportar el cadáver a la comisaría, don Frutos seguido por Arzásola, Leiva, el preso y varios curiosos se trasladó a la casa de don Pedro Almirón. Una vez en ella el comisario observó, detenidamente el patio y yendo hacia un montón de ramas que estaban junto a la cocina, listas para ser empleadas en el fuego, rebuscó entre ellas. Luego, enarbolando un trozo de urunday, dijo:

—Con esto le pegó el golpe.

Sarcástico, Ardevaca preguntó:

—¿No habrá sido con esa otra que es más gruesa?

—No, señor, jue con ésta. No ves que entuavía está húmeda. A ésta la lavó pa sacarle la sangre y la escuendió. Si hubiera echao un balde 'e agua sobre todas a lo mejor no la hubiera podido distinguir.

—Son estupideces tuyas que le van a costar muy caro.

Don Frutos, sin hacerle caso, siguió mirando en derredor, y de pronto indicó:

—Di aquí lo sacó en una carretilla 'e mano y lo llevó pa'l río. Vean qué marcada está la güeya por el peso '1 finao; jue, lo tiró al agua, puso las cosas en la costa pa tratar 'e engañarme, golvió con la carretilla vaciada y ricién me jue a avisar.. .

El oficial que había seguido el rastro dio con el pequeño vehículo en un galpón.

—Aquí está, don Frutos. . . En el borde hay unas manchas oscuras. . .

Se inclinó para observarlas mejor y aseguró:

—Son marcas de sangre y, además, hay cabellos pegados que parecen ser del muerto. . .

Vencido por esas evidencias el yerno confesó:

—Sí, yo lo maté. . . Discutimos porque no quiso ayudarme y ciego de ira le di un golpe con lo primero que encontré. Al principio creí que sólo se había desmayado, pero cuando lo vi inmóvil y sin vida, me asusté y quise hacer aparecer como un accidente para salvarme de ir a la cárcel.

. .

Una vez que el asesino estuvo a buen recaudo don Frutos reclamó a gritos su ración de mate, en tanto que el oficial sumariante mantenía la mirada fija sobre él.

Pero, che —dijo al fin el comisario—, tengo tizne 'n la cara que me miras tanto ya que por bonito nú ha de ser. . .

—No, don Frutos, lo miro y lo admiro. . .

—Entonces no empeces con tus macanas ni vengas con la premunición o el sirco análisis.

—Sólo quisiera hacerle una pregunta.

—Métele, nomás, te doy licencia.

—¿Cómo hizo para saber lo que había pasado?

—Dentré a sospechar cuando me mintió n'el río.

—No me di cuenta. Todo lo que decía parecía lógico.

— ¡Claro! Porque sos pueblero. Primero mintió cuando dijo que don Pedro le había asegurao que picaba mucho 'n la orilla y eso no podía ser porque '1 agua está infestada 'e camarones. . .

— ¡Y eso qué tiene que ver!

—Mucho, porque los camarones son pa los péscas como los mosquitos pa las personas. No loj dejan tranquilo y loj ahuyentan y por eso loj otro pescadore se corrieron pa' medio '1 río.

—¿Y después, don Frutos?

—Porque con esa línea y ese anzuelo con carne nú iba a sacar sábalos. Pa'l dorao la carne, pa'l pacú la masa y pa'l sábalos la pateja o la fija. El sábalos no muerde, chupa y hay que clavarlo n'el lomo u di ande venga. . . Un pescador como don Pedro no podería haber dicho esa barbaridá.

—No sabía de esas cosas. . .

— ¡Qué vas a saber si vos sos tamién puebleros y ustede l'único que saben del pescao es el gusto que tiene! Y vos Leiva, traeme '1 mate que con tanta charla si me ha quedao la de hablar seca como lengua 'e loro.

LOS ESPÍRITUS **(DEL DIARIO DEL OFICIAL ARZASOLA)**

Marzo 3. —Revisando en los cajones de un viejo escritorio encontré un cuaderno de hojas amarillentas y no pude resistir a la tentación de utilizarlo para ir estampando mis impresiones sobre la vida y los hombres de este pueblo, al parecer olvidado de Dios, que se llama Capibara-Cué. Al verme en estos menesteres ya sospecho lo que dirán mis compañeros de trabajo: el comisario, don Frutos Gómez, mesándose la barba afirmará sentencioso: "L'ofisial ta prati-cando la letra. . ."; el cabo Leiva, un paraguayo enamorado, exclamará: " ¡Di ande, don Frutos. . .! Li ha d'estar escribiendo a la novia. . ." el agente Ojeda y nuestro preso habitual, don Cleto, que viene noche a noche a dormir en el calabozo sus borracheras, asentirán apenas con sus " ¡Hum. . . hum! " y seguirán prendidos a la bombilla en sus diarias orgías de mate. Afuera el sol bosteza sus ardores sobre la larga calle polvorienta; atados a los palenques, frente a los ranchos, cabecean algunos sufridos caballos; desde lejos llega el canto huido del crespín, y, a la distancia, se ve el verde festón de las copas de los árboles en los montes que rodean al pueblo. Un mocetón viene andando pachorrientemente por las desniveladas aceras, de rato en rato se saca el cigarro de hoja de la boca y lanza grandes escupitajos al aire. Bueno, ya no hay más que agregar, así que yo también iré a sumarme a la rueda del cimarrón.

Marzo 3. —Es de noche y en el cielo hierven las estrellas. A pesar de todos mis presentimientos hemos tenido un día de trajín intenso. Aquel muchacho que vi en la tarde caminar tan perezosamente fue quien causara la conmoción cuando, al llegar al cabo de un rato, dijera:

—Güeñas tardes, don Frutos, le vengo nicó a avisar una cosa. . .

—Güeñas, m'hijo —contestó el aludido—, haulá nomás.

—N'el rancho 'e Casimira, la viuda '1 Mocho Ceriaco López, ese que se mató hace dos años, al cair borracho debajo 'e la carreta cargada 'e sandías y al que las ruedas le pasaron por encima '1 pecho. . .

—¡Aja!

—Güeno, ahí está la Casimira. . .

—Vea, pues —intervino el cabo Leiva—. ¿Y ande más iba a estar si esa es su casa?

—Ahí está la Casimira —prosiguió el mocetón imperturbable —colgada '1 cogote 'e la cumbrera '1 rancho y ya finada la pogre que Dios la tenga en su santa gloria.

Don Frutos dio una larga chupada al mate y ordenó:

—Vamos.

Montamos a caballo y allá fuimos: el comisario, el cabo Leiva, que llevaba al mocetón en la grupa y yo.

El rancho de la muerta estaba en las afueras del pueblo, junto a unas plantaciones descuidadas y a un vasto potrero donde yacían algunas vacas.

Ya algunos vecinos estaban en la modesta habitación del hecho observando a la muerta desde todos los costados, pero, felizmente, no habían tocado nada.

Don Frutos los expulsó del recinto y dio comienzo a sus tareas.

La muerta tenía los ojos fuera de las órbitas, la lengua afuera y el rostro amoratado. A sus pies yacía una silla derribada, a la que parecía haber subido para cumplir su fatal determinación. El lazo que le ceñía el cuello había sido pasado por encima del gran poste que oficiaba de cumbrera y estaba atado, en su otro extremo, a uno de los sostenes de hierro de la tranca de la puerta.

Todo en la habitación estaba en orden y solo el lecho tenía las ropas revueltas.

—Suicidio —dije yo—. La mujer aseguró el lazo, lo hizo pasar por encima de la viga, subió a la silla y se colgó. . .

Don Frutos observó en el piso de tierra las huellas dejadas por la pata de la silla, luego alzó a ésta introduciéndola en las marcas y señaló con un lápiz la altura hasta donde penetraban. En seguida dijo a Leiva:

—Bájala.

El cabo hizo lo indicado y cuando el cuerpo estuvo en tierra el comisario llevó la silla un poco más allá y, después de pensar un rato, dijo a su subordinado:

—A ver, Leiva, ponela parada ahí mirando a la ventana.

El otro levantó en sus fuertes brazos el bulto inerte, rígido por la muerte, lo apoyó sobre el mueble cuidando que la luz cayera sobre ella. Era una mujer de talla mediana, delgada y que, quizá en vida no habría sido mal parecida, pero que, en esos momentos, con el rostro lívido y distorsionado, causaba horror.

Don Frutos la observó con todo detenimiento desde la cabeza a los pies y luego su mirada fue recorriendo los objetos del contorno para terminar diciendo:

—Ponela nomás en la cama y que la preparen pa enterrarla. Nojotro vamoj a buscar al culpable.

—¿Al culpable? —dije azombrado—. ¿No es un vulgar caso de suicidio?

—No, m'hijo —me respondió—, es un crimen.

Marzo 4. —Esta mañana fuimos al entierro de la difunta Casimira Vda. de López. Unos pocos vecinos siguieron al carro del carnicero donde se había colocado el pobre cajón de pino que contenía sus restos. La pobre no tenía parientes en el lugar y sólo unas cuantas viejas la despidieron con sus oraciones y alguno que otro llanto ya que "aunque no sia nada 'e uno un prójimo es un prójimo".

Cuando volvimos a la comisaría y mientras esperábamos que se dorara el asado para nuestro almuerzo, don Frutos me preguntó:

—¿Vos crees en loj espíritus?

—¿En los espíritus?

-Sí.

—Francamente no, aunque ha habido hombres de ciencia como Flammarion que eran decididos partidarios de esa doctrina.

— ¡Aja! . . . Pues acá, en Capibara-Cué, tenemos a Ña Belén que es muy sabidora 'e esas cosas y haula con ellos.

— ¡Bah! Serán supercherías —le repliqué.

—Güeno. Esta tarde vamoj a dir a verla pa que te convensás.

Después, dirigiéndose al cabo Leiva, le interrogó:

—¿Cuánto pa le calculas el peso 'e la dijunta vo que la abajaste?

—Y, siguro, pa desir lo que se dise siguro de siguridad no pedería, pero pa mi pesaría como unas cinco arrobas porque era igual al peso 'e laj bolsas 'e avena pa los caballos.

—Cierto, Leiva, cierto. Yo también le calculo unos cincuenta kilos y aura pásame un pedazo 'e tripa pa dirme entreteniendo.

No había duda que la muerte de la mujer lo tenía preocupado. En la revisión que habíamos hecho de la pieza no encontramos nada de importancia y la intromisión de los curiosos en la misma había borrado o confundido las huellas de pisadas que podían haber quedado en el suelo.

Los vecinos no habían visto llegar o salir a ningún extraño. El estado de semipobreza en que vivía la extinta hacía descartar el robo como móvil y la falta de herederos que pudieran beneficiarse con sus escasos bienes alejaba también el interés.

Las circunstancias todas del hecho y la carencia presunta de motivos me hacían mantener aferrado a mi idea original del suicidio, pero el comisario, con igual pertinacia, sostenía:

—Es un crimen, ofisial, ya vaj a ver. . .

A la caída de la tarde, cuando apenas una estrella hacía guiños en el horizonte gris oscuro, fuimos a la casa de doña Belén, la curandera y "endivina". En la semioscuridad del aposento, iluminado sólo por una vela y envuelta en sus negras vestiduras, la vieja parecía una figura de pesadilla.

—Vea Ña Belén —le dijo don Frutos apenas nos hubimos instalado frente a ella alrededor de la mesa—, yo quedaría que usté le consultara '1 espíritu 'e Casimira López.

—¿Y por qué pa tiene esa curiosidá, don Frutos?

—Porque me parece que l'hisieron un sucio y naides sabe nada y si saben no quieren haular. Me gustaría que el espíritu me dijera algo 'e loj que la querían pa bien o pa mal así tengo un indicio. . .

La mujer tomó un mugriento mazo de cartas y empezó a barajarlas mascullando palabras en guaraní, luego hizo cortar el paquete en tres partes al consultante y empezó:

—Esta no sirve y ésta tampoco. . . aquí viene el rey 'e copas qu'es el espíritu 'e Casimira. . . En el nombre '1 Pagre, del Hijo y del Espíritu Santo pongo una y pongo otra y doy güeltas a la tercera ¡peina! un caballo 'e espadas al revés que es un hombre que andaba con ella y esta

sota es una mujer que no la quería a la finada porque también quería al hombre qu' era su marido. . . Viene el siete velo que dice qu'el hombre tiene algo 'e oro n'el cuerpo y aura ¡Jesús, María y José! sale '1 caballo 'e oro que quiere decir que otro hombre más joven andaba con ella y tuitos estos bastos dicen que también lo celaba mucho. . . y esta otra sota es una muchacha con nombre 'e jlor. . . y este rey 'e bastos es el pagre 'e la moza qu'es nombre 'e rigor. . .

Calló la pitonisa y, entonces, don Frutos, añadió:

—¿Y d'este hombre loj espirito no pueden darme ni una seña?

Doña Belén volvió a barajar los naipes y luego de murmurar una oración entre dientes sacó del mazo una baraja y se la dio diciendo:

—Ahí tiene el nombre. . .

Era un dos de copas y el comisario la miró sin entender, pero ella concluyó:

—Loj espirito están cansaos y ya no pueden decir nada más. . .

Don Frutos depositó un peso en el platillo colocado frente a una imagen iluminada por la vela y salió conmigo a la calle que estaba en sombras, repitiendo:

—El dos 'e copas. . . el dos 'e copas. . .

Después de un rato se dio un golpe en la frente exclamando:

— ¡Ya está! El dos quiere decir Segundo. . . Segundo Almada, el que anda noviando con la Rosa Yegro, la hija 'e don Patricio Yegro 'e Ramada Paso. . .

Y por más que lo acribillé a preguntas no quiso darme ninguna otra explicación.

Marzo 5, —Algo en la actitud de don Frutos me hizo sospechar, cuando llegué a la comisaría, que preparaba uno de los golpes de efecto a que era tan aficionado.

Me recibió lo más cortés y con aire hipócrita me dijo:

—Sabes que creo que tenes razón y que la Casimira si ahorcó nomás. . .

Calló para terminar de sorber un mate que le acarreaba Leiva y añadió:

—Aura vamoj al galpón a matiar y ansina vamoj a ver el cuero 'e un cordero que le carnieron a lo inglese 'e estansia.

Pasamos al interior y allí, apoyada contra una alta pila de fardos de pasto, vi la silla que había estado en la pieza de la difunta y, a sus pies, una bolsa de avena.

—Sentate ahí —me dijo, y me indicó un banquito mientras él se acomodaba en otro en torno al brasero y después empezamos a "verdear" en silencio. Al rato vino un agente acompañado por un hombre de mediana edad, delgado y que, al hablar, dejaba ver un diente de oro.

— ¡Hola, don Poli! —lo saludó don.Frutos—, perdone que lo haiga hecho llamar pero necesito que me dea un dato. . .

—A sus órdenes, comisario. . .

—Güeno, pero primero siéntese —exclamó el funcionario y le indicó la silla.

El otro miró la bolsa y se detuvo indeciso. Al ver sus dudas, don Frutos exclamó:

—Vea, ya qu'está ahí, don Poli, ¿por qué no me alza la bolsa arriba 'e los fardos?

—Con mucho gusto —repuso el recién llegado.

La tomó en sus brazos, subió a la silla y sin esfuerzo la depositó en el lugar indicado.

—Gracias, -amigo, y pa no entretenerlo más, ¿Dígame si sabe 'e algún pariente 'e la viuda Casimira?

Palideció el interpelado, pero, enseguida, se repuso y contestó:

—Que yo sepa no tenía a naides por acá. Pero... ¿por qué me lo pregunta a mí, don Frutos?

—Cosa 'e lo espirito, don Poli. Ellos me dijeron que Uds., en fin, son cosas que ya pasaron. . .

—Ansina es, ya pasaron hace tiempo.

—Güeno, era pa eso noniá, vaya tranquilo.

Apenas se hubo retirado, Leiva volvió a bajar la bolsa, corrió la silla unos centímetros al costado y la puso en la posición anterior. No habían transcurrido diez minutos cuando volvió a entrar el agente seguido por un mozo alto y fornido de unos veinticinco años.

—Salú, Segundo —lo recibió don Frutos—, perdona la llamada pero tengo que preguntarte algo.

—Mande, don Frutos.

—Sentate de mientras y toma unoj mates que nú es di apuro.

Se reprodujo el mismo diálogo de momentos antes y el gigantón subió a la silla con su carga. Cuando bajó para sentarse, el comisario le dijo:

—Ansí como a esa bolsa también hiciste pasar el cordero pu encima '1 alambrao.

—¿Que cordero, comesario?

—El que carneaste la noche '1 marte en l'estancia 'e loj inglese ... ahí está el cuero que abandonaste.

Indignado el otro rechazó el cargo atropellándose en la defensa.

—¿Qué via carniar cordero, don Frutos, endemá la noche '1 martes yo estuve con . . .

Súbitamente calló y quedó lívido, comprendiendo que había caído en una trampa.

—Seguí, Segundo, seguí . . .

—El martes estuve en mi casa.

—No, m'hijo, el martes a la noche estuviste con Casimira y a la madrugada la ahorcaste con tu pañuelo de cuello mientras dormía. . .

— ¡Miente! . . . ¡No es cierto!

Gruesas gotas de sudor le corrían por el rostro.

—Dispué, cuando la viste muerta, hiciste pasar un lazo por la cumbrera del rancho calculando l'altura pa que quedara lejos 'el piso y te subiste a la silla pa colocarle '1 nudo n'el cogote . . . Cuando estuvo colgada voltiaste la sila pa hacer creer que la pogre se había suicidao. No negués porque te vieron . . .

Anonadado por la exactitud del relato, el mozo aceptó:

—¿Me vieron? ¿Quién?

—Loj espirito . . . Siempre andan rondando por tuitos laos y aura confesa por qué lo hiciste o te haga haular a juerza 'e palos.

—No hace falta, don Frutos. Tuve di haserlo porque si había puesto insoportable 'e celosa y me había amenazao con ir a Ramada Paso pa decirle 'e lo nuestro al pagare 'e mi novia, don Patricio Yegros, que es muy severo y me hubiera echao 'e la casa. Taba 'e Dios que no había 'e casarme con la Rosa.

Leiva se lo llevó para encerrarlo en el calabozo y entonces le pregunté al viejo astuto:

—¿Cómo supo que era crimen y no suicidio?

—Por las marcas 'e las patas 'e la silla. Lo aujero eran muy profundo y la pogre era liviana demá pa hundirla tanto. Entonces pensé que alguno se había subido con ella pa colgarla y como lo vecino no vieron entrar ni salir a naides calculé que el creminal había ido 'e noche y si Casimira l'abrió la puerta era porque tendría algo entre ellos. Dispué supuse que l'única que podría saber d'esos enjuagues era doña Belén.. .

—¿Por qué esa mujer?

—Porque ella sabe 'e tuitas laj cosas el amor. Las mujeres van a pedirle que le haga más cariñoso o más fiel al novio y al marido, que loj libren 'e laj otra mujeres, que le hagan pensar solamente en ellas o que li hagan olvidar a laj otras, etc. Ña Belén no traiciona sus cliente, pero pueden hacerlo loj espirito y ansí supe que Poli "Diente 'e oro" había andado mancornado" con la viuda, pero como el caballo estaba al revés comprendí que lo había dejao por Segundo Almada, que es más joven y güen mozo. Parece que la misma Casimira le había ido a consultar, dejuero pa pedirle que lo engualichara . . .

Se interrumpió para tomar un mate y prosiguió:

—Poli pudo haberlo hecho por despecho y Segundo pa librarse 'e ella y casarse con la Rosa ...

—¿Cómo supo exactamente quién fue?

—Porque esa bolsa 'e avena pesa casi igual que la finada y Poli al alzarla no hizo hundir bastante la silla y, en cambio, con Segundo dentro hasta llegar a la marca que l'hice.

—Y el cordero carneado, entonces, ¿era un cuento? —inquirí.

— ¡Cuento! Di ande . . . aura nomá lo vas a comer al asador. Solamente que en vez del martes lo robaron anoche y me parece que al autor no loj vamo a encontrar nunca. ¿A vo qué te parece, Leiva?

—Creo lo mismo, comesario —añadió socarrón—, pa mí que han de haber sido loj espirito.

JUSTICIA DE DON FRUTOS

El administrador de la estancia The Green Land,' más conocida en Capibara-Cué por L 'estancia 'e loj inglese, se golpeó con la fusta la brillante caña de charol de la bota, de su pierna izquierda y dijo:

—El caso es muy delicado, don Frutos. . . Desde hace algún tiempo vienen desapareciendo cosas del poder de nuestros huéspedes.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Una cigarrera de oro de la señora López Arango, un anillo con un topacio de la señora Schinck, la cartera con \$ 200 al señor Da Souza y, ayer, un prendedor de la señorita Morgan. Al principio pensé que serían pérdidas o extravíos, pero la repetición de los mismos es sospechosa.

—¿Por qué no denunció al principio? —deslizó el oficial Arzásola.

—Nuestros huéspedes son todas personas de dinero y no quieren escándalo.

—¿Podría ser alguno de la servidumbre? —prosiguió el sumariante.

—Así lo creíamos al comienzo, pero los criados son de toda confianza y hace años vienen desempeñando las mismas funciones, sin que nunca ocurriera nada. Por otra parte, registramos sus ropas y pertenencias sin hallar los objetos perdidos.

—¿Y cómo pa jue lo 'e ayer? —preguntó el comisario.

—La señorita Morgan dice que, cuando despidió a la mucama, a las 10 de la noche, todavía tenía el broche. Después estuvo jugando al bridge con las otras damas y que, luego, al ir a su dormitorio, lo dejó sobre el "toilette" para darse primeramente una ducha, porque la noche era calurosa. Cuando salió del baño fue a la cama, directamente, y esta mañana, al despertarse, recordó que no había guardado la joya y al intentar hacerlo ya no la encontró. —¿La mucama pudo haber vuelto? —No, señor. La servidumbre se retira a las 10 de la noche y está alojada en otra sección completamente separada. Los huéspedes viven en un ala del chalet, con una sola puerta de acceso cuya llave está siempre en mi poder.

—Tonses, pa mi ver, tiene que ser algún güespe nomá —sentenció don Frutos.

—Es absurdo, señor comisario —protestó el administrador—. Todos son gente de alcurnia e intachables antecedentes . . .

—Pu acá solemos decir: Tuitos somo onraos, pero el poncho no aparece.

—¿Y qué desea de nosotros? —interrumpió el oficial, viendo al visitante un poco molesto por la crudeza de las sugerencias de su superior.

—Me gustaría que uno de ustedes fuese a la estancia como invitado y tratase de aclarar el asunto, pero sin hacer preguntas enojosas y con mucho tacto ya que son gente de sociedad y muy puntillosa.

—¿Loj hombre tamién? —preguntó don Frutos.

—Los hombres más, todavía.

—Cha digo, yo creí que sólo las mujeres tenían puntillas.

—No, quiere decir que se enojan fácilmente —aclaró Arzásola.

—Güeno —accedió don Frutos—, esta tarde lo vua mandar al ofisial que sabe andar entre esa clase 'e personas y comer con tuito ese cubierterío que le ponen. Yo apenas si sé usar el cuchillo, la cuchara y el tenedor y hasta me bastan los dedos y el cuchillo cuando es asao . . .

Desde que los visitantes de la estancia eran completamente ajenos a la zona convinieron en presentar a Arzásola como al hijo de un estanciero de las vecindades y fijaron la hora en que iría, por la tarde, tras lo cual el administrador se retiró:

Luego el comisario dijo al cabo Leiva:

—Agarra '1 máuser y te cruzas pa l'isla. Vas y matas un yacaré a loj grahdote y ...

—Ta güeno, mi comesario —dijo el aludido y salió a cumplir su diligencia.

—Vo Ojeda —mandó al agente— toma esto \$ 50 y decile *1 almacenero que te la cambie por plata paraguaya que abulta mucho.

Enseguida, dirigiéndose a su ayudante, le dijo:

—En cuanto a vo m'hijo, escúchame bien. . . .

Le dio una serie de instrucciones y finalizó:

—Tonse, te acercas a la ventana y hasé una señal con la linterna que yo vua dir.

Míster Henry Williams, uno de los dueños de la estancia fue el encargado de introducir al oficial en el círculo selecto de sus amistades. —El señor Luis Arzásola . . . La señora Schinck, alta, flaca y seca, apenas si movió la cabeza en un esbozo de saludo. En cambio sus dos sobrinas, las señoritas Isabelle Morgan y Elsie Best le sonrieron complacidas. —¿Juega al tenis, señor Arzásola? —preguntó la primera. —Un poco.

—Muy bien, si quiere, mañana podemos practicar.

—Complacido.

La marquesa de Encinares lo miró a través de sus impertinentes con aros de oro y preguntó: —¿Emparentado seguramente con los condes de Arzásola y Mendia de San Sebastián?

—No, señora. Mi familia, que yo sepa, ha sido siempre de la clase media.

Y así fue conociendo al esposo de la marquesa, un buen hombre obeso y calvo, dueño de una hilandería, al señor López Arango y señora y a varios otros invitados.

Una joven llamada Arlette Dubois, novia del hijo de Mr. Williams, le preguntó:

—¿Ha leído usted a Mallarmé, señor Arzásola?

—Sí, señorita, y también a Apollinaire, aunque prefiero a los poetas ingleses, Shelley, por ejemplo.

—Igual que yo —intervino Elsie Best, y, en seguida, prosiguieron hablando de literatura.

Cumpliendo las instrucciones de don Frutos sacaba a cada instante su abultada cartera y repartía tarjetas como si fuera un provinciano ostentoso. Antes de la cena, dijo como al descuido a la señorita Morgan, pero con voz suficientemente audible para todos:

—Bueno, voy a dejar esta pequeña maleta en mi pieza. No acostumbro a andar con tanta plata encima, pero, como vine a vender una tropa de novillos . . .

—Yo que usted, señor Arzásola . . . —empezó la señorita Morgan.

Pero una fría mirada de la señora Schinck la detuvo.

—¿Qué iba a decir, señorita?

—Nada, era algo sin importancia.

—Con su permiso, entonces.

Fue a su habitación, se colocó unos guantes y cambió los billetes de la cartera por otros que le había dado don Frutos y estaban en una caja. Distribuyó los suyos en los bolsillos y, dejando la cartera sobre la mesa de luz, salió cerrando solamente la puerta con tela metálica que impedía la entrada de insectos detrás de la cual se veían perfectamente los objetos de la pieza.

Luego fue a reunirse con los demás, bebió unos copetines, bailó con las jóvenes y durante la cena conversó animadamente con sus compañeros ocasionales. Terminada ésta pasaron al salón de fumar a contar anécdotas y tomar café, mientras las damas se retiraban, por un momento, a sus alojamientos, para volver al rato al comedor ya arreglado para las partidas de naipes, ajedrez, damas o dominó según sus preferencias.

Arzásola también fue a su cuarto, vio que de la mesita de luz había desaparecido la cartera, pero no se afligió. Se acercó a la ventana y encendió y apagó tres veces la luz de una linterna que guardaba entre sus ropas, luego de lo cual se fue a integrar una partida de poker.

A las 10 de la noche se retiraron los sirvientes y sólo quedaron los invitados, el bufetero y el administrador.

Después de un rato se oyeron unos golpes a la puerta y el último de los nombrados acudió a abrir.

—¿Quién podrá ser a estas horas? —dijo míster Williams.

—Alguna mucama que se olvidó de hacer algún encargo —sugirió la señora de Schinck.

Pero todos callaron cuando vieron al administrador avanzar seguido por la torpe figura de don Frutos,

—Güeñas noches, señor Güilliams —dijo a modo de introito—; pasaba por estas cercanías y quise entrar a saludar a sus convidados. . .

—El señor es don Frutos Gómez —explicó el dueño—, comisario de Capibara-Cué.

—Antonio López Arango —dijo el más próximo y le tendió la mano.

Don Frutos se la estrechó y luego hizo el gesto característico en él de mesarse la barba.

—Mi señora —volvió a agregar el primero.

Entonces, haciendo una reverencia al estilo palaciego, el comisario se inclinó sobre la mano como si fuera a besarla, pero sin llegar a ella.

— ¡Qué versallesco! —dijo la impetuosa señorita Morgan—. Preséntemelo.

El oficial así lo hizo y don Frutos repitió el gesto. Los invitados se esforzaban por reprimir una sonrisa, pero don Frutos prosiguió saludando a todos en idéntica forma.

Luego dijo:

—Aura, don Güilliams, quiesiera hualar con usté y l'alministrador siempre que los demás me deán su lisensia.

—Concedido —dijo la alegre Isabelle Morgan e imitó burlescamente la reverencia.

Los tres hombres se retiraron hacia una oficina y los demás continuaron comentando las anticuadas maneras del funcionario lugareño.

Al rato el administrador se acercó a Arzásola y le dijo:

—¿Podría venir conmigo un ratitó?

El oficial lo siguió y la señorita Best preguntó a su prima, la señorita Morgan:

—¿Para que lo querrán?

—A lo mejor para completar una mesita de poker, porque ya se le adelantó el marqués.

Cuando el oficial entró en la oficina encontró a míster Williams visiblemente excitado, diciendo:

—No puedo aceptar tal cargo y responsabilizo a usted por las consecuencias.

—Pero sí don Güilliams, yo me responsabilo.

—¿Qué ocurre, señores? —interrogó el marqués.

—Es algo horrible, increíble . . . Pero yo me lavo las manos en este asunto.

—Deje nomá que yo le vua esplicar —continuó imperturbable don Frutos—. El caso es que aquí han andao perdiéndose cosas.

—Hoy a mí me robaron la cartera —agregó Arzásola.

— ¡Y yo qué tengo que ver con ello! No pretenderá usted que . . . —se indignó el aristócrata.

—Usté no, pero su mujer sí —dijo don Frutos.

— ¡Cómo se atreve a decir semejante insolencia!

—Sencillo, porque le tendí una trampa y cayó.

—Si usted no estuvo por acá . . .
—Yo no, pero mi oficial sí ...
—El señor ... el señor . . . ¿no es hijo de un estanciero, entonces?
—Apenas si oficial de policía —contestó el aludido.
—Pero es absurdo . . . —intervino el dueño—. Es una acusación monstruosa . . . ¿Cómo puede probarlo?
—Registrando la pieza. Allí estarán las cosas robadas, pues . . .
—Usted no puede estar seguro de ello.
—Y güeno, vamoj a ver. La plata que l'ofisial puso en la cartera estaba frotada con Pasmicle.
—¿Qué es eso?
—Almizcle. Una substancia odorífera que tienen algunos saurios— explicó el oficial.
—Exacto; es el tufo que echan los yacareses y que tienen n'unas bolsitas: dos en las carretillas y dos en la cola; la catinga es juerte y dura pa salir.
—Ño entiendo —siguió diciendo míster Williams mientras el marqués estaba pálido e inquieto.
— ¡Pero si está claro! Cuando yo le daba la mano a loj hombres y dispué me la pasaba por la barba era pa sentirle l'olor. Con las damas era más fásil porque al inclinarme sobre la mano le podía ver si jedía a yacaré, y la de la marquesa tenía un olor que se sentía a pesar del perfume, y torses me dije: Ésta es la que sacó la plata.
—¿Basta! No siga que tiene razón —concedió el marqués—. Pagaré lo que sea, pero que el asunto no se haga público. Mi pobre mujer ha vuelto a las andadas, aunque ya la creía curada, porque la pobre es cleptómana . . .
—Pa mí es robona. —expresó don Frutos—. Y pa la justicia igual que todos, ansí qué me la vua llevar.

Mas el dueño, el administrador y el marqués argüyeron tanto, prometiéndola llevar al otro día, y como no había, por otra parte, una acusación formal, don Frutos accedió a no detenerla por el momento.

Pero en lugar de la inculpada, a la otra tarde, se apareció el diputado del departamento con míster Williams y el marqués.

—Vea, comisario —le dijo el primero—, vengo de conversar con la señora y todo ha sido una broma. Aquí tiene la cartera del oficial con el dinero.

—Pero yo ya hice '1 sumario.

—Archívelo, don Frutos, archívelo.

Y como el comisario no ignoraba que el legislador con una palabra podía dejarlo en la calle, cumplió con lo ordenado.

En los tiempos de miseria que siguieron al año 1930, en las escuelas funcionaban "comedores escolares" donde los niños recibían la limosna del mendrugo que no podían ganar sus padres por la desocupación imperante en el país. El de Capibara-Cué pasaba por momentos angustiosos, y el director, Osvaldo Bertelli, acudió al comisario en busca de ayuda y consejo.

—Ya no sé qué hacer, don Frutos. El almacenero me da maíz pisado para el locro, algunos padres mandan mandioca y porotos, pero los más de los días debo darles solamente el maíz sancocado.

—Es que tuitos pu acá. andan de la cuarta al pértigo ... ¿Y los estancieros no dan carne?

—Prometen, prometen . . . pero se olvidan.

—Güeno, ya veré lo que se puede hacer.

Estuvo cavilando un rato y después preguntó al oficial:

—¿Cómo pa era l'enfermedá 'e la marquesa? —Cleptomanía. Es un caso psicopático por el cual algunas personas sienten como una fuerza irresistible que las impulsa a cometer esos robos.

—Ya sé, es maj o meno lo que pasa con l'alcool: el rico se divierte y el pogue se emborracha, aquí l'infelí es un ladrón y el copetudo padece de ... —Cleptomanía.

Una luz de astucia brilló en los ojos de don Frutos y luego de un rato llamó al cabo Leiva para decirle:

—Aura que me acuerdo, cuando lo tengas a tiro al Ánacleto Vallejos, l'hijo 'e doña Abstinencia, le decís que lo quiero haular.

Pasaron los días y una tarde Bertelli llegó contento a decir:

—Vea, don Frutos, bien dice el refrán: "Dios aprieta pero no ahoga". Resulta que enterado de lo mal que andaba el comedor, Ánacleto Vallejos me ha dado unas gallinas, después un cordero, más tarde otra vez gallinas y, ayer, me trajo un cuarto de res.

El que vino furioso, en cambio, fue el administrador de la estancia a denunciar que personas desconocidas saqueaban los gallineros y los galpones.

—Ta bien, vua dir a vigilar —contestó don Frutos.

Pero el tiempo pasó y los hechos siguieron repitiéndose, por lo que el afectado montó guardia por su cuenta y así consiguió apresar al culpable, a quien trajo una mañana, con las manos atadas a la espalda y custodiado por dos peones.

—Aquí tiene al delincuente y espero, don Frutos, que le haga sentir el rigor de la ley —dijo al dejarlo.

—Ta güeno —respondió el comisario—. Vua a estudiar l'asunto.

Grande fue la cólera del administrador cuando supo que el ladrón, que no era otro que Ánacleto Vallejos, andaba en libertad por el pueblo, a las pocas horas de haber sido dejado en la comisaría.

Fue furioso a interpelar a la autoridad exigiendo explicaciones.

—Vea, don —repuso don Frutos—, he descubierto que el pogue no es ladrón sino enfermo. El otro quedó con la boca abierta y el comisario prosiguió:

—Sí, padece de anacletomanía . . .

—¿Y eso qué es?

—Una manía de Anacleto p'ayudar a loj niño 'e la escuela. Como naides lo hace . . .

—Pido que se haga justicia.

—Bien, al sumario lo tengo listo, está en yunta con el de la marquesa, pero . . . ¿por qué no le haula a don Güilliams? Si él lo exige vua mandar los dos a la capital al juez, para que los examine ya que si me hase que lo do sufren 'e la misma cosa . . .

Pero don Williams prefirió echar tierra sobre el asunto y, después de hablar con don Frutos para retirar la denuncia, le dijo:

—Y ahora, comisario, díglele al director de la escuela que desde mañana haga retirar diez kilos de carne de la estancia para los niños.

—Gracias, don Güilliams, y pierda cuidado que si alguno se quiere contagiar 'e la anacletomanía lo vua curar a rebencazos.

DON FRUTOS VA A LA CIUDAD

Deseoso de comprar un par de botas nuevas, don Frutos decidió llevar a la ciudad a un cuatrero que había detenido y que fuera solicitado por el juez.

El viaje en barco no tuvo inconvenientes, pero, al descender por la planchada, el comisario advirtió a su acompañante, a quién conocía desde pequeño:

— ¿Vos ti arricordás, Ceriaco, cómo jue que murió Poli Sosa?

—Usté nicó lo baleó, don Frutos.

—Cierto, me se quiso escapar y tuve que meterle un tiro 'n la cabeza. ¡Pogre! y eso que se me había ido como a treinta metros de mí ...

Pensó un momento y agregó:

—Y jue, nicó, con este mesmo rególver que aura llevo 'n la cintura, pero ¡claro! vo no ha de quererte escapar . . . ¿Verdá?

—No ha de, don Frutos —dijo el otro y recogiendo la velada advertencia cuidó de no separarse del funcionario, cuya puntería era proverbial en Capibara-Cué.

Una vez que lo hubo puesto a buen recaudo, pasó a las oficinas de la Jefatura a visitar al comisario inspector Ignacio Lux López, de quien era gran amigo.

Lo encontró en compañía de dos oficiales conversando animadamente y consultando unas anotaciones que tenía sobre el escritorio.

— ¡Qué lástima, don Frutos, que no pueda acompañarlo en estos momentos, pero anoche se ha producido un crimen en un hotel y me han encomendado el asunto . . .!

—¿El señor es el célebre don Frutos Gómez, el comisario de Capibara-Cué? —preguntó, uno de los ayudantes, mozo de cabellos rojos y aire de suficiencia.

—Célebre no sé, pero Frutos Gómez soy pa servirlo —respondió el aludido y le tendió la mano—. Mucho gusto.

Lo mismo hizo con el otro, un joven de gruesos anteojos y de cabellos negros.

—No se extrañe, don Frutos, que lo conozcan mis subordinados, porque siempre he alabado su sagacidad y comentado sus éxitos.-

—Pura suerte nomá -dijo él modestamente.

—A propósito, inspector —volvió a interrumpir el pelirrojo, que se llamaba Enrique Carré—, ¿por qué no lo llevamos para que nos ayude?

—De estorbo únicamente he de servirles yo ...

—¿Por qué? ¿Acaso no hay un proverbio que reza: "Cuatro ojos ven más que dos"?

—Sí, pero, "cuando se mira p'ande es debido, basta uno solo", sabía decir un tuerto.

—Está bien. Si quiere acompañarnos —invitó el inspector—, así de paso se distrae un poco.

—Y güeno, de mientras también vua aprendiendo cómo hacen las pesquisas por estos pagos.

El propio dueño del hospedaje salió a recibirlos y los condujo a una habitación del primer piso donde se encontraba la muerta. Estaba ésta en el lecho, con los ojos enormemente abiertos, la faz amoratada y la lengua asomando por la boca entreabierta. Las ropas de cama la cubrían casi enteramente, y al observarla de más cerca, se veía un delgado cordel ceñido a su cuello.

—¿Tiene usted sus datos? —preguntó el comisario López al hotelero.

—Sí, aquí están —dijo el interpelado y extrajo de su bolsillo un papel donde leyó: "Carmen de Almagro, argentina, 28 años". Entró el día 2 de junio es decir hace quince días.

—¿Sola?

—No, con su esposo; "Luis Almagro, argentino, 36 años ..."

—¿Ocupación?

—Artistas. El hace trabajos de prestidigitación, ilusionismo y otras cosas, y ella lo ayudaba. Estaban trabajando en un café del Mercado.

—¿Y él dónde se encuentra?

—Se fue anoche a Barranqueras y anunció que volvería esta mañana. Iba a firmar contrato para dar unas representaciones en un bar que hay allí cerca del puerto, me dijo.

—¡Mentiras! —saltó Carré—. La mató y escapó. A ése ya no se le volverá a ver.

—Perdón . . . —interrumpió el dueño—, cuando él se fue la mujer estaba con vida.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque el mozo que vino a bajar una valija del señor Almagro oyó perfectamente cuando ella lo despedía y le pedía apagara la luz.

—¿Y no regresó con el pretexto de haber olvidado algo?

—No, señor. El encargado del mostrador que cuida que no se vaya nadie sin pagar y atiende a los que llegan, afirma que, fuera del mozo, nadie subió al primer piso hasta esta mañana.

—Bien, muchas gracias, puede retirarse —dijo López, y cuando se hubo alejado se puso, con sus acompañantes, a revisar la habitación.

Don Frutos paseó su mirada escrutadora por la pieza, la detuvo un rato sobre la muerta, luego escudriñó los diversos objetos que estaban sobre una mesa, vio cómo los demás abrían una valija y revisaban su contenido y luego se acomodó en una silla, entretenido en ver cómo el pelirrojo rociaba con un polvo blanco las puertas, ventanas y otros objetos.

—¿Pa qué pa empolvan esas cosas? —preguntó.

—Para buscar impresiones digitales —le contestaron.

—¡Aja!

Los otros siguieron en su búsqueda, uno se arrojó al suelo y con una pinza iba levantando cositas a las que colocaba en sobre que numeraba cuidadosamente.

Después de un buen rato el comisario campesino preguntó:

—¿Podería ver ese muñeco d'ahí?

Y señaló a uno que estaba sobre la mesa representando a un negro de grotescos labios rojos.

López, que leía cuidadosamente unos papeles, accedió:

— ¡Cómo no! , pero vuélvalo a dejar en ese mismo lugar.

Los otros dos pesquisadores cambiaron entre sí una mirada de inteligencia mientras don Frutos, haciendo accionar los hilos que tenía en su interior, le hacía levantar los brazos, abrir la boca y efectuar otros movimientos, en tanto exclamaba:

—Pero vea, ¿no? Lo que no inventan loj puebleros. . .

Elsa Lineo, mucama, fue la primera en declarar en la sala de lectura improvisada en oficina. Entre lágrimas, hipos y suspiros expresó la siguiente:

—Anteayer la pensionista de la pieza 10 me pidió la despertara a las 9, porque quería salir a efectuar algunas diligeneias. Golpee la puerta repetidas veces y como no me contestaba, entré, encendí la luz y la encontré así ...

Se cubrió el rostro con las manos como para alejar la visión y prosiguió:

—Después grité, salí y al llegar a la puerta me desmayé . . .

Pedro Olasarte, uno de los dos mozos encargados del servicio nocturno, declaró:

—Tomé mi turno, a las 22, sin novedad. Luego atendí a algunos pensionistas que me hicieron pequeños pedidos, después, cerca de las 22 y 30 cuando estaba con mi compañero Alberto Norié, sonó el timbre correspondiente a la pieza N° 10. Fui y me encontré con el señor Almagro, que ya estaba en la puerta con una valija: "Llévela abajo y búsqieme un taxi", me dijo. Después introdujo la cabeza en la pieza y se despidió: " ¡Hasta mañana, querida! ". Ella le respondió: " ¡Hasta mañana! " y agregó: "Apaga la luz, por favor". Él lo hizo así utilizando la llave que está junto a la puerta, cerró ésta y bajamos al hall. Cuando descendíamos explicó: "Pobre, está muy resfriada y por eso no me acompaña" . . . Busqué un auto en la parada y le cargué la valija. Enseguida volví a mi puesto y allí estuve hasta que fui reemplazado esta mañana a las seis.

Alfredo de Bahía, chofer, manifestó:

—Anoche a las 22 y 30 me llamaron del hotel para conducir un pasajero hasta el puerto. Llevaba una valija y el viaje fue normal. Es todo cuanto puedo declarar.

Rodolfo H. Brando, encargado del mostrador, dijo:

—A las 22 y 30 vi bajar al mucamo Pedro Olasarte con una valija, seguido por el señor Luis Almagro. Este se despidió hasta el día siguiente en que, según, dijo, volvería de Barranqueras. A través de los vidrios de la puerta lo vi ascender a un taxi y desaparecer. El mozo Olasarte, cumplida su misión, volvió a subir la escalera y siguió al primer piso. Hasta las seis de la mañana en que llegó el personal de relevo nadie entró ni salió del local.

Alberto Norié, el otro mucamo nocturno, expresó que, como la noche era fría, los pensionistas se habían retirado temprano a sus habitaciones, y fuera del llamado de la pieza 10 no hubo novedad y que él estuvo en la pieza de servicio toda la noche, como podía atestiguarlo Olasarte que lo había acompañado desde las 24 aproximadamente. Vuelto a ser interrogado Olasarte sobre el empleo de su tiempo entre las 22 y 30 hasta las 24, declaró que se había quedado leyendo el diario de la noche en un sofá que existe al final del pasillo.

Las declaraciones de los pensionistas no arrojaron mayor luz, porque en su gran mayoría afirmaron haberse retirado temprano y dormido profundamente. Únicamente una señorita, Clara Lance, de la pieza N° 9, dijo algunas cosas que se consideraron de gran importancia.

—Para mí —expresó— el asesino debe ser el marido. Era una pareja que se llevaba muy mal y en estos últimos días sus reyertas eran continuas. Ayer por la tarde, por ejemplo, tuvieron una gresca descomunal y, aunque no soy curiosa, por culpa de mi vecindad pude escuchar cómo ella le decía: "Me iré ... me iré ..." y él le contestaba: "Antes te voy a matar".

Interrogada sobre si había notado algo anormal la noche anterior, dijo:

—No, lo único que me molestó fue la falta de camareros nocturnos, ya que a las 22 y 40 toqué el timbre para llamar a alguno de ellos para que me trajese una revista que había olvidado en el comedor y nadie vino. Diez minutos más tarde volví a insistir sin resultado. Entonces me asomé al pasillo para ver si alguno estaba sentado en el sofá, al final del mismo, donde acostumbran a hacerlo, pero no vi a nadie.

—¿Está segura que no había nadie, señorita? —preguntó el comisario.

—Completamente. Desde mi pieza se domina perfectamente el lugar y no había un alma.

—Está bien, muchas gracias.

El informe médico que arribó poco después, decía: "Muerte por estrangulación causada por una cuerda delgada y fuerte, ceñida a la garganta. Presumiblemente el deceso ocurrió entre las 22 y las 24 a juzgar por el estado de los alimentos que apenas habían empezado a ser digeridos".

—A las 22 y 30 estaba viva —deslizó Carré—, conforme a lo declarado por el camarero . . .

—Cualquiera de los mozos nocturnos pudo haberlo hecho, y de acuerdo con lo que sabemos ambos han mentido —dijo el comisario y añadió—: Carré, lleve a esos hombres a la Jefatura y téngalos incomunicados.

—Muy bien, señor.

—Usted —continuó diciendo al otro empleado—, vaya al domicilio de los mismos y haga una buena revisión.

Enseguida, dirigiéndose a su colega, invitó:

—Vamos, don Frutos, parece que esto se va aclarando.

Antes de salir dijo al encargado del mostrador:

—Espere al señor Almagro, y cuando venga preséntense ambos a la Jefatura. Creo que pronto vamos a solucionar el caso.

—Señor —dijo entonces el empleado—, considero que es mi deber decirle que el mozo Alberto Norié fue denunciado hace tres días por la muerte porque no se encontraba en su puesto, y como es reincidente en estos hechos el patrón de ello tuvo un violento altercado con la mujer, y parece que, en el calor de la disputa, hasta hubo amenazas . . .

— ¡Ah, sí! . . . Muchas gracias, señor Brando. Espero, entonces, verlo dentro de un rato cuando llegue el marido de la extinta.

—Prometió estar de vuelta a las 11 y son las 10 y 30.

—Bien, los estaré aguardando. ¡Buenos días!

— ¡Buenos días, señor!

El comisario y don Frutos salieron del hotel.

El comisario inspector llevó a don Frutos por las diversas dependencias y le fue enseñando los modernos adelantos de la técnica policial. Le mostró la oficina dactiloscópica, el gabinete de

identificación, el archivo de su frondosa galería de delincuentes, los prontuarios con sus detalles, los laboratorios, etc.

— ¡Cha que tiene cosas! —decía don Frutos—. Yo andaría boleao con tanto estrumentario . . . Meno mal qu'en Capibara-Cué tuito lo hacemo a la que te criaste nomá. . .

Rió López y volvió con su amigo a la sala de declaraciones. En ella estaban ya los empleados, que habían efectuado las diligencias previas. Frente al escritorio se hallaban Brando, el encargado del mostrador; un hombre delgado, de nariz aguilina y ojos inquietos que resultó ser Almagro, el marido de la muerta, y los dos camareros, visiblemente abatidos por la falta de sueño y la situación que atravesaban.

El comisario ofreció a don Frutos una silla, próxima a él, y sentándose junto al escritorio se dispuso a iniciar la tarea. Leyó detenidamente las anotaciones, llamó al empleado que había ido a hacer el registro y sostuvo con él una conversación en voz baja; luego empezó:

—Bien señores; todos ustedes saben los motivos por que se encuentran aquí. Espero, por consiguiente, su mejor colaboración y que traten de ayudar a la justicia.

—Con todo gusto, señor —dijo Brando y los demás asintieron con la cabeza.

—Aún no sé quién fue el autor, pero tengo razones poderosas para creer que tanto pudo ser el señor Almagro como Norié u Olasarte . . .

— ¡Es absurdo! —protestó Almagro.

—No tan absurdo. Sabemos que ustedes no se llevaban bien y que ayer por la tarde tuvieron una disputa. Nos consta que ella estaba dispuesta a abandonarlo . . .

—No niego que peleáramos con frecuencia, pero de allí a matarla hay gran distancia. Nuestras riñas eran las comunes en los matrimonios, quizás porque es más dulce la reconciliación. Por otra parte, cuando partí ella estaba con vida y tengo testigos que me vieron durante el viaje y cuando estuve en Barranqueras, de donde no hay vapores ni balsas de regreso hasta la mañana.

—Pudo, sin embargo, haber contratado una lancha o un bote y haber regresado . . .

—Imposible, señor —interrumpió Brando—, yo lo hubiera visto llegar. Solo hay una entrada en el hotel. . .

—Entonces, pudo haber sido Norié, ¿no es verdad?

— ¡No! . . . ¡No! . . . —se defendió el aludido—. ¿Por qué había de hacerlo?

—Por venganza. Puesto que ella lo denunció por abandono de sus funciones y además . . .

—¿Además, qué? . . . —dijo ansiosamente Almagro.

—Mintió cuando dijo que no había salido de la pieza de servicio. La señorita Lance lo llamó a las 22 y 40 y, más tarde, a las 22 y 50, y

usted no respondió. ¿Dónde estaba? . . . ¿Acaso en la pieza 10? ...

— ¡No! . . . ¡No! . . . Fui a la cocina a tomar un poco de café . . . No lo dije antes porque se nos había prohibido hacerlo, pero esa es la verdad. Créame . . . créame . . .

—Vamos a suponer que es cierto, pero estoy seguro que en ese intervalo entre las 22 y 30 y las 24 se cometió el hecho y es necesario aclarar bien los movimientos de todos. ¿Cuáles fueron los suyos, señor Olasarte?

—Yo ... yo ... estuve leyendo en el sofá . . .

—No mienta. La señorita Lance dice que al no acudir nadie se asomó a la puerta y al mirar en el pasillo no vio ni un alma . . . Entendió bien, señor Olasarte, ni un alma . . .

López se levantó y dirigiéndose hacia el mozo le preguntó:

—¿Dónde estuvo usted? ¿Dónde?

Vaciló éste un momento y confesó:

—Como había poco que hacer y estaba Norié en la pieza de servicio, yo aproveché y entré a la pieza 15, que no tenía pensionista, y me recosté un momento ...

—¿Y allí encontró esto? . . . ¿No es verdad? —dijo el comisario y le mostró en medio de la mano un anillo con una piedra roja.

— ¡No! . . . ¡no! . . . Ella me lo dio para que lo llevara a empeñar . . . —repitió Olasarte, y se puso a sollozar—. No me van a creer pero es cierto. Se lo juro, señor . . .

—Ese anillo era de mi mujer. ¿Dónde lo encontró? —intervino Almagro levantándose.

—Lo hallaron sobre la mesa de luz en la casa de Olasarte cuando hicieron un registro.

— ¡Maldito! ... ¡Asesino! —gritó Almagro y quiso írsele encima.

— ¡No fui yo! ... Ella me lo dio para empeñarlo —repetía el mozo sollozante.

—Calma! —habló por fin don Frutos, y se acercó—. Ese muchacho es inocente.

—¿Inocente? —rió el oficial Carré—. Tuvo la oportunidad y el motivo fue el robo. Salta a la vista.

—No jue él —siguió don Frutos.

—Entonces, ¿quién fue? —preguntó López.

—Ése, pues —contestó pausadamente el comisario y señaló con un dedo.

— ¡Está loco! —dijo Almagro a quien apuntaba el índice.

—No puede ser él —aseveró Olasarte dejando de llorar—, aunque yo me perjudique no puedo negar que oí bien cuando ella lo despedía.

—No, amigo —prosiguió don Frutos sin inmutarse—, usted oyó una voz pero no la de ella, que ya estaba muerta.

— ¡Cómo! —dijo López súbitamente interesado—. ¿Tendría algún cómplice?

—Tampoco porque jue él mismo, ya que es ventrículo que le disen, de esos que hulan con la barriga, pues . . .

—Ventrílocuo, querrá decir.

—Eso es.

—Con razón me pareció un poco extraña la voz —dijo Olasarte, ya recuperado.

—Y por eso le dijo que estaba resfriada, pa desimular el cambio. Dejuero que sabía que ella lo iba abandonar y por eso jue. Pa eso la mujer quería la plata '1 anillo, pa dirse, y como él sospechó la mató. ¿No es verdá, chamigo? *

Almagro, muy pálido, se dejó caer sobre la silla y admitió:

—Es verdad, yo la maté. . . No podía permitir que me dejase; ¿pero cómo pudo saberlo?

—Porque vi un muñeco d'esos que saben usar ustedes tirado sobre la mesa y porque endemás era '1 único con un motivo grande pa matarla. Si ésos lo hubieran hecho no se habrían quedao tan tranquilos sabiendo que se iba a sospechar de ellos.

—Tiene razón, don Frutos —dijo el oficial Carré—. Así debió suceder.

—Vio, amigo— dijo el comisario pueblerino—, cómo cuando se mira ande se debe basta un solo ojo pa ver. . .

EL ACCIDENTE

Era una mañana de invierno y ráfagas frías venían, a ratos, desde el río próximo. El personal policíaco de Capibara-Cué se hallaba reunido en el salón principal de la comisaría, alrededor de un brasero improvisado con una vieja lata de querosene, que a la vez que entibiaba el ambiente, servía para mantener en su punto la temperatura del agua de la pava con la cual el agente Ojeda cebaba interminables mates a sus superiores.

Don Frutos terminó de sorber uno de ellos y dijo socarrón:

—Este mate no se parece nicó a la cara 'e Leiva.

—¿Por qué pa, don Fruto?

—Porque el mate está lavao y tu cara no.

Presintiendo una broma, el aludido inquirió, desde adentro del capote en que encerraba su frío:

—Salga d'ahí, comesario, si bien tempranito lo hise porque no le tengo miedo al agua. . .

Pensó un momento y luego agregó:

—El que parece que se ha pegao a la sábana es l'ufisial, porque ya son la ocho pasada y no viene.

Tal si lo hubiese oído, en ese momento se abrió la puerta del local y el oficial Arzásola entró frotándose las manos, saludó y se sentó en una silla próxima a la de su superior.

Don Frutos dejó que se confortara con un mate y, luego, al ver que permanecía pensativo observando el chisporretear de las brasas, le dijo:

—¿Ansí que don Filemón no te quiere pa yerno?

Arzásola se dio vuelta como picado por una víbora y abrió los ojos asombrados.

—¿Có. . . cómo lo supo?

— ¡Bah! Es cosa fácil, chamigo. Vo que so má puntual que el canto '1 gallo a la madrugada, hoy llegaste tarde y con cara 'e sueño, por lo que supuse que algo te tuvo desvelao hasta muy tarde. . .

—Pero hay muchas cosas que pudieron haberlo hecho.

—Sí, pero yo pensé. . . Por trabajo no es, porque yo que soy el jefe tendría que saberlo; por cuestiones 'e familia tampoco, porque hase tre día pasó '1 barco y resibiste una carta que te hiso ni fu ni fa. . . Entonse tendría que ser algo 'e acá y en el pueblo l'único que te tiene a mal traer es Isabel, l'hija 'e don Filemón, pues. . .

Calló un momento, para poner fin con una sonora chupada al mate, y prosiguió:

—La muchacha es oro 'e ley. . . Es güeña y te quiere, ansí que ella tampoco pedería ser. Vo so un muchacho estruido¹, trabajador y sin visios, de manera que la sola cosa que pueden tacharte es que sos pobre. . . y eso nadie puede haserlo sino el viejo File. . .

—Así es, don Frutos, dice que no tengo porvenir y me prohibió que siguiera yendo a su

casa.

—¿Viste? Si no podía equivocarme, pero. . .

—¿Pero qué, don Frutos?

La ansiedad puso campanillas de anhelos en la pregunta.

—No te hagas mala sangre que ella es fiel y, al último, con sus mimos lo va a haser aflojar al viejo qu'es pura espuma como el chajá. Cuando una mujer quiere es capas de darle güeltas al mismo diaulo

—¿Entonces?

—Espera, que con el tiempo no hay guasca que no se corte ni duro que no se ablande.

El oficial sonrió esperanzado y, enseguida, dijo:

—¿Sabe que es maravilloso su poder de deducción?

—¿Y qué pa es deducción?

—Y. . . relacionar una cosa con otra para sacar conclusiones, así como cuando está nublado se conjetura que después va a llover.

—Cosa fásil nicó —terció el cabo Leiva que había seguido atentamente la conversación—, yo tamién sé d'esas cosas.

Arzásola miró dubitativo la faz cetrina del cabo y aventuró:

—¿A ver un ejemplo?

—Güeno. Pa dentro 'e uno mese loj vamo a tener al Celedonio Jonte durmiendo n'el calaboso.

—¿Y por qué?

—Porque pa celebrar el nacimiento l' hijo va a tomar unaj copa n'el boliche con loj amigo y a ese enseguida se le sube a la cabeza y hay que traerlo aquí pa que duerma la tranca.

—¿Y cómo pa sabes que su mujer va a tener familia? Yo ayer la vide yendo por la calle y no se le notaba nada. . . —dijo don Frutos.

Gozándose con la expectativa despertada, Leiva siguió:

—Porque cuando hay antojo hay creatura en fija,...

—Sierto —intervino Ojeda—. Solía desir mi mama que antes de tenerme a mí le dentro una gana grande 'e comer sapallo. . .

—Por eso nasiste vo tamién medio sapallo —le interrumpió el comisario—. Pero vos, Leiva, ¿cómo sabe que ella está antojada?

—Porque anoche el pobre Cele vino apuradazo a preguntar n'el boliche si nadie sabía ande podería conseguir una sandía. . . ¡Una sandía n'el mes de junio! Y cómo no ha de ser pa él maliseo. . .

— ¡Ja! ... ¡ja! ... con un antojo d'esos la cosa no puede fallar —concluyó don Frutos.

Unos troperos que pasaban con un arreo, trajeron la noticia de que, en un montecito que se hallaba a la entrada del pueblo, se encontraba un hombre tirado en el suelo, junto a un charco de sangre.

—Yo lo vide dende el caballo —dijo el capataz—, pero por el modo qu'estaba paresía como si lo hubieran muerto 'e mala manera. . .

Una vez tomados los datos salió una comisión compuesta por el comisario, el oficial, el cabo y un agente que se dirigió de inmediato al lugar señalado. Allí, a la vera del camino, con su

propio puñal clavado en el vientre, yacía Fermín Frioli, más conocido por Mocito. El tal era un viejo conocido de la policía por sus actividades de jugador con ventaja, matachín y contrabandista. Era segura su presencia en todas las mesas de juego o en los bailes y diversiones, pero huía como de la peste del trabajo honrado. Mujeriego sin escrúpulos, había tenido varios incidentes en el pueblo por asuntos de polleras.

Apenas lo reconoció dijo Leiva:

—Dispués disen que mala yerba nunca muere; vese se enquivocan lo refrane tamién.

El muerto estaba caído boca abajo, en un grupo de árboles, con las manos crispadas que semejaban arañar el suelo en los últimos estertores de la agonía. El deceso parecía haber sido instantáneo, como consecuencia de una profunda herida en el abdomen, de donde había escapado gran cantidad de sangre.

—Lo madrugaron fiero —continuó el cabo—, ni le dieron tiempo a defenderse.

—Tienen que haberlo tomado de sorpresa para haberlo ultimado con su propio cuchillo —expresó el oficial.

—¿No se habrá suicidao? —preguntó el agente.

Difísil -respondió don Frutos; y, señalando la posición del arma, agregó—: Pa suicidarse hubiera clavao 'l cuchillo de arriba pa abajo y a éste lo han chuceao de abajo p'arriba.

Endemá bicho como este no se suicidan ni mueren en la cama como loj crestiano. A estos a la final, terminan por achurarlos —explicó Leiva.

—Sea bueno o sea malo, la cuestión es que lo han asesinado, y ahora nuestro deber es aclarar el crimen —dijo el oficial—. La ley es igual para todos.

—La muerte es lúnica ley que no sabe 'e diferencia —exclamó don Frutos—. Pa ella vale'tanto '1 rico como '1 pobre, la mujer como '1 hombre, el niño como '1 viejo. . .

—¿Y quién pudo haber sido? —prosiguió Arzásola—. ¿Se le conocía algún enemigo?

— ¡Tantos! —le respondió el cabo, que siempre andaba bien informado—. Segundo Riga, a quien le peló tuita la plata l'otro día en la tabeada; Eufemio Cortés, al que madrugó 'e un hachazo en la cabeza que casi lo dijuntea y se la juró; el Pardo Viera, porque le robó la mujer y la abandonó al mes en Ramada-Paso; Gilberto Pérez, a quien le anduvo rondando la novia antes que se casaran. . . ¡Uf! son mucho loj que le tenían ganas.

Mientras tanto don Frutos seguía observándolo todo en silencio.

Buscaron rastros en las cercanías sin resultado, ya que en el camino de tierra había demasiados y entre las hierbas del bosquecillo no se conservaba ni uno.

Le dieron vuelta y revisaron cuidadosamente, encontrándole una gruesa suma en los bolsillos.

—Pa robarlo no jue —sentenció el comisario.

—Tampoco lo hisieron venir pa achurarlo —deslizó Leiva—, porque entonse hubieran tenido l'arma preparada y no hubieran usao la de él.

—Eso es lo raro —interpuso Arzásola—, que un cuchillero tan mentado como decían que era, se haya dejado sorprender y matar con su cuchillo.

—Se lo habrán pedido emprestao, y entonse... —sugirió el agente.

—Tampoco —dijo don Frutos—. ¿Pa qué lo iba a emprestar? Si hubiera habido un asao pa cortar, tal vez, o si lo hubiera querido enseñar pa venderlo pudiera ser, pero aquí no era lugar pa eso. . . El cuchillo se lo sacaron y clavaron de a traición nomá. . .

Después de inspeccionar un rato más dijo el comisario señalando una habitación que se veía en medio de un grupo de árboles a la distancia.

—¿Quién pa vive n'aquel rancho?

—Gilberto Pérez —contestó Leiva—, pero si pensó que jue él s'equivoca fiero porque ayer por la mañana salió con otros troperos pa Concepción pa llevar una puntita 'e vacas. . .

—El que haiga preguntao por él no quiere desir que ya lo acuse. . .

—Ta bien, don Frutos, discúlpeme.

El comisario, sin responderle, invitó al oficial:

—Vení, vamo a dir pa'l rancho pa ver si no han visto nada.

Luego, dirigiéndose a los otros, les ordenó que llevasen el cadáver al local policial.

Caminaron cerca de un centenar de metros y llegaron a la vivienda. En el patio de la misma una mujer joven molía maíz en un mortero.

—Güen día, moza; ¿podemo pasar un rato? —dijo el funcionario.

— ¡Có'mo no, don Frutos! Pasen y asientensen —respondió la dueña de casa y les indicó dos sillas de junco que estaban cercanas— ¿Quieren pa que les cebe unos mates?

—Si sos gustosa —aceptó don Frutos, y agregó en forma casual—: ¿Cuándo güelve tu marido?

—La semana que viene, creo.

—Mejor pa vos, así se habrá arreglao tuito l'asunto del Mocito.

—¿Y qué tengo que ver con eso? —dijo ella, agresiva.

—Mucho, porque se me nase que juiste vo la que le pegó una puñalada allá n'el montecito. . .

—Yo. . . yo. . . —dijo ella, pero, súbitamente, se desmoronó su aparente fortaleza y rompió a llorar.

Después de un rato, algo más serenada, confesó:

Sí, jui yo. . . Es mejor que lo diga porque me estaba mordiendo l'alma y no podía tener tranquilidad.

—¿Por qué pa jue, m'hija?

—Porque no me dejaba en pas . . . Quería que yo le juera infiel al Gilberto y hasta me amenasó que lo iba a provocar pa matarlo. Mucho nicó me anduvo persiguiendo y yo me callaba pa que mi hombre no se disgraciara . Ayer, cuando supo que Gilberto había salido pa Concepción vino a decirme, como de pasada, que si a la noche no iba al monte a atenderlo iba a venir acá pa dentrar ni aunque sea voltiando la puerta, . .

—¿Por qué pa no me avisaste a mí?

—De sonsa que es una. . . Me daba vergüenza y creyí que lo iba a convencer, pero una ve allí se puso molesto, me abrasó y empezó a querer besarme. Yo me defendí como pude y en una de esas alcancé a sacarle el puñal y rápido se lo clavé. Dio un quejido y aflojó lo braso. . . Yo salí coriendo y no sé má. . . Pero yo no quise jugarle sucio a mi marido, que es güeno y me quiere mucho. . .

Hubo un momento de silencio sólo interrumpido por los profundos suspiros de la moza.

—¿Ansí que creyiste que vo lo mataste? , de pronto, don Frutos.

— ¡Claro! ¿Acaso se salvó? —dijo ella, y una luz de esperanza brilló en sus ojos.

—No, el tipo ese ya clavó la guampa pa siempre, pero no juiste vo la culpable. Vo appena le metiste el cuchillo entre la ropa, m'hija. Entonse él lo sacó y con l'arma en la mano te corrió pa castigarte de juero, pero trompesó y al caer se clavó él mesmo. Jue un asidente nomá.. .

—Entonse, ¿no me va a haser nada, don Frutos?

—¿Y por qué pa m'hija? Lo que tenes que haser es no desir nada pa no complicar la cosa y seguir queriendo a tu marido pa que sean felices.

—Sí, don Frutos.

La mujer, vencida por la emoción, entró a la pieza y se arrodilló a rezar frente a un cuadro de la virgen de Itatí, mientras don Frutos y el oficial volvían al camino.

—¿De manera que para usted fue un accidente, comisario? —dijo el oficial.

—Pa mí y pa tuito 'l mundo. Se pierde un malandrín y se gana una mujer honrada, ansí que no hay dudas. . .

—¿Y cómo supo que fue una mujer la que provocó el accidente? —dijo Arzásola intencionadamente.

—Porque Frioli era un tipo de acción que no se hubiera dejado sorprender por un varón y solamente al tenerlo abrasao podían haberle refalao 'l cuchillo 'e la cintura. Tal cosa únicamente podía haserlo una mujer y la mesma tenía que vivir por ahí nomás, como la de Gilberto Pérez. . . Ya ves que sensillo, m'hijo.

— ¡Pobre muchacha! Tuvo que estar desesperada para hacer lo que hizo.

—Si no hizo nada, chamigo. Ella le clavó la faca en la ropa y él al correr jue que se hirió. Tene la seguridad que jue un asidente y ansí tene que ponerlo n'el sumario.

—Sí, don Frutos —asintió Arzásola—. Ya he comprendido: un accidente casual.